Etienne Charpentier

Para leer la biblia

Cuadernos bíblicos

1

Verbo Divino

CONTENIDO

Si abrís la biblia por primera vez. Algunas normas prácticas 6
Antes de abrir la biblia 8
Géneros literarios 10
¿Una historia llena de maravillas? 13

ANTIGUO TESTAMENTO 14

La historia de un pueblo interpelado por Dios 15
El tiempo de la promesa. Abrahán 22
El nacimiento de un pueblo. Exodo y alianza 26
La monarquía 29
El destierro de Babilonia 36
El período persa 38
El período helenista o griego 40
Período romano 43
¿Valor actual del Antiguo Testamento? 65

INTERTESTAMENTO 44

NUEVO TESTAMENTO 46

El nuevo pueblo de Dios 47
El diario de la iglesia. Los Hechos de los apóstoles 48
Del evangelio predicado a los evangelios escritos 50
Las cartas de Pablo 53
Los evangelios 59
¿Cómo leer los evangelios? 61
El Apocalipsis 64
Tabla analítica 66

CB
1

Etienne Charpentier

Para leer la biblia

8.ª edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1987

Estas páginas van dirigidas, más que a los lectores habituales, a los principiantes que abren la biblia por primera vez. Su contenido fue ampliamente comentado durante las sesiones de iniciación a los cursos bíblicos antes de convertirse en un folleto editado por «Equipes Enseignantes» al servicio de los profesores de enseñanza pública.[1] Aquel folleto se agotó y los «Equipes» nos autorizaron a reimprimirlo; en esta nueva edición hemos tenido en cuenta los consejos de sus usuarios y de nuestros amigos biblistas. La parte dedicada al Nuevo Testamento recoge a veces algunas páginas de una introducción publicada en «Le Nouveau Testament en français courant», editada por las sociedades bíblicas.[2]

El cuadro central os parecerá muy complicado. Se trata de resumir en una página todas las demás. No es necesario empezar por él. Pero muchos lectores, que lo han metido ya dentro de las páginas de su biblia, os dirán que se trata de una visión rápida y que resulta eficaz.

Nos gustaría con este cuaderno ayudar sencillamente a abrir la biblia. No pretendemos otra cosa. Luego podrán veniros bien otros estudios. Y todo ello con una única finalidad: permitirle a la escritura abrirnos sus sentidos, dejar que la palabra nos interpele y que el espíritu nos introduzca en esa aventura de Jesucristo que es la nuestra: la de una existencia vivida en el encuentro con el Dios vivo.

---

[1] Equipes enseignantes, 18, rue Ernest-Lacoste, 75012, Paris.

[2] Société Biblique Française, 58, rue de Clichy, 75009, Paris.

LIBROS BIBLICOS

(Siglas)

Abd	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Bar	Baruc
Cant	Cantar de los cantares
Col	Carta a los colosenses
1 Cor	1 Carta a los corintios
2 Cor	2 Carta a los corintios
1 Crón	1 Crónicas
2 Crón	2 Crónicas
Dan	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ecl	Eclesiastés (Qohelet)
Eclo	Eclesiástico (Sirácida)
Ef	Carta a los efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Exodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los filipenses
Gál	Carta a los Gálatas
Gén	Génesis
Hab	Habacuc
Heb	Carta a los hebreos
Hech	Hechos de los apóstoles
Is	Isaías
Jds	Carta de Judas
Jdt	Judit
Jer	Jeremías
Jl	Joel
Jn	Evangelio según Juan
1 Jn	1 Carta de Juan
2 Jn	2 Carta de Juan
3 Jn	3 Carta de Juan
Job	Job
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jue	Jueces
Lc	Evangelio según Lucas
Lev	Levítico
1 Mac	1 Libro de Macabeos
2 Mac	2 Libro de Macabeos
Mal	Malaquías
Mc	Evangelio según Marcos
Miq	Miqueas
Mt	Evangelio según Mateo
Nah	Nahún
Neh	Nehemías
Núm	Números
Os	Oseas
1 Pe	1 Carta de Pedro
2 Pe	2 Carta de Pedro
Prov	Proverbios
1 Re	1 Libro de Reyes
2 Re	2 Libro de Reyes
Rom	Carta a los romanos
Rut	Rut
Sab	Sabiduría
Sal	Salmos
1 Sam	1 Libro de Samuel
2 Sam	2 Libro de Samuel
Sant	Carta de Santiago
Sof	Sofonías
1 Tes	1 Carta a los tesalonicenses
2 Tes	2 Carta a los tesalonicenses
1 Tim	1 Carta a Timoteo
2 Tim	2 Carta a Timoteo
Tit	Carta a Tito
Tob	Tobías
Zac	Zacarías

UNA ANTOLOGIA

Tras la presentación de cada libro bíblico encontraréis un pequeño texto enmarcado por una línea vertical, que os da algunas referencias. No se trata del plan o de la estructura de ese libro, sino sólo de algunos de sus pasajes más característicos por los que podéis empezar. Así, pues, estos diversos encuadres os presentan una especie de antología bíblica primordial.

Si abrís la biblia por primera vez...

La palabra BIBLIA viene del griego. Es un plural **(ta biblia)**, que significa «los libros santos)». Al pasar por el latín, se ha convertido en una palabra femenina singular: la biblia. Pero más que un libro es toda una biblioteca.

La palabra **testamento** no tiene el sentido que le damos en nuestras lenguas. La versión latina ha utilizado la palabra **testamentum** para traducir la palabra hebrea que en español traducimos por «la alianza». Se trata, pues, de la antigua alianza, establecida por Dios con su pueblo por medio de Moisés, y de la nueva alianza en Jesucristo.

El Antiguo Testamento comprende 46 libros en las biblias católicas. Las biblias protestantes tienen algunos menos (Baruc, Judit, 1 y 2 Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico y Tobías). Los protestantes llaman a veces a estos libros «apócrifos», y los católicos «deuterocanónicos» (o admitidos en el «canon» o «regla» de fe en «segundo» lugar).

El Nuevo Testamento, idéntico para todos los cristianos, comprende 27 libros.

Orden de los libros en la biblia

La biblia es una bibioteca compuesta de 73 libros.

Los libros pueden colocarse de diversas maneras en una biblioteca. Podéis agruparlos por temas (podríamos colocar juntos, por ejemplo, a los profetas y las cartas de Pablo). O podéis poner juntos a los que constituyen autoridad y luego a los otros (las biblias ecuménicas y ciertas ediciones p r o testantes sitúan al final del Antiguo Testamento a los libros «deuterocanónicos» o «apócrifos»). O también pueden colocarse por el orden en que fueron publicados (es el orden de «aparición» que intentamos seguir en este cuaderno).

Para el Nuevo Testamento, la clasificación es la misma en todas las biblias cristianas. Para el Antiguo Testamento, se dan dos grandes clasificaciones: la biblia hebrea comprende tres partes: la LEY (los cinco libros del Pentateuco), los PROFETAS (primero los «profetas anteriores» o los libros que solemos

llamar nosotros «históricos»; luego los "profetas posteriores": Isaías, Jeremías...) y finalmente los ESCRITOS. Las biblias actuales siguen generalmente la clasificación adoptada por la traducción griega, distinguiendo cuatro partes: el PENTATEUCO, los LIBROS HISTORICOS, los LIBROS PROFETICOS y los LIBROS POETICOS Y SAPIENCIALES.

Para poder designar con precisión un pasaje de la biblia, se ha dividido el texto en capítulos y, dentro de cada capítulo, se ha numerado cada una de las frases. Esta numeración en **capítulos** y **versículos** tiene un interés puramente práctico.

Para designar los libros se suelen utilizar ciertas **abreviaturas** cuya lista podéis ver en la página 5. Este sistema tiende a unificarse y va siendo cada vez más común en las diferentes biblias, excepto en el caso de Isaías (Is), llamado Esaías (Es) en las biblias judías, protestante y ecuménicas. El Eclesiástico (Eclo) a veces se cita «Si» (Sirácida, su «autor»), lo mismo que el Eclesiastés (Ecl) que se cita «Qo» (Qoheleth).

La **numeración de los salmos** es distinta en la biblia hebrea y en la biblia griega, seguida por la biblia latina y por los libros litúrgicos católicos; habitualmente se da la numeración hebrea poniéndola entre paréntesis, tras la numeración latina; por ejemplo Sal 104 (103).

Textos de la biblia

El Antiguo Testamento está escrito en **hebreo** (con algunos pasajes en arameo), excepto algunos libros en **griego.** Al texto hebreo se le llama a veces «texto masorético» (los «masoretas» son unos sabios judíos que, a partir del siglo VII p.C., pusieron vocales para facilitar la lectura del hebreo que, como el árabe, sólo se escribe normalmente con consonantes).

El Antiguo Testamento fue traducido al **griego** a partir del siglo III a.C. en Alejandría. Esta traducción, muy cuidada, es llamada de «los Setenta», debido a los 70 sabios que, según la leyenda, tradujeron el texto hebreo del Pentateuco. Se conocen otras traducciones griegas antiguas: las de Aquila, de Símmaco, de Teodoción.

El Nuevo Testamento fue escrito íntegramente en **griego,** en la lengua «común» de aquella época, que no es el griego clásico (a veces se le llama a esta lengua griega «koiné» o «común»).

La traducción latina de la biblia se hizo en diversas épocas. La llamada «Vulgata» (o edición «vulgarizada») es obra de san Jerónimo, entre los siglos IV y V.[1]

---

[1] *Otras indicaciones interesantes pueden verse en el número de Fêtes et Saisons,* Mieux comprendre la bible. *Cerf, Paris 1973.*

Sistema de abreviación y referencias usado corrientemente

Hech 2, 22-24.28; 3, 10-18 significa: Libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo 2, versículos 22 al 24 (incluido) y versículo 28; además, capítulo 3, versículos 10 al 18 (incluido).

Hech 2, 22s significa: Hechos de los Apóstoles, capítulo 2, versículos 22 y siguientes.

A veces hay versículos demasiado largos y hay que subdividirlos, utilizando entonces letras: Hech 2, 22a.23b significa: la primera parte del versículo 22 del capítulo 2 de los Hechos y la segunda parte del versículo 23.

Antes de abrir la biblia

La biblia, especialmente el Antiguo Testamento, es un libro aparentemente extraño y desconcertante. Aunque uno no lo haya abierto nunca, tiene ya una idea del mismo. Es un libro que forma parte del patrimonio de la humanidad, como las obras de Homero o el Corán; por ese solo título puede muy bien estudiarse en el instituto o en la universidad. También es sabido que muchos creyentes, muy diversos por otra parte, apelan a él como a su libro sagrado; en la liturgia se leen algunos de sus pasajes. De forma que, generalmente, se tiene de él una idea un tanto mágica, la idea de un libro «santo» en el que, si uno es creyente, va a buscar la palabra de Dios: una especie de catecismo o un libro de moral cristiana.

Y cuando uno lo abre, se siente extrañado. En el Antiguo Testamento sobre todo se encuentra con historias del pasado sin interés alguno, con relatos de una moral poco edificante, con guerras, asesinatos, poemas extraños con los que nos resulta muy difícil rezar aunque tengan el nombre de «salmos», con consejos de moral vieja y «burguesa», teñida frecuentemente de misoginia...

Un libro desconcertante... Pero, en primer lugar, ¿se trata de «un libro»?

Es ante todo **una biblioteca:** 73 libros cuya redacción se fue haciendo durante un milenio. Si colocamos en un estante de nuestra biblioteca el poema del Mio Cid, un tratado de teología escolástica de la edad media, las coplas de Mingo Revulgo, los sonetos de Boscán, el Quijote, las obras de Feijóo, las Rimas de Bécquer, los Episorios Nacionales de Pérez Galdós y algunos libros de teología y de ciencia del siglo XX, tendremos cierto panorama de la literatura española durante mil años, pero nos sentiremos un poco desorientados al pasar de uno a otro.

Al ser una biblioteca, la biblia es también algo más que un libro. Es todo **un mundo, una aventura:** la aventura de un pueblo atenazado por la pasión de Dios, que tiene que hacernos nacer a nosotros, cuando lo leemos, a esa misma aventura. Pero empecemos con una parábola, y quizás resulte más claro lo que queremos decir.

Celebrando unas bodas de oro...

Cuando llegué aquella tarde a su casa, estaban solos; ya se habían marchado sus hijos. Y pasamos juntos aquellas horas. Fue algo maravilloso.

Me parecía que conocía muy bien a aquellos viejos amigos de siempre: personas sencillas que habían vivido juntos durante medio siglo, en medio de alegrías y de dificultades. Pero aquella noche los descubrí con unos ojos nuevos, porque me abrieron su «tesoro»: una sencilla caja de cartón en donde había de todo. **Fotografías** en primer lugar: la foto familiar, todos tan modositos y compuestos, la primera comunión y la boda de los hijos, instantáneas de una sonrisa de niño o de un paisaje de vacaciones. **Tarjetas postales,** vulgares y convencionales, muchas de ellas descoloridas y medio rotas, porque él las había guardado en su mochila durante la guerra. Me las iban comentando, explicando... Y aquellos pobres clichés se convertían en testigos dolorosos o alegres de un momento de su vida.

Iba brotando de nuevo toda su vida de aquellos papeles familiares: la **genealogía familiar,** lista monótona de nombres rancios, se convertía en sentimiento de pertenecer a un largo linaje, de estar arraigados en una tierra. Un **contrato** no era ya sólo un documento legal y minucioso, sino el sueño de una vida de trabajo y de

ahorros realizado finalmente: tener «su» casa. Las **cartas** del noviazgo («Cuidado, no le hagas leer eso»: protestaba el viejo, encantado de que yo descubriera de ese modo la ternura de su amor). Estaban también las **oraciones** compuestas para algunos grandes momentos de su vida. El **sermón de su matrimonio** estaba junto con unos **versos ingenuos** ofrecidos por uno de sus nietos...

Aquella velada pasó como un sueño. Creía que conocía bien a esos viejos amigos y de pronto, con ocasión de aquellas bodas de oro, junto a ellos y al mismo tiempo que ellos, descubría el **sentido de su vida.** Todas aquellas fotografías, aquellos papeles, eran algo vulgar, sin valor alguno. Sin embargo, resultaban inapreciables: no eran simples objetos, sino **toda una vida que se había hecho tangible.** Cada uno de aquellos humildes objetos ocupaba su lugar en una historia, tejiendo su sentido. «De pronto —escribe Anne Philipe del momento en que, junto con Gérard, se dieron cuenta de que se amaban—, de pronto nos enriquecimos con centenares de instantes vividos juntamente y guardados en nuestra memoria porque nos habían ido uniendo cada vez más» **(Le temps d'un soupir).**

1. Una vida condensada

Cada uno de los objetos o papeles que me mostraban aquellos ancianos amigos, gracias a la interpretación que me daban de él, me parecía una condensación de un momento de su vida. Aquel «momento de vida» se había hecho «texto»; lo que me interesaba en aquellos humildes testimonios de su historia no era evidentemente el objeto en sí mismo, el estilo o la ortografía de aquellas cartas de noviazgo, por ejemplo, sino la vida en que podía comulgar con ellos a través de esos objetos.

Todos los escritos de la biblia se nos presentan también como condensaciones de vida, como momentos de su historia convertidos en textos. Podremos estudiar su estilo, su vocabulario, su estructura. Pero lo que sobre todo nos interesa es comulgar, por medio de ellos, en la experiencia que testifican.

2. Una vida interpretada

El relato de un acontecimiento no es el acontecimiento, sino más bien el acontecimiento tal como lo interpreta y lo comprende la persona que nos lo refiere. Hasta cierto punto podría decirse que el relato crea el acontecimiento en lo que tiene de esencial, esto es, su sentido. Efectivamente, muchos acontecimientos no tienen sentido para nosotros; toman un sentido cuando entran en nuestra historia. Por ejemplo, un muchacho escribe a una chica que le manda unos apuntes de clase; algo perfectamente vulgar. Pero si esto les lleva a un encuentro, a un intercambio afectuoso, al amor, se convertirá para ellos, cuando la recuerden, en su primera carta «de amor», en el primer jalón de una aventura que les llevó al matrimonio. Un amigo nos dice una cosa a la que no prestamos mucha atención, pues nos parece que no tiene importancia; pero un día, como consecuencia de otros sucesos, la recordamos y decimos: «¡Ah! ¡Era esto lo que me quería decir...!».

Porque en definitiva **las cosas se comprenden luego.** Todos los humildes testimonios de aquel hogar eran conmovedores porque, a través de ellos, aquellos dos esposos descubrían el camino de su amor. Todos sabemos que resulta delicado escribir la vida de un hombre célebre, de un escritor, mientras vive. Por el contrario, la muerte de un «gran hombre» suscita numerosas retrospectivas: se publican fotos de su infancia, se busca en su vida de colegial cuanto anunciaba ya lo que sería algún día y que ahora se descubre.

Nosotros mismos, a lo largo de nuestra existencia, vamos aprendiendo lo que somos: a través de nuestros encuentros y de lo que nos sucede descubrimos nuestro temperamento, nuestros gustos, el mensaje —grande o peque-

GENEROS LITERARIOS

Al exponer la parábola de las bodas de oro de nuestros viejos amigos, hemos evocado el problema de los géneros literarios. Pero en ese primer intento nos quedamos únicamente con los resultados: comprobábamos que hay varios géneros, pero sin preguntarnos por qué. Vamos a procurar entrar en detalles.

Una sociedad determinada, para vivir en cuanto sociedad, tiene necesidades prácticas a las que busca una respuesta una literatura funcional. En otras palabras, hay obras literarias o artísticas diferentes porque tienen funciones diferentes; para expresarse, utilizan los diferentes géneros literarios usuales de una cultura. Pongamos algunos ejemplos.

Una sociedad necesita leyes, pero también un ideal común, unos ritos que permitan expresarse juntamente. Y un momento del pasado nacional podrá suscitar una literatura diversificada según esas funciones. Pongamos el caso de la «resistencia francesa» durante la guerra de 1939-1945. Fue un momento importante de la historia, cuyas enseñanzas valen todavía para hoy. Por eso, hay diversas obras que se esfuerzan en recordarla. Utilizarán las formas literarias de nuestro tiempo, pero serán diversas porque responden a unas funciones diferentes. Tenemos necesidad de saber lo que pasó, de conocer los hechos con la mayor exactitud posible: entonces R. Aron utilizará el género literario «historia» para presentarnos ese periodo. Pero también necesitamos celebraciones en las que se exprese un alma común: A. Malraux, al celebrar a los «combatientes de la noche» en la llanura de Glières, o cuando el traslado de los restos de Jean Moulin, escogerá el género «epopeya», en donde la magia de la palabra es tan importante como la exactitud de los detalles. Para hacernos vibrar con el sentimiento de esta aventura, Aragon o J. Ferrat podrán dejar de citar los hechos en un «poema» o en una «canción», ya que no desean ejercer una función docente. Y quizás una «ley» venga a determinar la situación de los resistentes en la sociedad actual.

Pongamos otro ejemplo, el de esa sociedad que es la iglesia. La iglesia tiene necesidades prácticas a las que intenta responder una literatura diversa. El fundamento de esta sociedad es la fe en un acontecimiento: la muerte y la resurrección de Jesús. Los libros del Nuevo Testamento nos presentan la fe de los primeros cristianos, permitiéndonos entrar en una tradición; los libros litúrgicos, los misales, nos permiten celebrar juntos ese acontecimiento; los catecismos presentan lo esencial para los niños; las obras teológicas profundizan en esa fe en función de la mentalidad actual; las leyes fijan la forma con que hay que celebrar ese acontecimiento en la liturgia; los cánticos nos permiten cantarlo juntamente...

De la misma manera, los libros de la biblia serán diversos y utilizarán diferentes géneros literarios porque ejercen una función distinta: instruir al pueblo con los relatos y las síntesis históricas, organizarlo mediante unas leyes, «animar» su vida religiosa y litúrgica con cantos y salmos o epopeyas, hacerle reflexionar sobre el camino que tiene que seguir por medio de las obras sapienciales...

¿Hay «libros históricos» *(en el sentido moderno de la palabra) en la biblia? Nuestras biblias actuales llaman históricos a ciertos libros como los de Josué, Jueces, Reyes, Crónicas, Tobías..., mientras que la biblia judía (y Jesús: Lc 24, 44) los llama «proféticos» (son los «profetas anteriores», para distinguirlos de Isaías y de los demás, o «profetas posteriores»). Esto demuestra que para un judío esos libros no tienen la función de darnos un informe lo más exacto posible de lo que ocurrió, sino la de hacernos descubrir el sentido que los creyentes han descubierto en ellos. Un ejemplo: el libro de Josué nos refiere con detalles precisos la estratagema por la que los hebreos, entrando en Canaán, ocuparon la ciudad de Ai (Jos 7). Pues bien, la arqueología ha demostrado que esa ciudad ilevaba ya varios años destruida y que precisamente por eso se llamaba Ai, esto es, «la ruina». Si se trata de un libro «histórico», la cosa no parece muy seria, pero si Josué es un libro «profético», esto carece de importancia; aunque yo no pueda reconstruir el hecho histórico, conozco el sentido que los hebreos descubrieron en él: en aquella conquista de Canaán, tuvieron inmediatamente la certeza de que su Dios marchaba a su lado y combatía con ellos.*

Esto nos permite comprender lo que significa la inerrancia de las escrituras, *o sea, el hecho de que no hay errores en la biblia. Es evidente que nos encontramos con algunos errores en el plano histórico o científico, pero esos libros no quieren enseñarnos la historia o la ciencia; al utilizar la «ciencia» de su época o al narrar los hechos transmitidos por la tradición sin criticarlos, querían decirnos solamente cómo se puede y se debe vivir la existencia en relación con Dios. Y en ese nivel creemos que no se engañan.*

ño— que tenemos que transmitir. Y ésta es también la tragedia de la existencia humana: solamente en el momento de nuestra muerte sabremos lo que somos, cuando no podamos decir ya: «he aquí lo que soy», sino solamente: «he aquí lo que era».

Pero sigamos adelante. Ni siquiera la muerte es el término de esta comprensión. Se sabe mejor, por ejemplo, quién era el padre de Foucauld, que murió solo en el desierto, a través de los numerosos discípulos que apelan a él desde todos los rincones del mundo. Un suceso como la revolución francesa no revela su sentido más que por las múltiples declaraciones de los «derechos del hombre» que ha suscitado en el mundo entero.

De esta forma, cada acontecimiento encierra en sí numerosos sentidos que sólo se irán revelando progresivamente. Su relato podrá tener un sentido cuando sea redactado luego, recogido mucho después, releído en relación con otros relatos. Porque será entonces cuando manifieste otros sentidos más profundos.[1]

[1] *«La significación de un hecho no puede darse nunca como definitivamente acabada mientras prosigue la historia. Por eso puede siempre emprenderse la interpretación de los acontecimientos pasados. La razón de ello está sin duda en que un hecho —y mucho más una acción o una experiencia humana— no adquiere su significación más que en el contexto de otros hechos (o pensamientos, que son también hechos). Un elemento particular no adquiere sentido más que en el conjunto en que se inserta... La significación de cualquier hecho particular depende finalmente por tanto de la totalidad de lo real. Pero esa totalidad no se da mientras siga abierto el futuro. La suma de la realidad ya presente no es aún la totalidad. Entonces, la significación de un acontecimiento particular no puede más que anticipar el acontecimiento futuro, que no existe todavía; por eso el progreso de la historia va enriqueciendo retrospectivamente la significación de todo acontecimiento pasado, corrigiendo la manera con que se vivía o se consideraba anteriormente esa significación; y recíprocamente, toda interpretación actual de un hecho sigue estando necesariamente más acá de su significación verdadera y definitiva» (W. Pannenberg, citado por J. Berten,* Histoire, révélation et foi. *CEP 1969, 106-107).*

Esta será la aventura maravillosa que conocerá el pueblo de Israel cuando relea posteriormente los numerosos testimonios de su historia: irá descubriendo cada vez mejor que todo aquello tenía un sentido, que iba a alguna parte o, mejor dicho, que llevaba hacia alguien.

Así, pues, tendremos que estar atentos, al leer la biblia, a sus diferentes sentidos: al **sentido primero,** el que podía tener aquel texto en el momento en que fue redactado, pero también a los **sentidos más profundos** que Israel percibió al volver a leerlo y a los que nosotros podemos percibir gracias a nuestra propia historia.

3. No un reportaje «histórico», sino un testimonio «real»

Aquellos viejos esposos que me «contaban» medio siglo de su vida en común no pretendían ofrecerme un relato exacto de los sucesos que habían ido viviendo (un «reportaje en directo» materialmente exacto en todos sus detalles), sino presentarme el sentido que habían percibido en ellos.

Era un **testimonio** lo que me ofrecían, una **buena nueva** la que me anunciaban. Puede ser que alguno de los detalles no fuera muy exacto, pero sé muy bien que era **verdadero,** porque se trataba del sentido que ellos descubrían en él. A través de aquellos detalles «históricos», yo descubría a mi vez la «realidad» invisible.

«Histórico» y «real»: dos palabras que con bastantes autores hemos de distinguir (quizás de una forma un tanto artificial) para ver las cosas con mayor claridad.[2] Para nosotros, el adjetivo «histórico» designa habitualmnete lo que se ve, lo que se toca, lo que tiene que ver con la ciencia. Lo «real» designa aquí lo que le sucede a un ser, lo que lo transforma en su vida personal o colectiva. Estos dos términos se to-

[2] *Recojo aquí un pasaje del Cuaderno bíblico* Cristo ha resucitado, 58.

can entre sí, pero ¿acaso cubre uno al otro? Pongamos un ejemplo: el amor entre dos seres es algo muy «real», que forma parte de su historia. Pero ¿podemos decir que es «histórico», visible, mensurable? Ciertamente, hay signos históricos de ese amor, huellas visibles; por ejemplo, que se abrazan, que viven juntos... Pero esas huellas históricas son, en sí mismas, ambiguas. Hay que interpretarlas refiriéndose a la «realidad» invisible; porque a veces también ocurre que se abrazan dos que no se quieren. Aquel beso será para mí signo de su amor en la medida en que sepa por otra parte que se aman, porque me lo han dicho ellos mismos u otras personas, esto es, en la medida en que yo «crea» en la realidad invisible. Y entonces el hecho de ver cómo se abrazan reforzará mi «fe» en su amor. Nos encontramos aquí con lo que P. Ricoeur llamaba el «círculo hermenéutico»: para comprender hay que creer, y para creer hay que comprender. Sería mejor hablar de espiral en lugar de círculo, porque al ir continuamente del uno al otro progresamos en el conocimiento de la realidad invisible y en el significado de las huellas históricas.

Todos hemos realizado la experiencia de esto al dialogar con alguno de nuestros amigos no creyentes: comprobábamos que ciertas afirmaciones sobre Jesús nos parecían evidentes y que brotaban verdaderamente de los textos para un espíritu sin prevenciones, mientras que para los no creyentes, incluso cuando estaban en busca de la fe, las cosas no eran tan claras. Es que nosotros leíamos esos textos desde el interior de la fe —y entonces nos resultaban claros y «probativos»—, pero ellos los leían desde fuera de la fe, y esos mismos textos no les decían nada.

Es que hay una doble aproximación a los textos y a los acontecimientos. Aunque yo no conozca a esas dos personas que se abrazan, puedo hacer un estudio general de ese gesto en cuanto que significa, habitualmente, cariño y amor. Pero no podré percibir su verdadero significado, en tal caso concreto, más que cuando entre en la intimidad de esos dos seres.

De la misma forma, como la biblia es un escrito humano, puedo estudiarlo tanto si soy creyente como si no lo soy. Puedo incluso percibir el sentido que sus autores quisieron presentar. Pero no lo comprenderé de verdad más que si entro con ellos en su búsqueda, si camino con ellos en la misma fe. «¿Cómo comprender lo que no se ama?», pregunta Almagro en **El zapato de raso.**

4. La densidad de una vida

En una sola velada aquel viejo hogar puso ante mis ojos, sobre la mesa, medio siglo de existencia. Todo estaba reunido en aquella caja de cartón, pero cada documento adquiría importancia y sentido cuando mis amigos lo situaban en su tiempo. Aquellas cartas de amor, escritas hoy, me habrían parecido ridículas; testigos de los lejanos tiempos de su noviazgo, su encanto añejo resultaba conmovedor. Para comprender lo que me contaba de su guerra, tenía que saber que se trataba de la del 14, no de la del 39.

La biblia reúne en un solo libro dos mil años de historia. Es importante poder situar de nuevo cada uno de los elementos de que se compone en el tiempo y en la cultura en que fue redactado. Así, pues, tendremos que procurar trazar la HISTORIA LITERARIA de la biblia, esto es, situar, en la medida en que nos sea posible, la literatura bíblica (los diferentes libros y, eventualmente, las partes del libro) en la historia de Israel.

En su «tesoro», mis viejos amigos habían ido clasificando sus recuerdos por categorías: fotografías, cartas, papeles familiares..., y aquello nos obligaba a continuos retrocesos, ya que la serie de fotos nos hacía recorrer toda su historia, historia que volvíamos a comenzar con las cartas, etcétera. Como conocía aquel medio en

sus líneas generales, no me costaba mucho trabajo situar aquellos recuerdos.

La biblia recoge recuerdos de dos mil años de una **historia** que sin duda nos resulta poco conocida. Por tanto, tendremos que trazar ante todo sus líneas generales. Podemos reconstituirla gracias a los documentos arqueológicos y a lo que de ella nos dice la misma biblia.

Pero ésta, en el relato que nos hace de los acontecimientos, nos da el sentido que el pueblo de Israel percibió en ellos. Intentaremos, pues, al mismo tiempo descubrir ese nivel del sentido para Israel que podríamos llamar su **historia sagrada.** Podríamos llevar a cabo este trabajo como meros historiadores, declarando solamente: éstos son los hechos y éste es el sentido que Israel vio en ellos. Pero también somos creyentes, es decir, creemos que ese sentido es también el mismo que intentamos vivir nosotros. Por tanto, no podemos pretender una pura objetividad (pero ¿acaso es posible esta objetividad?) al dar cuenta de esta historia sagrada; sin duda mezclaremos, consciente o inconscientemente, el sentido que nosotros leemos en ella. Y así es como tenemos que leerla.

Nos será posible entonces trazar la **historia literaria,** esto es, situar en ese desarrollo a cada uno de los libros como testigos de la conciencia que tuvo ese pueblo de que estaba viviendo una historia sagrada.

Para vuestra mejor orientación, la **historia literaria** aparecerá en letra distinta encuadrada con una raya lateral. En cada uno de los libros, procuraré señalar algunos textos importantes o más significativos de la obra. De esta forma, este cuaderno podrá constituir una primera antología.

¿UNA HISTORIA LLENA DE MARAVILLAS...?

El Antiguo Testamento es difícil. Su lenguaje, su mentalidad, sus costumbres..., todo nos parece extraño. Pero me pregunto si la dificultad no será todavía más profunda. Una vez superada la extrañeza, nos topamos con esta cuestión: «¿Qué interés puede tener todo esto para mí? Me cuentan una historia maravillosa, en la que Dios actúa todo el tiempo (milagros, paso del mar Rojo...) y habla todo el tiempo (Dios dice a Abrahán, a Moisés...). Suponiendo que lo acepte, no veo en qué me concierne eso, a mí que llevo una vida tan vulgar. Tengo la impresión de que ese Dios tan poderoso y elocuente durante dos mil años se ha quedado mudo de pronto. ¿Por qué no interviene ahora para salvar a los oprimidos, para impedir las guerras y las catástrofes? ¿Por qué no habla?...»

La objeción es fundamental, pero manifiesta que se lee la biblia «a contrapelo». En efecto, me parece que uno de los principales beneficios de su manejo frecuente es hacernos descubrir que la historia de Israel es una historia vulgar, ordinaria, y que nuestra propia vida es una vida maravillosa en la que Dios actúa y habla sin cesar. Expliquémonos.

Al comparar la historia «maravillosa» de Israel y nuestra historia «vulgar», nos situamos en niveles distintos. Si yo estoy durante 24 horas con un amigo, acompañado de una cámara y de un magnetofón, sabré todo lo que ha hecho durante una jornada. Pero si él, por su parte, me cuenta su jornada, tendré un relato muy distinto. El mío es exacto, sin duda, pero exterior; el suyo es interior, ya que expresa el sentido profundo de lo que ha vivido. Y aquel encuentro vulgar (del que sé que estuvo hablando durante 45 minutos con tal persona en tal lugar) quizás fue para él el acontecimiento más maravilloso de la jornada y ocupará en su relato un lugar considerable.[1]

Los historiadores y los arqueólogos intentan reconstruir la historia exacta, exterior, de Israel. Pero la biblia nos ofrece su historia interior, lo que el pueblo fue descubriendo de Dios en su existencia.

La lectura de la biblia tiene que conducirnos a mirar nuestra historia vulgar y cotidiana con los ojos de Israel. Y entonces descubriremos, también nosotros, una historia maravillosa en la que Dios sigue actuando y hablándonos sin cesar.

1 Si tengo los dos relatos, puedo establecer algunas comparaciones. Pero si no tengo más que el relato interior, ¿seré capaz de reconstruir lo que pasó históricamente durante esas 24 horas? No es seguro. Pero ¿tiene eso mucha importancia? A través del relato maravilloso de la toma de Jericó por Josué, seré indudablemente incapaz de reconstruir cómo sucedieron las cosas. Poco importa. Lo esencial es saber lo que Israel descubrió allí como sentido.

Para un primer contacto con la «Biblioteca» Biblia...

— Sus libros de historia: por ejemplo, 1 Re 9, 26-11, 43; 2 Mac 8, 1-10, 8.
— Sus relatos populares: por ejemplo, Gén 29-31; Jue 15, 1-16, 3.
— Sus leyes, sumarios: por ejemplo, Ex 20-1-17, o en detalle: por ejemplo, Lev 14.
— Sus proverbios, su filosofía de la vida: por ejemplo, Prov 23; Ecl 3.
— Sus poemas, sus canciones: por ejemplo, Jue 5; Cant 5; Sal 45 (44).
— Su oración: por ejemplo, Sal 42 y 43.
— Sus «cóleras» y sus visiones proféticas: por ejemplo, Am 3, 1-4, 12; Ez 37.
— Sus cartas: por ejemplo, la epístola de san Pablo a Tito.
— Sus tratados de teología: por ejemplo, 1 Jn; Heb 3-4.

ANTIGUO TESTAMENTO

La historia de un pueblo interpelado por Dios

El Antiguo Testamento nos presenta la historia de Israel desde el 1800 antes de Cristo hasta nuestra era. Leemos en él su historia —la historia vulgar de un pequeño pueblo, entre otros muchos—, pero también y sobre todo el significado que ese pueblo percibió en su propia historia.

Una historia vulgar

La sociología nos ha recordado la importancia de nuestro «ambiente vital». Pensamos, vivimos, obramos de tal o cual manera, en gran parte porque estamos condicionados por nuestra geografía, por la época en que vivimos, por la mentalidad o la cultura ambiental. No somos bloques de piedra caídos en un desierto, sino más bien plantas condicionadas por el terreno concreto del que sacamos la vida.

Israel se nos presenta entonces condicionado por su entorno vital, que es el del medio oriente. Su historia obedece a las leyes generales de la historia; es incluso frecuente que en su evolución religiosa corresponda a la de la historia de las religiones.

Sin embargo, mirando más de cerca las cosas, nos damos cuenta de que presenta a veces una evolución original en el interior de esas leyes. Y entonces se le plantea al historiador una cuestión: ¿por qué, en tal caso concreto, ese pueblo no reacciona lo mismo que los otros pueblos? Antes de correr el riesgo de una explicación superficial, el historiador tiene que interrogar al propio Israel: ¿qué explicación das de ti mismo? Y éste le responderá: «Yo soy un

pueblo aparte, porque Dios me habla, me interpela».

Una historia «sagrada»

Israel pretende que su existencia se debe a esa palabra. Para comprender en qué sentido es posible esto, conviene distinguir dos clases de palabras.[1]

La palabra que explica, o lenguaje de la ciencia, quiere apoderarse de las cosas al explicarlas. A partir del momento en que se sabe, por ejemplo, que el agua está compuesta de hidrógeno y de oxígeno, los sabios pueden componer y descomponer ese líquido. Las «leyes» científicas son explicaciones del mundo que permiten a los hombres gobernarlo. Otras leyes, como el código de la circulación, no hacen más que codificar, a veces de manera arbitraria, lo que se puede o no se puede hacer para poder vivir en sociedad.

Admitimos esas leyes, porque nos permiten actuar sobre el mundo o vivir junto con los demás hombres, pero no nos cambian profundamente.

La palabra que crea es la de la relación entre las personas, el lenguaje del amor. Esa palabra «crea» (en el sentido existencial de la palabra) una nueva relación entre los seres y a veces un nuevo ser. El «te amo» o «te odio» no tiene sentido más que entre un «yo» y un «tú» y obliga al «tú» a tomar parte, a salir de sí mismo para responder al otro, a existir («ek-sistir» literalmente es «salir de» ese lugar «en donde estoy parado»). Esa interpelación y su respuesta podrán entonces «crear» seres nuevos, cambiar a un hombre en esposo o padre. Y esa «palabra» no está hecha forzosamente de sonidos; puede muy bien ser un gesto, una sonrisa, un silencio, un suceso, cualquier cosa que «hable», que «quiera decir» algo para el que está atento a ella.

Esa palabra nos cambia interiormente, da un nuevo sentido a nuestra vida, pero no la modifica necesariamente en el exterior. El amor entre dos seres no los arranca de su ambiente, de su trabajo, de las dificultades y de las alegrías de la existencia. Sin embargo, los cambia, ya que por causa de ese amor todas las cosas adquieren entonces un nuevo sentido.

La palabra en la biblia es siempre de este tipo. La «ley» de Dios no es para Israel un código de la circulación arbitrario; es ante todo una palabra que lo interpela; es incluso la condensación de esa interpelación de Dios que lo llama a la existencia. Por consiguiente, es por esa interpelación, por esa palabra, como Israel explica su destino aparte.[2] Pero eso no lo separa de su condición de pueblo pequeño del medio oriente. Observemos algunos de estos condicionamientos.

Un pueblo condicionado por su situación geográfica

Fijaos en un mapa del medio oriente. Los mares, los desiertos, las montañas hacen que la vida tenga que situarse en unos territorios precisos: las mesetas y los valles. Tres lugares principales se prestaban a esta instalación.

El valle del Nilo: a partir del año 3000 a.C., EGIPTO es un pueblo importante, gobernado por reyes, los faraones, que residían a veces en el norte (Menfis) y a veces en el sur (Tebas).

Las mesetas del Asia Menor: durante 1500 años prosperaron allí los HITITAS, extendiendo

[1] *Cf. Cristo ha resucitado. Estella 1976, 12.*

[2] *Hasta aquí poner de relieve la historia y ver qué significado le da Israel es tarea del historiador. Pero, a partir de esto, el historiador tiene que abandonar su terreno y comprometerse personalmente. Esta interpretación dada por Israel lo interpela y, según se adhiere o no a ella, pasará al terreno de la fe o de la no-fe.*

su dominio hasta Mesopotamia («mesos-potamos» = «entre los ríos»; allí habitarán juntos varios pueblos disputándose el poder entre sí: SUMER y AKKAD al sur, BABILONIA y ASIRIA al norte.

Pues bien, ¿qué es lo que ocurre cuando hay grandes pueblos vecinos entre sí? ¡Se hacen la guerra! «Al volver la primavera, cuando los reyes parten para la guerra...», escribe la biblia con la misma naturalidad con que nosotros diríamos: «Al volver el otoño, cuando se sale a cazar...». Lucharán hititas contra egipcios; lucharán egipcios contra babilonios; lucharán babilonios contra asirios... Por desgracia, se trata de algo habitual.

El único inconveniente es que para combatir tienen que encontrarse y que Israel habita en el corredor que los separa. Si se conoce bien la historia de esos grandes pueblos, casi es posible, a priori, reconstruir la historia de Israel (véase en las págs. 18-19 una rápida ojeada de la historia de Egipto y de Mesopotamia).

Un pueblo marcado por la mentalidad del Medio Oriente

Abrahán, el padre de aquel pueblo, procede de Mesopotamia. Se instala en el país de Canaán, donde florecía la civilización ugarítica. Los descendientes de Abrahán residirán durante cierto tiempo en Egipto y los contactos con este país continuarán a lo largo de toda su historia. *Israel permanecerá muchos años bajo el* yugo de los asirios o de los babilonios y vivirá durante medio siglo deportado en Babilonia. Al final, sufrirá la influencia de Persia y más tarde la de Grecia. Señalemos algunos rasgos de estas diversas mentalidades.

El pensamiento egipcio está muy marcado por su geografía. El egipcio vive en un país luminoso, en donde, cada mañana, aparece por el este el sol radiante de vida, expulsando la angustia de la noche provocada por su desaparición. Cuando la tierra se seca, se sabe que el Nilo volverá a inundarla, en períodos fijos, llevando consigo el agua, el limo fértil, la vida.

Por eso, espontáneamente, el temperamento egipcio es naturalmente optimista y los dioses que concibe son buenos. Sabe que velan sobre él. Cree que, después de la muerte, le espera una vida nueva y resplandeciente, aunque sea poco personal.

HIMNO A ATON, EL DIOS-SOL

Aparece bellamente en el horizonte del cielo,
¡tú, Atón vivo, principio de vida!...
Aunque estás en lo lontano, tus rayos se hallan en [la tierra;
aunque estás en sus rostros, nadie sabe tu marcha...
Al alba, cuando te encumbras en el horizonte...,
los dos países festejan cada día,
despiertos y levantados sobre sus pies,
pues tú los has alzado.
Lavando sus cuerpos, desnudándose,
sus brazos se elevan en prez a tu aparición.
Todo el mundo ejecuta su labor.
Todas las bestias se contentan con sus pastos.
Arboles y plantas florecen.
Los pájaros que vuelan de sus nidos
sus alas despliegan en honor de tu ka.
Todos los animales saltan sobre sus patas...
Los barcos navegan al norte y al sur también,
porque cada ruta se abre a tu aparición.
Los peces del río se deslizan ante tu faz...
¡Creador de simiente en las mujeres,
tú que haces el fluido en el hombre!...
¡Cuán múltiple es lo que tú hiciste!
Está oculto del rostro del hombre.
¡Oh dios único, que no tiene par!
Tú creaste el mundo según tu deseo...
El mundo cobró ser por tu mano,
conforme a como los hiciste.
Cuando te alzas viven.
Cuando te pones mueren.
Tú eres el tiempo de la vida en ti mismo,
porque se vive sólo a través de ti.
Los ojos se fijan en la belleza hasta que te pones.
Toda obra se abandona cuando te pones en el oeste...

(J. B. Pritchard, *La sabiduría del antiguo oriente*. Garriga, Barcelona 1966, 268-273)

EGIPTO

La civilización egipcia nace 3000 años antes de Jesucristo.[1] *El ANTIGUO IMPERIO (capital en Menfis) conoce su apogeo hacia el 2500 (las pirámides). Tras un periodo de decadencia, el IMPERIO MEDIO (capital en Tebas) se extiende hacia el exterior, hasta Palestina.*

Por el 1730 unos pueblos mezclados, llegados de Asia, los HICSOS, se hacen con el poder. Son expulsados en 1580.

El IMPERIO NUEVO (capital en Tebas) construye los grandes templos de Karnak, Luksor, Deir-el-Bahari. Amenofis IV rompe con el culto a Amón y adora a Atón (el sol), del que toma nombre: Akhenaton. Funda una nueva capital (hoy El-Amarna). Su sucesor, Tuthankamon, es conocido por su maravillosa tumba.

Durante la 19ª dinastía tiene lugar el éxodo de los hebreos (bajo Ramsés II o Menefta). Atacan los «pueblos del mar»; expulsados por Ramsés II (hacia el 1200), los filisteos se instalan en la costa de Palestina.

A partir de 1200, Egipto entra en decadencia. Sheshonq (Sesac en la biblia) hace una expedición a Palestina (bajo Jeroboán II).

Durante el período SAITA (capital en Sais), Nekao mata al rey judío Josías en Meggido. El rey persa Cambises acaba con la independencia de Egipto el 525.

Tras un corto período de independencia, Egipto vuelve a caer bajo el dominio persa. En 333, Alejandro se apodera de él; uno de sus generales, Ptolomeo, hijo de Lagos, funda la dinastía de los Lágidas.

El año 30 a.C., Octavio une a Egipto al imperio romano.

[1] La historia egipcia se divide por las dinastías que se van sucediendo.

3300	1-2	Epoca THINITA
3200		3300-2800
3100		
3000		
2900		
2800	3-6	IMPERIO ANTIGUO
		2800-2200
2700		las pirámides
2600		
2500		
2400		
2300		
2200	7-9	Período intermedio
		2200-2000
2100		
2000	11-12	IMPERIO MEDIO
		2000-1785
1900		
1800		
	13-17	Período intermedio
		1785-1580
1700		Los HICSOS
		1730-1580
1600		
	18-19	IMPERIO NUEVO
1500		1580-1200
1400		Akhenaton 1370-1352
1300		Ramsés II 1300-1234
		Menefta 1234-1225
1200	20-25	DECADENCIA
1100		
1000		Sheshonq 950-929
900		
800		
700		
	26	PERIODO SAITA
		663-525
600		Nekao 609-594
		1.º Dominio PERSA
500		525-404
400	28-30	Independencia
		404-341
		2.º Dominio PERSA
		341-333
		GRIEGOS (Alejandro)
300		
200		LAGIDAS
100		
		ROMA 30
0		

3300	
3200	SUMERIOS 3200-200
3100	
3000	Lagash
2900	Ur I
2800	
	Mari (amorritas)
2700	
2600	
2500	
2400	AKKAD 2400-2200
	Sargón de Agadé
2300	
2200	Invasión de los GUTI
2100	NEO-SUMERIOS 2050-1950
2000	Gudes de Lagash
	Ur III
1900	
1800	BABILONIA
	Hammurabi 1728-1686
1700	
1600	
1500	KASSITAS HURRITAS
	1500-1150 1500-1370
	HITITAS
	1370-1250
1300	
1200	ASIRIA 1250-612
1100	
1000	
900	
800	
700	
	NEO-BABILONIOS 626-539
600	Nabucodonosor
500	PERSAS 539-331
400	Ciro
300	GRIEGOS (Seléucidas)
200	
100	
	ROMA 63
0	

MESOPOTAMIA

En Mesopotamia se van disputando la hegemonía un grupo de ciudades, a medida que prosperan sobre las demás.

En los milenios 5.º y 4.º el sur conoce varias civilizaciones brillantes.

«La historia comienza en Sumer», se ha escrito. En el tercer milenio, dominan los SUMERIOS; también florece por entonces un reino amorrita (cuyos descendientes fundaron Babilonia), MARI.

Los AKKADIOS, con Sargón de Agadé, fundan un imperio que se extiende desde Sumer al Mediterráneo.

Por el 2000, vuelven a predominar los SUMERIOS. La 3.ª dinastía de Ur rehace el imperio sumerio (Ziggurat de Ur y estatuas de Gudes, rey de Lagash).

Los AMORRITAS se apoderan de Babilonia; el código de Hammurabi.

Sigue un período agitado. Los KASSITAS se instalan en el sur de Babilonia y los HURRITAS en el norte (reino de Mitanni). Los HITITAS del Asia Menor extienden su influencia hasta Asiria.

Por el 1250 ASIRIA, que unos siglos antes había conocido cierto prestigio, vuelve a imponerse; su imperio domina entre 1000 y 612; sus ejércitos devastarán varias veces a Palestina (deportación de los samaritanos en el año 721).

El 612 cae Nínive: el imperio asirio se reparte entre los medos y Babilonia, donde se instala una dinastía amorrea. Nabucodonosor toma Jerusalén en el 587 y deporta a sus habitantes.

Imperio persa: Ciro, vencedor de los medos, ocupa Babilonia (539) y libera a los judíos deportados. Este imperio se extiende hasta Egipto y hasta los confines de la India; lucha con Grecia en las guerras médicas.

Alejandro (357-323) implanta la hegemonía griega, extendiendo la cultura griega y la lengua «común» (koiné). *Al morir, se dividen su reino los generales; en Mesopotamia reinan los SELEUCIDAS de Antioquía.*

Finalmente, el año 63, Pompeyo establece el poder de Roma en el oriente medio, en Siria.

Todo esto se refleja en una oración compuesta sin duda por el faraón Akhenaton (hacia el año 1350) en honor de Atón, el dios-sol. El autor del salmo 104 parece haberse inspirado en este himno.

La mentalidad mesopotamia, por el contrario, parece fundamentalmente pesimista. Los habitantes de esta región viven en un valle en donde son imprevisibles las riadas, provocando verdaderos «diluvios», de los que se han encontrado muchas huellas en las excavaciones arqueológicas. De las mesetas al Irán actual bajan a veces tribus hambrientas, mientras que del desierto de Arabia surgen incesantemente hordas de nómadas sedientos de rapiña. Por eso los dioses mesopotámicos son caprichosos, combaten continuamente entre sí y el hombre se presenta como el mortal lleno de miedo, intentando guardarse de los contragolpes de sus iras. El reino después de la muerte es triste; allí están reunidas las sombras de los difuntos para un destino sin alegría alguna.

Podrían citarse numerosos textos que recogen las leyendas o los mitos en los que a veces se inspira también la biblia. El padre Grelot ha citado algunas páginas importantes de los mismos en el Cuaderno bíblico, **Hombre, ¿quién eres? Los once primeros capítulos del Génesis.** Bastará, pues, resumir algunos.

Se conocen numerosas «cosmogonías» (literalmente, «génesis del mundo»). El autor del primer capítulo del Génesis conocía sin duda el poema **Enuma Elish,** que se remonta al segundo milenio. Allí los dioses son creados a partir de dos principios: el océano y el abismo (o Tiamat, diosa cuyo nombre está evocado en el **tehom** o «abismo» del Génesis). Luego Marduk, el dios de Babilonia que ha vencido a Tiamat, establece el cielo, las estrellas, el sol y la luna. Finalmente, se decide a hacer su obra maestra, el hombre, sobre cuyos hombros recaerá el servicio de los dioses. Entonces degüella a un dios que se ha sublevado y con su sangre modela al

¿QUE ES UN MITO?

Es algo difícil de definir... Podríamos decir lo siguiente:

Un mito se presenta hoy para nosotros *bajo la forma de un* relato, *esto es, de una historia en la que se narra una aventura y, más ordinariamente, un drama.*

Este relato tiene generalmente como marco *un* tiempo antes del tiempo *y un* espacio fuera o antes del espacio *que el hombre conoce.*

Sus héroes *son en general los primeros hombres relacionados con los dioses o con seres malvados.*

Tiene la finalidad *de* explicar *a los hombres su situación presente (por ejemplo, ¿por qué habitan en tal región?), su condición (¿por qué mueren?, por qué están divididos en hombres y mujeres?), sus técnicas (la forja, la construcción de las ciudades, etcétera).*

Por eso el mito es descriptivo: *bajo sus apariencias de relato se puede conocer en su marco, en sus héroes y sus aventuras, el marco de vida, los hombres y los riesgos con que se enfrentan en su vida cotidiana.*

Sin embargo, para ellos utiliza un lenguaje *en imágenes, simbólico, en donde la tierra por encima del agua, por ejemplo, sería comparable al dorso de un monstruo marino que a veces entra en cólera (de ahí los terremotos, las tempestades...).*

Por consiguiente, va ligado a unos ritos: *ofrendas para aplacar a los dioses, para conciliarse su amistad, etcétera.*

El mito es de ordinario pesimista: *al «explicar» lo que les ocurre a los hombres durante su vida, muestra al hombre bajo el golpe de la* fatalidad, *sin que pueda ejercer su libertad ni su responsabilidad.* Todo está ya decidido *antes del nacimiento de cada hombre y antes de la aparición de la humanidad en la tierra.*[1]

P. Gibert.

---

1 Cf. P. Grelot, **Hombre, ¿quién eres?** Estella 1976; P. Gibert, **Mythes et Légendes dans la Bible**, ed. du Sènevé, Paris 1972.

hombre. De esta forma, lo mismo que en la biblia, el hombre está hecho de barro y de divinidad, pero aquí —tropezamos de nuevo con el pesimismo— es con la sangre de un dios caído.[3] Por eso lleva dentro de sí la maldición y la muerte.[4]

En la epopeya de Atra-Hasis ese hombre es colocado entonces en una especie de «paraíso terrenal».[5]

Pero como los hombres molestan a los dioses con el ruido que hacen, éstos deciden destruir a la humanidad. Sin embargo, para que siga estando asegurado el servicio a los dioses, un dios decide salvar a una familia: Uta-Napisthim construye un barco y hace subir a él a una pareja de todos los animales. Luego, durante seis días, lo invade todo el diluvio. El día séptimo hace salir a una paloma, luego a una golondrina y finalmente a un cuervo. Finalmente salen todos y ofrece un sacrificio...[6]

Había otra leyenda conocida también en el medio oriente: la de Sargón de Agadé. Aunque nos la refiere especialmente una tablilla egipcia de El Amarna, no pudo nacer más que en Mesopotamia, en donde la pez sirve con frecuencia como mortero en las construcciones.

El pensamiento cananeo es conocido después del descubrimiento de la biblioteca de la ciudad antigua de Ugarit (actualmente Rash Shamra, en la costa mediterránea de la Siria actual). El apogeo de esta civilización se sitúa hacia el año 1500, época de los primeros descendientes de Abrahán.

Nos bastará con evocar algunos nombres de Dios o algunas características de esta religión para captar hasta qué punto el pensamiento bíblico está marcado por ella. El dios principal es El, evocado muchas veces bajo la forma de un

---

3 *Cf. Hombre, ¿quién eres?, 21-22 y 14.*
4 Ibíd. *27.*
5 Ibíd. *41.*
6 Ibíd. *43.*

LA LEYENDA DE SARGON DE AGADE

Sargón, el soberano potente, rey de Agadé, soy yo.
Mi madre fue una variable, a mi padre no conocí...
Mi variable madre me concibió, en secreto me dio [a luz.
Me puso en una cesta de juncos, con pez selló mi [tapadera.
Me lanzó al río, que no se levantó sobre mí.
El río me transportó y me llevó a Akki, el aguador.
Akki, el aguador, me sacó cuando hundía su pozal.
Akki, el aguador, me aceptó por hijo suyo y me crió.
Akki, el aguador, me nombró su jardinero.
Mientras era jardinero, Istar me otorgó su amor,
y durante cuatro y... años ejercí la realeza...
(J. B. Pritchard, *o.c.*, 100)

toro. (Uno de los nombres del Dios bíblico será «Elohim», plural mayestático de El). Se le rinde un culto especial a su hijo Baal, el «que cabalga sobre las nubes», y a Anat (llamada más tarde Astarté), su hermana, virgen a pesar de ser su amante, diosa de la fecundidad. Estos cultos de la fecundidad a la diosa desnuda daban lugar a prácticas sexuales, en los «altos lugares» o bajo los verdes árboles, contra los que predicarán los profetas de Israel.

Entre otros muchos, pueden citarse algunos textos. El país dado por Dios a su pueblo es descrito frecuentemente, en la biblia, como la tierra «que mana leche y miel» (por ejemplo, Ex 3, 17). Pues bien, en un himno a Baal resucitado se encuentra este refrán:

Los cielos hacen llover manteca,
los arroyos hacen correr la miel.

También puede compararse el Sal 92, 10 o el 145, 13 con este fragmento de un himno:

A tu enemigo, oh Baal,
a tu enemigo golpearás.
Traspasarás a tu adversario.
Tomarás tu reino eterno,
tu imperio para siempre.

Hemos evocado, con demasiada rapidez,[7] el marco histórico y cultural en que se desarrolló la historia de Israel. Podemos a continuación introducirnos en ella.

---

[7] *Para descubrir estas diferentes mentalidades del medio oriente a través de los textos, cf. F. Michaeli,* Textes de la Bible et de l'Ancien Orient. *Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1961 (se colocan en dos columnas los textos de la biblia y los de Egipto, Mesopotamia o Ugarit); J. B. Pritchard,* Lumières sur la Bible. *Bayard-Presse, Paris 1958.*

Sería conveniente tener un buen atlas. Hay uno muy bueno y al alcance de cualquier bolsillo: L. Grollenberg, Atlas biblique pour tous. *Séquoia.*

No perdáis la ocasión de recorrer las dos magníficas *obras de A. Parrot,* Sumer et Akkad, *Gallimard. Se aprende más por la imagen que por muchas páginas de lectura.*

EL TIEMPO DE LA PROMESA
ABRAHAN

Empezaremos con un recorrido por la historia de los patriarcas,[1] para pasar luego a la de Moisés. ¿Cómo la conocemos? Por los cinco libros bíblicos que forman el Pentateuco. Pero la composición de este conjunto es muy compleja y los relatos bíblicos sólo se pusieron por escrito mucho después de los acontecimientos, partiendo de tradiciones transmitidas oralmente. Entretanto, el pueblo fue comprendiendo mejor toda la importancia que tenía esa historia para su vida y, al componer esos relatos, mezcló forzosamente con ellos lo que sólo había percibido mucho más tarde. ¿Es esto una traición? Una persona, por ejemplo, nos dice un día una palabra a la que no le damos ninguna importancia, pero luego, poco después, tienen lugar ciertos acontecimientos que nos obligan a exclamar: «¡Ah! ¡Era esto lo que me quería decir!». Si referimos sus primeras palabras, es evidente que añadiremos también a ellas el sentido que luego descubrimos. No las traicionaremos; no haremos más que interpretarlas, aun cuando para ello les hagamos decir más de lo que expresaron el primer día. Algo parecido es lo que pasó con Israel. Pero esto no simplifica en lo más mínimo el trabajo del historiador, al que le gustaría saber «lo que ocurrió precisamente aquel día».

[1] *¿Por qué empezar con la historia de Abrahán y no por los relatos de la creación, como la biblia? Más adelante veremos que éstos son realmente relatos tardíos, construcciones teológicas hechas a partir de la experiencia del pueblo.*

Vamos, pues, a esbozar esta historia de los patriarcas partiendo de dos elementos. En primer lugar, la historia general tal como la conocemos por otra parte. Luego, dentro de ese marco, intentaremos situar a los patriarcas y a Moisés, sin querer precisar demasiado lo que sigue siendo impreciso.

Pero antes de eso, quizás sea útil tener una idea sobre la forma con que se ha compuesto el Pentateuco.

«PENTATEUCO»: esta palabra griega que significa «cinco tomos», designa a los cinco libros de la «ley» (o Thorah, como dicen los judíos): Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Estos libros tienen una historia bastante compleja; fueron acabados, como libros, en fecha bastante posterior (hacia el 400 sin duda alguna), pero partiendo de tradiciones mucho más antiguas. Pongamos un ejemplo.

De la vida de Cristo tenemos cuatro relatos, los evangelios, que nos presentan la misma historia, pero *considerada desde puntos de vista un poco diferentes*. Desde siempre se ha intentado (desgraciadamente sin fruto) armonizarlos para hacer de ellos un solo relato: «los cuatro evangelios en uno solo». Si se presentase ese libro a un especialista que no supiese nada del cristianismo, llegaría sin duda, únicamente por su estudio, señalando por ejemplo las diferencias de estilo y de vocabulario (Mateo habla más bien del «reino de los cielos»; Marcos-Lucas del «reino de Dios»), a reconstruir nuestros cuatro evangelios. Pero, evidentemente, habría en ello una buena parte de hipótesis (algunos textos de Mateo y de Lucas son muy parecidos), y por otra parte tampoco faltarían las lagunas: cuando Mateo y Lucas tienen exactamente el mismo texto, el autor de los «cuatro evangelios en uno solo» no habría conservado más que uno de esos dos textos.

De hecho, el Pentateuco es también «cuatro tradiciones en un solo libro (repartido en cinco tomos)». Pero no poseemos esas cuatro tradiciones en su estado separado y estamos lo mismo que ese especialista ante los «cuatro evangelios en uno solo»; al estudiar únicamente esos tomos, tenemos que encontrar en ellos las tradiciones diversas.[2] Los especialistas han llegado en la actualidad a un acuerdo bastante amplio. La composición de esas tradiciones se extiende durante diez siglos y su redacción por escrito durante cinco o seis siglos. Se les ha dado ciertos nombres y se les designa mediante letras: se trata de las tradiciones «yavista» (J), de la época de Salomón, hacia el año 950, «elohista» (E), hacia el 750, «deuteronomista (D), un poco más tarde, y finalmente la «sacerdotal» (P), posterior al 538 (final del destierro en Babilonia). Volveremos sobre cada una de estas tradiciones en la época en que nació.

Marco general de la historia de Abrahán

A comienzos del segundo milenio se tiene la impresión de que todo el medio oriente se pone en movimiento, como un inmenso río de lava en fusión. Las tribus semitas suben desde el desierto de Arabia o bajan desde las mesetas del Irán actual y, lo mismo que una ola que levanta nuevas olas, van empujando por delante de ellas a otras tribus. Es tomada la ciudad de Ur. En Babilonia se instala una nueva dinastía. Los hititas se establecen en el Asia Menor y los hurritas en Mesopotamia. Con esas olas que se entrecruzan, que chocan entre sí, que se calman en unos lugares mientras que en otros se ven rechazadas por el acantilado, la agitación va progresando. El clan que se ve afectado se levanta, pliega sus tiendas, reúne sus rebaños y se va a desplazar a otro clan. Hacia el 1730, el oleaje llega a Egipto: los hicsos se instalan en el delta del Nilo.

Lo mismo que los rayos de un proyector aislan, en la escena de un teatro poblado de sombras, una zona de interés, también en este inmenso río de lava anónima, hacia el año 1850 (o quizás algo más tarde), el foco de la biblia ilumina especialmente a un clan entre otros muchos: aquel de donde saldrá Abram (o Abrahán).

Abrahán

La narración bíblica se muestra pródiga en el relato de toda la experiencia posterior de la alianza en el Sinaí y de la revelación de Yavé a Moisés. Nos permite además situar a Abram

[2] *Cf.* Des ciseaux et un pot de colle: *Aujourd'hui la Bible n.º 28, 23-25, y el cuaderno bíblico sobre* Las tradiciones bíblicas.

HACIA LA VERDADERA FE

La distinción entre «religión» y «fe», que a veces se tiende a forzar demasiado, es sin embargo práctica y nos ayuda a descubrir la actitud fundamental que la biblia quiere instaurar en nosotros.

En forma de esquema podría representarse el movimiento de la «religión» mediante una flecha de abajo hacia arriba. Como no puede vivir sin respuesta a las cuestiones profundas que se plantea, el hombre, mientras las ignora, tiende a inventárselas bajo forma de divinidades que proyecta por encima de él, en la esfera simbólica del cielo o de lo sagrado.

Y entonces la flecha puede volverse sobre sí misma: mediante los ritos, el hombre cree que puede poner a su servicio a esos dioses que ha creado a su propia imagen. Pongamos algunos ejemplos. El hombre primitivo no sabe cómo defenderse de la naturaleza hostil (tempestades, huracanes, cataclismos, enfermedades). Entonces se inventa a los dioses del huracán, de las lluvias, a los dioses que curan... Ofreciéndoles sacrificios, cree que obtendrá en recompensa los beneficios a los que, mediante esos sacrificios, tiene derecho. Para explicar el misterioso atractivo de los sexos, se imaginarán historias amorosas entre dioses y diosas. Imitando en la tierra sus uniones (mediante prácticas sexuales relacionadas con la magia), creen que obtendrán la fecundidad de la naturaleza o de los hombres. Para explicar la conciencia o el orden del mundo, se creará un dios «gendarme» o «relojero».[1]

Así nacen las mitologías que son profundamente alienantes. El hombre no es ya libre. Depende de esas fuerzas que tienen en sus manos los hilos de su existencia. Y su relación con esas «divinidades» queda falseada: solamente se dirige a ellas en la oración para obtener automáticamente los beneficios propuestos, pero no para mantener con ellas una relación de amor.

La «fe» podría simbolizarse con una flecha que parte de Dios hacia el hombre. Es el reconocimiento —en el doble sentido de la palabra: descubrimiento de una cosa que no se había percibido y sentimiento de gratitud— de alguien que nos interpela. Alguien, el Dios vivo, nos llama a la existencia, en una relación de amor. Y entonces, ya no estamos alienados: tenemos que vivir nuestra vida sabiendo que tenemos que hacérnosla nosotros mismos, buscando nosotros mismos la respuesta a nuestras cuestiones; pero al mismo tiempo podemos conducir nuestra vida en el reconocimiento, lo mismo que la madre que contempla en sus brazos, llena de admiración, al niño nacido de su carne, pero que es el fruto en ella de un amor común.

Y también aquí la flecha da la vuelta, pero hacia arriba. Porque somos hombres, seres de carne y hueso, y hemos de manifestar externamente esa actitud de reconocimiento. Poniendo una comparación, diríamos que no se trata ya del ramo de flores que el niño ofrece a su madre para obtener un permiso (como en el esquema de la «religión»), sino del mismo ramo que el niño ofrece a su madre el día de su santo, sencillamente para expresarle su reconocimiento por verse amado.[2]

Este movimiento de gratitud, o de eucaristía, es fundamental. Se necesitarán muchos años para que los creyentes de Israel tomen de él una conciencia clara.

---

1 No hemos de creernos demasiado pronto libres de estas «divinidades»; ¿no ha creado nuestra época los mitos de «miss Mundo» o del «Play-boy», al que hemos de imitar?; ¿no está nuestra práctica religiosa muy cercana a veces de esos «ritos» mágicos?

2 Después de haber opuesto entre sí, para mayor claridad, a la fe y a la religión, hemos de unirlas: Dios nos interpela, viene a nuestro encuentro, pero viene en el sentido de nuestras aspiraciones. Es alguien con el que nos encontramos en nuestra vida real, al nivel de nuestras necesidades, para colmarlas, ya que es amor.

entre los diversos pueblos y señalar algunas de las costumbres de la época.

El clan de Abram parte de Ur, en Mesopotamia. Sale de allí, como los demás clanes, porque no tiene más remedio. Abram tiene además, por lo visto, una razón suplementaria: su mujer es estéril. Como se solía hacer por entonces, leyó sin duda en ciertos presagios (una nube de polvo que se dirigía hacia el oeste o la visión del cielo estrellado) un signo de sus divinidades lunares, Sin y Ningal, para que se pusiera en camino. El clan se detuvo durante algún tiempo en Harán, colonia de Ur, en donde se veneran estas divinidades.

Abram llega a Canaán, en donde se adora al dios El. Se instala allí y se pone al servicio de aquel dios local. Puesto que aquel dios le ha dado una tierra, Abram lo cree capaz de resolver también su problema familiar: le ofrece entonces un sacrificio de fecundidad para obtener hijos de su mujer estéril.[3]

Hasta ahora Abram no ha hecho otra cosa más que portarse como cualquier otro hombre de su época, cambiando de Dios al cambiar de país. Pero entonces ocurre algo que parece único en la historia de las religiones: ese dios al que se dirige transforma aquel sacrificio de fecundidad en sacrificio de alianza. Abrahán accede a la verdadera fe que es respuesta a la palabra de Dios.

Gén 15

El «Dios de Abrahán»

El capítulo 15 del Génesis es complejo y agrupa dos relatos de la alianza considerada bajo dos ángulos diferentes. Según uno de ellos, Abran prepara —siguiendo el ritual previsto en Mesopotamia para estos casos— un sacrificio de fecundidad al dios El para obtener un hijo. Pues bien, ese Dios se niega a situarse en ese movimiento de conceder un beneficio como contrapartida de un sacrificio. En el sueño extático de Abram, transforma el sacrificio de fecundidad en un rito de alianza, de una alianza en la que solamente Dios se compromete. Esto quiere decir que el hombre no tiene poder sobre esa alianza, ya que solamente es su espectador y beneficiario. Y Dios le concede la fecundidad «de propina», como un don, fruto de su promesa.

Tal es el punto de partida de la fe para los «hijos de Abrahán»: judíos, cristianos y musulmanes. Porque Abram comienza a presentir el misterio de ese Dios que le interpela. En Ur creyó que se trataba de los dioses Sin y Ningal; en Canaán, creyó reconocerlo en el dios El. Ahora ese El (nombre común que significa «dios») le parece «totalmente distinto» de los demás dioses: alguien misterioso sobre el que los hombres no tienen ningún poder, sino que tienen que someterse a él, por el contrario, en el amor.

En aquello que no era quizás, al principio, más que un intento de explicar los dos nombres de Abram y Abrahán, la biblia ve el signo de una relación nueva entre él y Dios.[4] Y esto significa al mismo tiempo una misión (como cuando se «nombra» a alguien para una responsabilidad): será padre de un pueblo.

Dios da nombre a Abrahán, pero Abrahán no conoce el nombre de su Dios, porque no se puede uno apoderar de él dándole un nombre. Sigue siendo un ser misterioso. En adelante llevará sencillamente el nombre de los que le adoran: «Dios de Abrahán... Dios de Jesucristo». Esto quiere decir que es un Dios conocido únicamente en el encuentro: se le presiente en la transformación que lleva a cabo en quienes lo aman.

Gén 22

Después de Abrahán y de sus primeros descendientes comienza un período oscuro.

---

[3] *Todo esto, que tiene una gran parte de hipótesis, es una reconstrucción basada a la vez en el texto del Génesis y en lo que se sabe de las costumbres mesopotámicas. Cf. H. Lemaitre,* Abraham père des croyants: *Aujourd'hui la Bible n.º 31, 5-10.*

[4] *Pensad en esos nombres nuevos que se dan los que se aman.*

EL NACIMIENTO DE UN PUEBLO
EXODO Y ALIANZA

Hacia el año 1250 se enciende de nuevo el proyector luminoso de la biblia para iluminar una pequeña provincia del norte de Egipto, al este del delta del Nilo: bajo el látigo de los guardianes, hay un montón de esclavos dedicados a
Ex 1, 8-22 la fabricación de ladrillos para las construcciones del faraón. ¿Qué es lo que allí ocurre?

También aquí vacila el historiador. La biblia ha unificado tradiciones diversas y oscuras. Intentemos vislumbrar la situación de Egipto.

Los hicsos, esos «príncipes de países extranjeros», son los dueños del norte de Egipto desde 1730. Fueron expulsados finalmente en el 1580. Los faraones de la 18ª dinastía llevan entonces a su país a una gran altura. El rey Amenofis IV se consagra a la adoración del rey Atón, toma su nombre (Akhenaton) y se construye una nueva capital (la actual El-Amarna). Su sucesor, Tutankhamon, muy conocido por su maravillosa tumba encontrada casi intacta, vuelve al culto tradicional de Amón. Pero las preocupaciones religiosas empezaron a predominar sobre el aspecto político y el imperio empieza su decadencia. El general Horemheb da un nuevo impulso al estado y la 19ª dinastía conocerá de nuevo la grandeza con los faraones Sethi I y Ramsés II. Menefta tendrá que enfrentarse con un ataque de los «pueblos del mar», poblaciones llegadas del centro de Europa, así como con una invasión libia. El año quinto de su reinado (hacia el

LA ALIANZA

La alianza es sin duda la noción más fundamental de Israel.

Para la biblia, Dios establece una alianza con Abrahán. Más valdría decir que le hace una promesa, ya que se trataba entonces de una alianza unilateral: sólo Dios se comprometía. Y esto tenía su importancia: Dios echaba en la balanza de la historia todo el peso de su fidelidad; fuéran las que fuesen las culpas de aquel pueblo que iba a nacer, él se comprometía a introducirlo en la felicidad (simbolizada concretamente en una tierra).

En el Sinai, Dios establece una alianza bilateral: «Yo me comprometo a conduciros hasta la felicidad si *vosotros observáis mis mandamientos». Y el pueblo entró entonces en aquella alianza lo mismo que en una cuarta dimensión: no podrá en adelante vivir como pueblo si se sale de esa alianza, lo mismo que si nosotros nos saliéramos de las tres dimensiones del espacio.*

Cuando piense en ello más tarde, san Pablo, poniendo en forma el pensamiento más profundo de Israel, observará una especie de dialéctica entre esas dos alianzas. Dios no había hecho un contrato bilateral con Abrahán, porque estaba seguro de su amor; a un padre no se le ocurre obligar por contrato a su hijo a que le ame. Pero si por casualidad éste le niega su amor, cabe imaginarse que el padre lo mantendrá por un momento bajo su ley, precisamente para su bien. La estancia desgraciada en Egipto aparecerá entonces como un símbolo de la negativa de los descendientes de Abrahán a responder a Dios. Y por eso éste, en el Sinaí, establece con ellos una alianza bilateral: se compromete en la medida en que el pueblo responda a su amor.

Quizás sea ésta la contradicción más extraña —y la más fecunda— en la que Dios ha querido encerrarse. El se comprometió sólo con Abrahán; sea cual fuere la conducta del pueblo, Dios se debe a sí mismo (si es «justo») concederle la felicidad. Después se comprometió de forma bilateral en el Sinai; entonces, si es «justo», tendrá que negar esa felicidad al pueblo que no ha cumplido el contrato... Y el pueblo (lo mismo que nosotros ahora) peca... Pero conocía la solución que sólo un Dios podría encontrar: el pueblo, reunido en Jesucristo, morirá; pero esa muerte desembocará en la vida, en la felicidad.

Es importante señalar que la ley aparece después del pecado. Nosotros creemos espontáneamente que el pecado es una violación de la ley. En la biblia el pecado es una falta contra el amor; y a esos pecadores, para mantenerlos incluso «a su pesar» de alguna manera, Dios les da una ley, como una especie de camisa de fuerza. En Jesucristo, dirá san Pablo, ya no hay ley; sólo rige esa «ley» interior que es el Espíritu Santo.

1230) una estela menciona por primera vez el nombre de Israel: «Israel ha sido devastado; su raza ha dejado de existir». Ramsés II rechaza finalmente a los pueblos del mar.

En este marco tan general es donde se sitúa la historia de Moisés y la salida de Egipto. Una parte de los descendientes de Abrahán había continuado su emigración y se había instalado al este del delta, protegidos quizás por los hicsos. El éxodo tuvo lugar probablemente en el reinado de Ramsés II (¿hacia el año 1250?).

¿Cómo fue aquella salida de Egipto? Los capítulos 14 y 15 del Exodo nos ofrecen un relato épico, más rico en evocaciones religiosas que en detalles históricos. Solamente se sabe que, sean los que fueren los acontecimientos concretos, Israel descubrió posteriormente en ellos la intervención de su Dios y su nacimiento como pueblo.

En la conciencia religiosa de Israel perduran dos elementos esenciales: el momento en que Dios revela su nombre a Moisés y el momento en que establece su alianza con el pueblo.

Ese Dios misterioso, el «Dios de Abrahán», llevará un nombre en adelante: «Yavé».[1] Más que una definición —no se sabe exactamente lo que significa— es la indicación de una presencia. Pertenece a la raíz «ser» o «estar», y la

Ex 3

frase que lo desarrolla puede traducirse de diversas maneras, siendo la más verosímil la siguiente: «Yo soy el que es». Traduciendo «Yo soy el que seré», la biblia ecuménica señala quizás su sentido: «Yo soy una presencia; lo que yo soy, lo descubrirás en lo que seré y haré contigo»; es en la historia, en los acontecimientos, donde podemos vislumbrar lo que es ese Dios que «camina con nosotros».

Y ese Dios establece una alianza con su pueblo. El paso del mar Rojo (no se sabe lo que fue aquel acontecimiento histórico) apareció luego como el acto de Dios que salvaba a su pueblo. El éxodo, la pascua, seguirá siendo en la conciencia de Israel (y en la nuestra) el primer momento en que Dios se manifestó como salvador, como aquel-que-hace-pasar-de-la-muerte -a-la-vida. Pero un acontecimiento sigue siendo siempre ambiguo; es preciso que la palabra pronunciada revele su sentido. Ese será el papel del Sinaí, en donde Dios establece la alianza con su pueblo dándole la ley.

Ex 19-20 Ex 24

Por medio de esa palabra de Dios que les transmite Moisés y que les «convoca», los hebreos toman conciencia de ser un pueblo particular, una «iglesia» (**qahal** en hebreo, o **ekklesía** en griego: la asamblea de los convocados) y se comprometen colectivamente en esta alianza.

Después de un duro tránsito a través del desierto, cuya duración es difícil de calcular y en el que más tarde descubrirá el pueblo un itinerario espiritual, éste entra en Canaán. El libro de Josué celebrará esa entrada en una epopeya triunfal. La realidad (que se deja vislumbrar) fue mucho más humilde: unas tribus nómadas se infiltran en unos valles, se instalan al pie de unas colinas fortificadas en donde se defienden los habitantes del país. Luchan entre sí; finalmente, se entienden amigablemente con el riesgo de dejarse asimilar unos por otros.

Cada una de las **doce tribus** (los descendientes de los doce hijos de Jacob) vive independiente de las demás. Sin embargo, las une un vínculo: el de la historia común y sobre todo el reconocimiento del mismo Dios.

Durante cierto tiempo —entre el 1200 y el 1050— los **jueces** se encargan de arreglar los conflictos internos. A veces, cuando se ve oprimida una tribu, el pueblo entero se levanta en armas, desde todos los rincones del país, a la llamada de un «salvador» (los que recibirán el nombre de grandes «jueces», como Sansón, Gedeón, Débora...), y cuando se ha conjurado el peligro, cada uno vuelve a su hogar.

También aquí el historiador se plantea la cuestión: Israel se instala en Canaán, en donde reinan los dioses locales cananeos El, Baal, Astarté. Ciertamente, sentirá muchas veces la tentación, y alguna vez sucumbirá a ella, de flirtear con ellos y de esperar de ellos la paz y la fecundidad de los campos, de los rebaños y de las mujeres. Sin embargo, a pesar de sus pecados, Israel seguirá siendo fiel a Yavé, el Dios de Abrahán, como demuestra su «credo» (cf. Jos 24 y Dt 26).

Jos 24 Dt 26

Desde el punto de vista de la HISTORIA LITERARIA, ¿en qué lugar nos encontramos?

Hasta ahora no tenemos todavía ningún libro. Pero hay ya algunos *relatos sobre los patriarcas* y *sobre el éxodo* que se van transmitiendo oralmente unos a otros, así como algunas *historias sobre los jueces* e incluso poemas como el *«cántico de Débora»*, compuesto quizás hacia el año 1025 (Jue 5). Tampoco hay razón para negar que Moisés pudo dar, y por escrito, *algunas leyes* y, sobre todo, *los mandamientos* (Ex 20).

De los primeros tiempos de la instalación en Canaán data seguramente la redacción de lo que se ha llamado *«el código de la alianza»* (Ex 20, 22-23, 33), que supone ya a un pueblo instalado en una tierra y de civilización agrícola. Este código, lo mismo que la ley de Moisés, se inspiran en un antiguo derecho consuetudinario que se encuentra en diferentes pueblos, y concretamente en el código de Hammurabi.

[1] *Este nombre de Yahvé o Yaho era ya usado quizás por los madianitas, entre los cuales vivió Moisés algún tiempo en el destierro; su madre, Yokabed, lleva un nombre en el que figura esa misma raíz (Ex 2, 15s).*

LA MONARQUIA

Desde finales del siglo XI hasta el año 587, Israel vive bajo un régimen monárquico. Su literatura, muy joven, llegará rápidamente a su apogeo con los profetas.

Un reino unido: David, Salomón

1050: los filisteos, rechazados de Egipto, se instalaron en la costa mediterránea, en la región de Gaza. Estos guerreros incultos, buenos bebedores de cerveza,[1] hicieron sentir pronto su presión en el interior del país. Los diferentes pueblos comprendieron que era necesario un poder fuerte capaz de resistirles; ésta es una de las razones por las que, en esta parte del medio oriente, nacen entonces las monarquías, tanto en Moab como en Edón o en Israel.

1Sam 8

Saúl es escogido como rey. Después de su muerte en el combate, David logrará imponerse.

1Sam 2-6

Hacia el año 1000, David se apodera de la ciudad de los jebuseos y la convierte en su capital: Jerusalén. Haciéndose elegir sucesivamente rey por las tribus del sur y luego por las del norte, y conquistando una capital personal en el centro, David consigue crear un reino unido. Lo facilita el hecho de que los tres «grandes» del medio oriente son entonces impotentes: los hititas han desaparecido prácticamente de la historia, los egipcios están divididos por conflictos internos y los asirios acaban de salir de un largo sopor.

El rey ocupará entonces en Israel un lugar rico en esperanzas prometedoras. Para consagrar al rey, no había más que copiar la fórmula litúrgica de otros pueblos. En Babilonia o en Egipto el sacerdote proclamaba sobre el elegido un oráculo del dios local de un tipo más o menos similar al siguiente: «Tú eres mi hijo; yo soy

2Sam 7

[1] *La única herencia cultural que legaron a la tierra que ocuparon será su nombre, corriente a partir de la época helenista: «Palestina» quiere decir «país de los filisteos».*

tu padre». Dios, mediante su profeta Natán, declara a David que toma a su cargo esta fórmula de entronización: el día de su consagración, el «hijo de David», esto es, su sucesor legítimo, se convierte en «hijo de Dios». Esta certeza no dejará de sostener la esperanza del pueblo en las horas más sombrías de su historia.

El reino de David era dinámico, siempre en movimiento, en guerras de conquista o de defensiva. El reino de Salomón, su hijo, es estático. Heredero del imperio paterno, se contentó con organizarlo y con disfrutar de él. Es un período de paz, un período en el que cabe la posibilidad de pensar en el pasado. Salomón organizó su corte a imagen de la de su suegro (de uno de sus suegros: cf. 1 Re 11, 13), el faraón: la corte posee ahora escribas e historiógrafos encargados de poner por escrito las palabras y los hechos del rey. Es el momento en que empezarán a recogerse las tradiciones que estaban dispersas en la memoria del pueblo.

Con Salomón empieza la literatura propiamente dicha en Israel. Se han perdido dos libros mencionados por la biblia (Núm. 21, 14; Jos 10, 13; 2 Sam 1, 18): «El libro del justo» y el «Libro de las guerras de Yavé». Sin duda se redactó entonces una *historia del arca* (1 Sam 2, 12.17.22-36; 4, 1-22; 5-6), la *historia de la sucesión de David* (2 Sam 9-20). Se recoge el *«Cántico del arca»* (2 Sam 1, 17-27) y la *elegía por Abner* (2 Sam 3, 33-34), compuestas sin duda por David, y también probablemente *algunos salmos*. Se recogen también los dichos, condensado de la sabiduría popular, que entrarán más tarde en el libro de los *Proverbios* (Prov 10-22).

Se comienza sobre todo a reunir las tradiciones sobre los patriarcas, el éxodo, la entrada en Canaán. De allí nacerá la «historia sagrada judía» o tradición yavista.

La TRADICION YAVISTA (J) es llamada así porque su autor[2] llama a Dios Yavé (La letra «J» viene del alemán «Jahwiste»).

Esta historia sagrada recoge la de los patriarcas y continúa con los relatos del éxodo, de la entrada en Canaán y de los primeros reyes. En un estilo pintoresco, lleno de imágenes, es ya una teología de la historia basada en la promesa de Dios. Pero el autor quiso que precediera a estos recuerdos de Israel un «relato de los orígenes», que no es completamente historia, sino teología: partiendo de la manera con que ve a Dios portándose con su pueblo Israel, se imagina cómo tuvo que portarse Dios con todos los pueblos, *con el hombre en general* («Adán») y *adorna esta* teología con los mitos corrientes de su época.[3]

Con Salomón llegamos al apogeo del reino unido. Pero Salomón se pasó de raya, jugando a gran señor y explotando a su pueblo. Empieza a cundir la rebeldía, que explota a su muerte. Su hijo Roboán, político estúpido, provocará la secesión de las tribus del norte. El reino unido duró solamente 70 años.

Los dos reinos

A partir del 931, nos encontramos con dos reinos:

* el reino del sur o de Judá, con la capital en Jerusalén. Sigue fiel a la dinastía davídica. Sus reyes serán muchas veces indignos de reinar, pero descenderán todos ellos de David.

* el reino del norte o de Israel, con la capital en Tirsa durante algún tiempo y luego sobre todo en Samaría. Durante dos siglos, este reino conocerá una serie impresionante de revoluciones palaciegas; sus reyes no descienden de David.

¡Atención, pues! El nombre «Israel» puede tener dos sentidos: puede designar el conjunto del pueblo, o bien solamente el reino del norte en oposición al reino del sur; para designar el conjunto del pueblo habría que hablar entonces de Judá e Israel. Así es como suelen hacerlo los profetas.

Estos dos reinos son hermanos: son de la misma raza, adoran al mismo Dios, poseen las

[2] *Se habla del «autor», del «yavista», del «elohista», para abreviar, pero se trata más bien de cierto número de sabios, cuya obra se extiende durante muchos años.*

[3] *P. Grelot,* Hombre, ¿quién eres? Los once primeros capítulos del Génesis *(Cuaderno bíblico). Verbo Divino, Estella 1976.*

mismas tradiciones. Pero son dos hermanos mal avenidos; a veces se aliarán entre sí contra un enemigo común, pero otras veces se combatirán mutuamente.

El apogeo de los dos reinos (hacia el año 750)

Hacia el año 750, los dos reinos con Jeroboán II, en Samaría, y Osías, en Jerusalén, llegan a la cima de su poder. Esto puede muy bien explicarse históricamente. Fijaos en un mapa o en el cuadro central: en aquella región habitan juntos tres pueblos pequeños: Judá, Israel y Damasco. Con fuerzas iguales, corren el peligro de verse perjudicados al reñir continuamente entre ellos. Pero, durante algún tiempo, el enemigo exterior hará un servicio a nuestros dos reinos (no hablamos ya de Egipto, que se encuentra por entonces en plena decadencia). Efectivamente, Asiria va adquiriendo mayor fuerza y querrá extender su imperio en dirección al Mediterráneo. El primer reino con que se encuentra en su camino de expansión es el de Damasco. Esto resulta maravilloso para Israel y para Judá: por una parte, Damasco tiene que atender a este segundo frente y por tanto no vendrá a atacarles; por otra parte, mientras resista, les servirá de valladar. No se necesita tener mucha sagacidad política para pensar que aquella situación no podría durar mucho tiempo. Pero de momento Judá e Israel no tienen por qué preocuparse y se dedican a gozar de sus riquezas. Amós, sobre todo, nos ha descrito, con una inspiración nerviosa, la vida disoluta que muchos llevan en sus casas de paredes adornadas de marfil.

Es sin duda en esta época de euforia material cuando el pueblo se olvida de su Dios y cuando los ricos oprimen a los pobres. Entonces aparecen los PROFETAS.

El profeta, un hombre que habla en nombre de su Dios (y no precisamente para predecir el porvenir), es conocido por esta época en el oriente medio. Se conocen oráculos proclamados en Babilonia, en Mari o en Moab en nombre del dios local y en un estilo parecido a veces al de los profetas de Israel.

Hay cierto número de profetas que pretenden hablar en nombre del verdadero Dios. El problema, para el pueblo, está en distinguir a los verdaderos de los falsos.

El Deuteronomio, por los años 700 al 650, buscará algunos criterios objetivos (Dt 13 y 18). En el fondo no encontrará más criterios que la fe del pueblo. El que un profeta realice signos extraordinarios para acreditar su misión, no significa nada; si no predica el verdadero «yavismo», esto es, la fe auténtica en Yavé, es un falso profeta.

Más que en otras ocasiones, resulta difícil aquí distinguir entre historia general e historia religiosa. Efectivamente, los profetas son hombres que descubren el designio de Dios en los acontecimientos humanos y que, en consecuencia, obligan a sus contemporáneos a descubrirlo. Hablan y actúan plenamente en la historia humana e intervienen frecuentemente ante los reyes. Con frecuencia están relacionadas con ciertos santuarios locales; muchos de ellos son sacerdotes. Por consiguiente, no hay oposición entre sacerdocio y profetismo.

ELIAS y ELISEO predicaron ya antes en el reino del norte, después del año 900, pero no han dejado nada escrito. Nos habla de ellos el libro de los Reyes: el ciclo de Elías (1 Re 17-19; 21; 2 Re 1-2, 18) nos presenta esta figura de fuego que Lucas tomará en parte como modelo para presentarnos a Jesús; el ciclo de Eliseo (2 Re 2-13) es una composición en que resulta muchas veces difícil distinguir entre lo maravilloso y lo histórico. 1Re 19 2Re 2

La TRADICION «ELOHISTA» (E), así llamada porque llama a Dios «Elohim», nació en el reino del norte, quizás en el reinado de Jeroboán II (783-743). Se puede ver fácilmente en ella una reacción contra los de-

sórdenes sociales y religiosos; su espíritu es muy parecido al de Amós y sobre todo al de Oseas. Es frecuentemente paralela a la tradición «yavista», pero no recoge los relatos de los orígenes y se extiende más en la narración de la estancia en Egipto.

Entre los años 750 y 700 aparece un primer grupos de profetas: AMOS y OSEAS en el reino del norte, ISAIAS y MIQUEAS en el reino del sur.

AMOS, pastor de la región de Belén, de lenguaje vulgar, es escogido por Dios para ir a recordar en el reino de Samaría las exigencias de la **justicia de Dios.** Su enseñanza social está basada en la alianza. Recuerda que la elección de Dios no es, para el pueblo, una garantía automática de salvación, que le permita portarse de cualquier manera; esta elección es ante todo una responsabilidad.

AMOS. Su vocación: 7, 10-17 (aspecto anecdótico) y 3, 3-8 (teología)
resumen de su mensaje: 3, 1-2
justicia para con los pobres: 2, 6-16; 8, 4-8
la vida holgada de Samaría: 3, 13-4, 3; 6, 1-7
cántico al Dios del mundo (universalismo): 4, 13 + 5, 8-9 + 9, 5-6.
esperanza: 3, 12 (Dios salvará a un «resto»); 8, 11-12; 9, 11-15.

OSEAS, profeta de alma delicada, descubre a través de un acontecimiento personal (la infidelidad de su esposa) **el cariño de Dios.** Amaba a su mujer, que se portó mal; con su amor logró que volviera a su lado y le entregara de nuevo su corazón joven. Así es, nos declara, como Dios ama a su pueblo: no porque el pueblo sea bueno, sino para que lo sea. Nos presenta, pues, con acentos conmovedores el amor que Dios nos tiene con la imagen del amor del esposo a su amada. Esta imagen no dejará de ir profundizándose cada vez más. Y bajo esa luz todo adquiere un sentido nuevo. La ley del Sinaí se presenta bajo su verdadero esplendor: no se trata de una especie cualquiera de contrato, sino de una «alianza» (como ese anillo que se ponen en el dedo los que se aman) que ata a dos seres en el amor. Y por eso mismo, el pecado cambia también de nombre: ya no es violación de una ley, sino una claudicación en el amor, una falta de fidelidad, o —en el lenguaje de los profetas— «adulterio» y «prostitución».

OSEAS. Su vocación: 1-3
amor de Dios: 1-3 (como un esposo); 11 (como un padre)
responder a ese amor: 4, 1-3; 6, 4-6; 10, 12; 12, 3-7
el pecado: 4, 4-10; 5, 1-7; 7, 1-2
esperanza: 13, 2-10

ISAIAS predica en Jerusalén. Gran señor, tiene ideas políticas muy vastas. Va viendo a los sucesivos reyes vacilar entre la alianza con Egipto y la alianza con Asiria. Político fino, pero sobre todo creyente, recuerda que lo único que puede asegurar al pueblo la salvación es la alianza con **el Dios santísimo.** Frente al **orgullo** del pueblo, predica vigorosamente la **fe.**

Isaías tendrá una importancia decisiva en el **mesianismo.** Con esta palabra se designa una de las formas que tomará la esperanza de Israel. El «mesías» (o «Cristo» en griego y «ungido» en castellano) es aquel personaje por el que Dios, al final de los tiempos, establecerá su reino. Acordaos de la profecía de Natán a David: «Siempre habrá un hijo de David, convertido en hijo de Dios por su consagración, que reine en el reino (cf. pág. 30). Isaías cree en la palabra de Dios; mas, por otra parte, los reyes que tiene a la vista son de ordinario unos personajes indignos. Y entonces comprende: no son ellos los que realizan la promesa; la promesa va más allá; ellos son solamente un esbozo; en el futuro aparecerá el verdadero hijo de David, el verdadero «hijo de Dios». Y ya él mismo puede cantar, con ocasión sin duda del nacimiento del pequeño Ezequías, la venida de ese «Emmanuel» («Dios con nosotros»), que traerá la paz a la tierra.

ISAIAS. El libro de Isaías recoge la predicación de varios profetas que predicaron en diferentes épocas: + el 1.º Isaías (o «Protoisaías»): Is 1-39 (pero cierto número de textos, en estos capítulos, son

posteriores, sobre todo los apocalipsis: 24-27 y 34-35).
+ el 2.º Isaías (o «Déuteroisaías»), que predica al final del destierro de Babilonia (en el 538): Is 40-55.
+ el 3.º Isaías (o «Tritoisaías»), que predica después del final del destierro del 538: Is 56-66.
Aquí hablamos solamente del primer Isaías.
Su vocación: 6
el libro del Emmanuel: 7; 9; 11
juicio sobre Jerusalén: 1, 1-9; 3, 1-15; 3, 16-24 (las hijas de Jerusalén); 8, 5-10; 22, 1-22; 28, 1-6
el canto de la viña: 5, 1-7
contra el culto puramente exterior: 1, 10-20; 29, 13-14
esperanza (el «resto»): 2, 1-5; 4, 2-4; 8, 1-3; 29, 17-24; 30, 18-26
mesianismo: el libro del Emmanuel, el «resto»; 8, 11-15 (Dios «piedra»).

MIQUEAS predica también en Jerusalén por la misma época que Isaías. Es un aldeano que ha sufrido, en su propia piel, la guerra y la injusticia. Sube a Jerusalén a clamar allí la indignación de Dios.

MIQUEAS. En un versículo resume el mensaje de Amós, de Oseas y de Isaías: 6, 8
contra la injusticia social: 2, 1-5; 3, 1-12; 7, 1-7
el mesías, pastor humilde de Belén: 5, 1-5
esperanza: 4, 1-10; 7, 18-20.

Jerusalén después de la ruina de Samaría (721-587)

Asesinatos, incendios, violaciones, personas empaladas, largas columnas de deportados... El
2Re 17 año 732, Sargón II, rey de Asur, toma Damasco. Acaba de caer el valladar que protegía a los dos reinos.

El año 721 vuelve a repetirse la escena, pero esta vez es Samaría la que cae. El reino del norte desaparece del mapa. Los asirios practicaban la deportación sistemática de los pueblos vencidos. A la región de Samaría son conducidos los deportados venidos desde el otro cabo del imperio; mezclados con algunos de los judíos que lograron quedar, formarán la base de la población de los samaritanos. Se comprende entonces por qué los judíos de pura raza se negarán más tarde a considerarlos como plenamente hermanos, aun cuando esas gentes se hayan puesto a adorar a Yavé, el dios local.

PENTATEUCO: encuentro de las tradiciones J y E.
Es probable que los levitas que pudieron librarse de la matanza de Samaría se refugiasen en Jerusalén, llevando consigo sus libros sagrados, especialmente los relatos que designamos como «tradición elohísta». En el reinado de Ezequías seguramente esta tradición se fusionó con la «tradición yavista», compuesta en Jerusalén.

PROVERBIOS: los escribas de Ezequías reunieron una colección de «proverbios»; hay una compilación de los mismos que lleva su nombre: Prov 25-29.

El año 701, Sennaquerib, rey de Asiria, acude a sitiar a Jerusalén. Pero se ve pronto obligado a levantar el sitio. Jerusalén tiene unos momentos de respiro.

Desgraciadamente, la lección no acaba de aprenderse. Tras el prudente rey Ezequías, que sigue los consejos de Isaías, vienen varios reyes impíos.

El año 640, sube al trono el jovencísimo rey Josías. Durante su reinado aparecerá una nueva generación de profetas: SOFONIAS, NAHUN, HABACUC y sobre todo JEREMIAS.

SOFONIAS predica hacia el 630, mientras Josías intentaba restaurar la verdadera fe. Del mismo temple que Isaías, se siente aterrado: «en medio» del pueblo o «en su seno» (es su palabra clave) no hay justos, excepto Dios; pero está solo. Entonces Dios vendrá al seno de ese pueblo y será aquél un día de cólera **(«Dies irae dies illa...»)**.

Pero para el futuro Dios vislumbra que aquel pueblo, debidamente purificado por su amor, le responderá con un corazón de pobre (es el comienzo del ideal de «pobreza» o de abandono en mano de Dios). «Dios estará presente en el seno de la hija de Sión»: es tradicional en todas las civilizaciones simbolizar al pueblo en una figura femenina (pensemos por ejemplo en «Mariana» entre los franceses). Esa hija de Sión simboliza,

pues, al pueblo. Dios quiere hacer de ella «la Virgen Sión», y en su seno es donde algún día padrá estar él totalmente presente. San Lucas pensará en ello cuando escriba el relato de la anunciación.

SOFONIAS. «Dies irae...»: 1, 14-18
situación en Jerusalén: 3, 1-5
la «virgen Sión» del porvenir: 3, 9-18

Josías se esforzará, a veces a golpe de espada, en conducir a su pueblo hacia Dios. Este esfuerzo misionero parece estar ligado al «descubrimiento» del Deuteronomio.

DEUTERONOMIO.

El año 622, con ocasión de ciertos trabajos en el templo, el sumo sacerdote descubrió un *rollo que hizo llevar al rey Josías. Al leerlo, el* rey desgarró sus vestiduras en señal de duelo, al ver que no se practicaba lo que aquel libro enseñaba y proclamó una gran misión por todo el reino. Se acababa de descubrir el DEUTERONOMIO, o por lo menos su parte central (cf. 2 Re 22).

Aquellas páginas del Deuteronomio habían nacido, en el reino del norte, de la necesidad que se experimentaba de «reajustar» la ley (**«deutero-nomos»** significa «segunda ley» o ley remodelada) para adaptarla a una situación más evolucionada del pueblo. Lo más importante quizás es que los profetas como Oseas habían descubierto el sentido profundo de la alianza del Sinaí; al revisar aquella ley, se esforzaron en poner de relieve que era una ley de amor. Tras la ruina de Samaría, los levitas se llevaron este texto a Jerusalén, *en donde estuvo durmiendo* en el rincón de la biblioteca del templo durante cien años. Fue esta ley la que descubrió Isaías y la que se esforzó en hacer aplicar.

Este núcleo central, que se presenta como un largo discurso de Moisés, se completó por aquella época. Después del destierro se le añadió una introducción (Dt 1-4) y una conclusión (Dt 28, 27-30).

DEUTERONOMIO. El credo más viejo de Israel: 26, 5-10
el corazón de la fe judía: 6, 1-13 (el «Shema»: 6, 4-9)
amor de Dios a su pueblo: 4; 7, 7-15
la palabra de Dios: 30
el sentido del desierto: 8, 1-19

La «HISTORIA SAGRADA DEUTERONOMISTA».

Bajo la influencia de estos escribas deuteronomistas tomaron su forma definitiva los libros de *Josué, Jueces, Samuel* y *Reyes* entre los años 622 y 609; pero todavía habrá algunos retoques y complementos después del 587. Esta influencia se manifiesta con claridad, por ejemplo, en el libro de los Jueces. El autor ha recogido unas cuantas «historias edificantes» sobre esta época y las ha organizado para probar su tesis: cuando el pueblo es fiel a Dios, vive en paz y es feliz; cuando peca, se ve oprimido por sus enemigos; se convierte entonces a Dios, que lo perdona y lo salva. Y como se siente de nuevo feliz, se olvida de Dios; vuelve a verse oprimido...

Año 612: *golpe teatral. Babilonia*, despertándose de un largo sueño, se apodera de Nínive, la capital asiria.

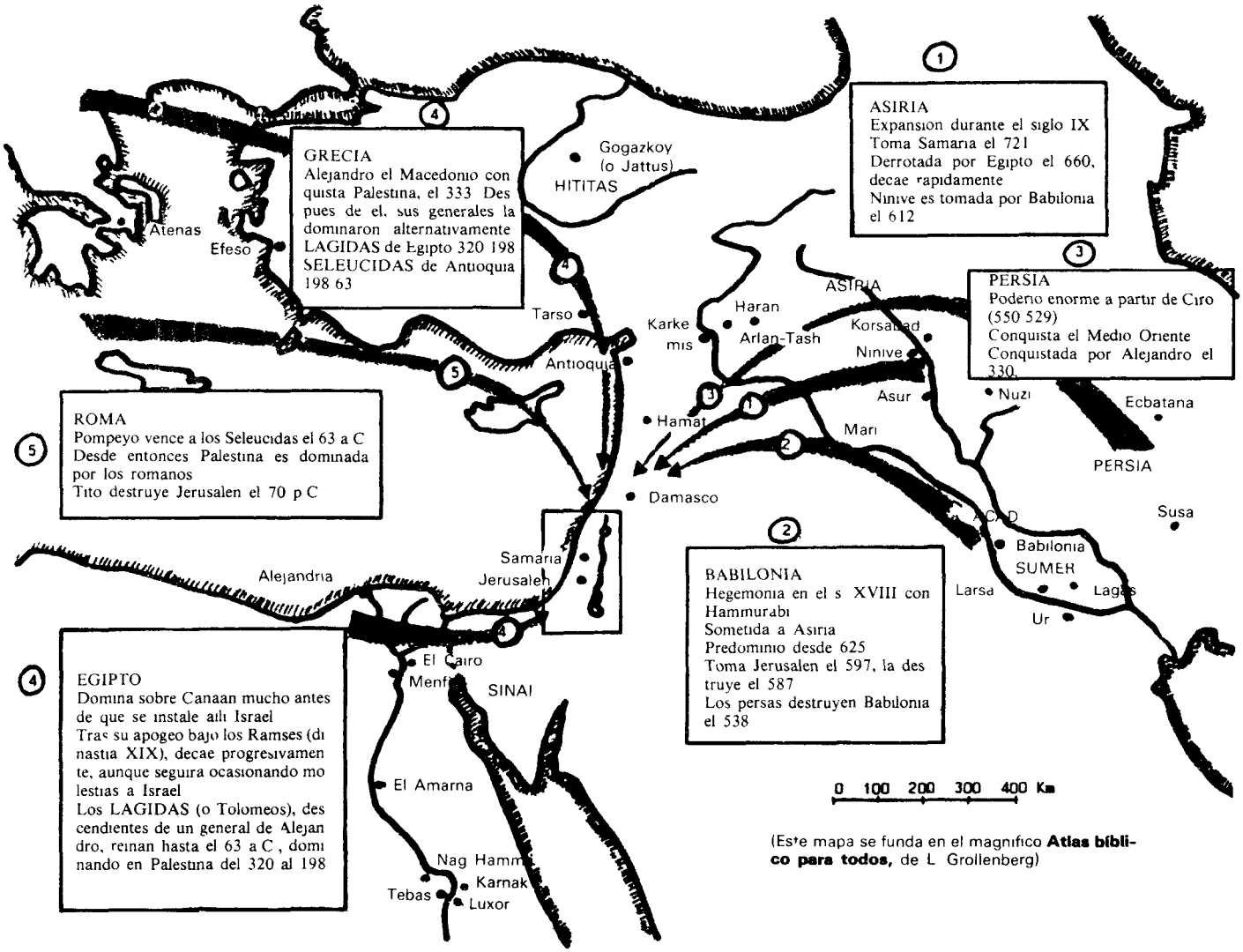
Hay que leer en el libro de NAHUN la alucinante evocación del combate de carros por las calles de Nínive inundada. Todo el medio oriente aplaude con delirio la ruina del enemigo. Desgraciadamente no habían comprendido que lo único que sucedería sería un nuevo cambio de dueño: el general victorioso se llama Nabucodonosor. Y su primera preocupación fue partir en campaña contra Egipto.

El año 609, el faraón Nekao se alía con la Asiria agonizante y sube contra él para detener su avance. Josías quiere cerrar el paso a Nekao. Muere en el combate de Megiddo (2 Re 23, 29-30).

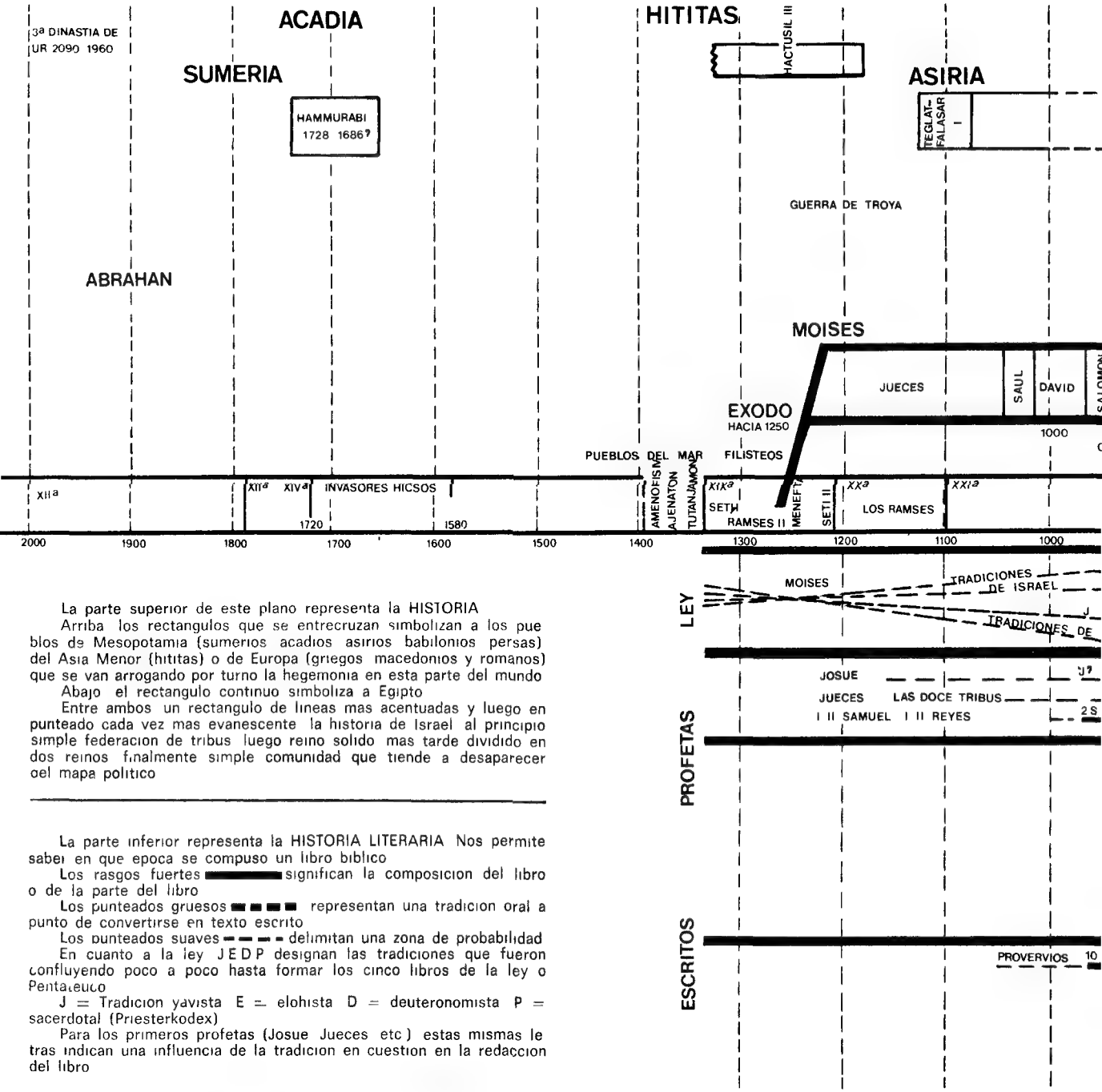
La trágica muerte de aquel piadoso rey será *llorada calurosamente por los fieles: ¿por qué* el que confía en Dios muere de una forma tan lamentable? Es el final de aquella reforma, que no ha tenido tiempo de penetrar profundamente en los corazones.

El año 605, la victoria de Karkemish abre a Nabucodonosor las puertas de Palestina.

El profeta HABACUC contempla espantado aquella escena de terror. Los babilonios le pa-



(Este mapa se funda en el magnifico **Atlas bíblico para todos,** de L Grollenberg)



La parte superior de este plano representa la HISTORIA

Arriba los rectangulos que se entrecruzan simbolizan a los pue blos de Mesopotamia (sumerios acadios asirios babilonios persas) del Asia Menor (hititas) o de Europa (griegos macedonios y romanos) que se van arrogando por turno la hegemonia en esta parte del mundo

Abajo el rectangulo continuo simboliza a Egipto

Entre ambos un rectangulo de lineas mas acentuadas y luego en punteado cada vez mas evanescente la historia de Israel al principio simple federacion de tribus luego reino solido mas tarde dividido en dos reinos finalmente simple comunidad que tiende a desaparecer oel mapa politico

---

La parte inferior representa la HISTORIA LITERARIA Nos permite saber en que epoca se compuso un libro biblico

Los rasgos fuertes ▬▬▬ significan la composicion del libro o de la parte del libro

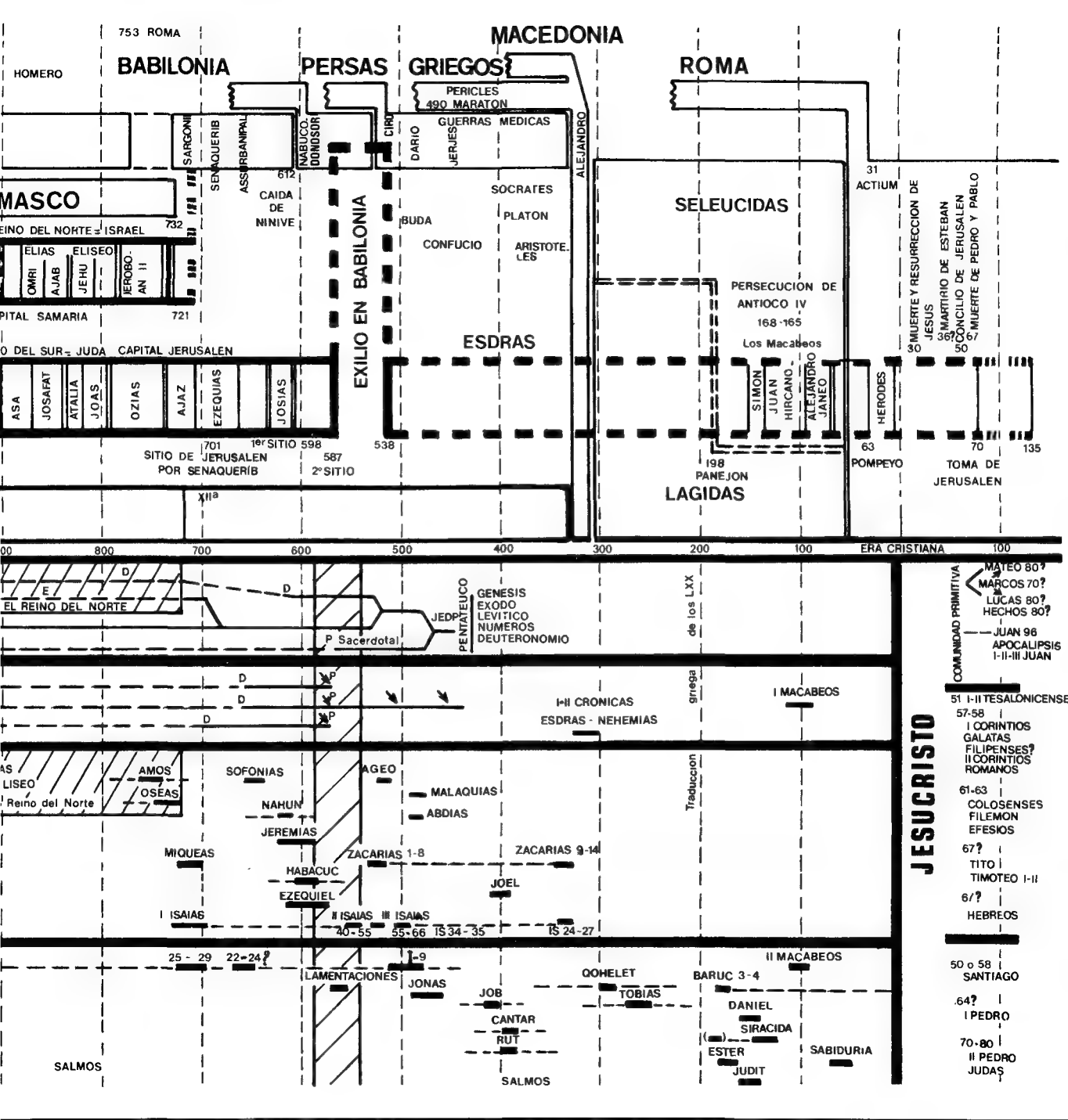
Los punteados gruesos ▬ ▬ ▬ ▬ representan una tradicion oral a punto de convertirse en texto escrito

Los punteados suaves ▬ ▬ ▬ ▬ delimitan una zona de probabilidad

En cuanto a la ley J E D P designan las tradiciones que fueron confluyendo poco a poco hasta formar los cinco libros de la ley o Pentateuco

J = Tradicion yavista E = elohista D = deuteronomista P = sacerdotal (Priesterkodex)

Para los primeros profetas (Josue Jueces etc) estas mismas le tras indican una influencia de la tradicion en cuestion en la redaccion del libro


753 ROMA
HOMERO
BABILONIA
PERSAS
GRIEGOS
MACEDONIA
ROMA
PERICLES
490 MARATON
GUERRAS MEDICAS
SARGONI
SENAQUERIB
ASSERBANIPAL
NABUCO DONOSOR
CIRO
DARIO
JERJES
ALEJANDRO
612
CAIDA DE NINIVE
SOCRATES
PLATON
ARISTOTELES
BUDA
CONFUCIO
SELEUCIDAS
31
ACTIUM
MASCO
732
EINO DEL NORTE = ISRAEL
ELIAS
ELISEO
OMRI
AJAB
JEHU
JEROBOAN II
PITAL SAMARIA
721
EXILIO EN BABILONIA
PERSECUCION DE ANTIOCO IV
168-165
Los Macabeos
ESDRAS
SIMON
JUAN HIRCANO
ALEJANDRO JANEO
HERODES
MUERTE Y RESURRECCION DE JESUS
MARTIRIO DE ESTEBAN
CONCILIO DE JERUSALEN
MUERTE DE PEDRO Y PABLO
O DEL SUR = JUDA CAPITAL JERUSALEN
ASA
JOSAFAT
ATALIA
JOAS
OZIAS
AJAZ
EZEQUIAS
JOSIAS
701
1er SITIO 598
538
587
2° SITIO
SITIO DE JERUSALEN POR SENAQUERIB
198
PANEJON
63
POMPEYO
70
TOMA DE JERUSALEN
135
LAGIDAS
XIIa
00
800
700
600
500
400
300
200
100
ERA CRISTIANA
100
D
E
EL REINO DEL NORTE
JEDP
P Sacerdotal
PENTATEUCO
GENESIS
EXODO
LEVITICO
NUMEROS
DEUTERONOMIO
de los LXX
I-II CRONICAS
ESDRAS - NEHEMIAS
griega
I MACABEOS
AS
LISEO
Reino del Norte
AMOS
OSEAS
SOFONIAS
AGEO
NAHUN
MALAQUIAS
ABDIAS
JEREMIAS
Traduccion
MIQUEAS
ZACARIAS 1-8
ZACARIAS 9-14
HABACUC
JOEL
EZEQUIEL
I ISAIAS
II ISAIAS
III ISAIAS
40-55
55-66
IS 34-35
IS 24-27
25 - 29
22-24?
1-9
II MACABEOS
LAMENTACIONES
JONAS
QOHELET
BARUC 3-4
JOB
TOBIAS
DANIEL
CANTAR
SIRACIDA
RUT
ESTER
SABIDURIA
JUDIT
SALMOS
SALMOS
JESUCRISTO
COMMUNIDAD PRIMITIVA
MATEO 80?
MARCOS 70?
LUCAS 80?
HECHOS 80?
JUAN 96
APOCALIPSIS
I-II-III JUAN
51 I-II TESALONICENSES
57-58
I CORINTIOS
GALATAS
FILIPENSES?
II CORINTIOS
ROMANOS
61-63
COLOSENSES
FILEMON
EFESIOS
67?
TITO
TIMOTEO I-II
6/?
HEBREOS
50 o 58
SANTIAGO
64?
I PEDRO
70-80
II PEDRO
JUDAS

EMPERADORES ROMANOS	JUDEA SAMARIA IDUMEA	GALILEA PEREA	ITUREA TRACONITIDE	ABILENE
	HERODES EL GRANDE (37 4 a.C.)			
	ARQUELAO	HERODES ANTIPAS	HERODES FILIPO II	
AUGUSTO	6 Desterrado a Vienne	divorciado, se casa con Herodiades, mujer de Herodes Filipo I	casado con Salome, hija de Herodes Filipo I y de Herodiades	
	8 Coponio Ambibolo			
	12 Amnio Rufo			
14				
	15			
	Valerio Grato			
TIBERIO	26			
	PONCIO PILATO		34 Muere sin hijos	
	36 Marcelo M.	39 Desterrado a Lion		
37 CALIGULA				
41	41 HERODES - AGRIPA I			
	44 Cuspio Fado			
	46 Tiberio Alejandro			
CLAUDIO	52 Antonio FELIX, casado con Drusila, hermana de Berenice			
54		HERODES AGRIPA II y su "hermana" BERENICE		
	60 Porcio FESTO			
NERON	62 Albino			
68 Galba	64 Gestio Floro			
69 Oton y Vitelio				
70	TITO toma Jerusalen			
VESPASIANO 79				
81 TITO				
DOMICIANO				
96				

	JESUS Y LA COMUNIDAD CRISTIANA	PABLO		OTROS ESCRITOS
		su vida	sus cartas	
10	6 ? Nace Jesus			
0				
		Entre 0 10 nace en Tarso		
10				
20		entre 15-25 estudia en Jerusalen con Gamaliel		
	JUAN BAUTISTA			
	Bautismo de Jesus			
30	Muerte y resurreccion			
	36 ? Martirio de Esteban	36 ? Vocacion. Predica en Arabia. Jerusalen		
40		37 Tarso		
	42 Muere Santiago Pedro encarcelado	43 Bernabe va a buscarle a Tarso 44 Ministerio en Antioquia con Bernabe. "Visita del hambre" a Jerusalen		
50	invierno 49 50. "Concilio" de Jerusalen	45 48 1 ª MISION de Chipre a Derbe Pablo va al "concilio"		
		50 52 2.ª MISION. de Antioquia a Atenas. Estancia en CORINTO	51 1-2 Tes	
		53 58 3 ª MISION. EFESO (2 a 3 años) Macedonia. Corinto (invierno 57 58)	57? Flp 1 2 Cor	
60		58 60 Prision en Cesarea (Felix, Festo) Visita de Agripa y Berenice		
	62 Muere Santiago el menor	61-63 Prision en ROMA ¿España?	Gál Rom 63 Col Ef Flm	Sant?
	64 Martirio de PEDRO	65 Macedonia	67? Tit 1 2 Tim	1 Pe?
	Toma de Jerusalen	66 67 Prision en ROMA. Martirio		Heb?
70				Mc?
80				Mt?
				Lc Hch?
				Jds?
90				2 Pe?
				Jn?
	95 JUAN deportado a Patmos			1 2 3 Jn?
				Apoc?

recen ser el instrumento de Dios para destruir Asiria. Pero también ellos son crueles. ¿Cómo puede servirse Dios de unos medios tan impuros? ¿Por qué son siempre los malos los que triunfan? Se trata del problema del mal, al nivel de las naciones, planteado en toda su agudeza. Dios responde: el justo vive por la fe.

HABACUC. El problema del mal y la fe: 1, 1-2, 4
plegaria (seguridad y alegría en Dios en el seno de las peores catástrofes): 3.

Año 598: Nabucodonosor toma por primera vez la ciudad de Jerusalén; deporta entonces a una parte de la población, dejando allí a un rey
2Re 24-25 vasallo. Pero, apenas vuelve la espalda, aquel rey se alía con Egipto. Furioso, Nabucodonosor vuelve a castigarlo.

El 9 de julio del 587 (o del 586), se apodera de la ciudad, la destruye, incendia el templo y quema el arca de la alianza, deportando finalmente a los habitantes a Babilonia...

Es el fin del reino de Judá. Así termina una hermosa epopeya de cinco siglos.

El año 587 debería haber sido, pensando humanamente las cosas, el final del pueblo: sin territorio, sin rey, sin templo, con la prohibición de practicar la ley... Normalmente aquel pueblo estaba condenado, lo mismo que el reino del norte hacía siglo y medio, y como tantos otros pueblos, a desaparecer del mapa de la historia.

Pero, con gran extrañeza del historiador, en vez de desaparecer en medio de la tormenta, aquel pueblo encontrará un nuevo camino. Aquella «resurrección» la debió sin duda a dos profetas, primero JEREMIAS y luego EZEQUIEL.

JEREMIAS empieza a predicar en tiempos de Josías, hacia el 627. Conoce los intentos de reforma de este rey, la triste subida de Babilonia (el 605 señala para él un giro en la historia), la primera toma de Jerusalén, la falsa seguridad de los diez años en los que no puede impedir la política imbécil del monarca, y finalmente la ruina de Jerusalén. Perdonado por el enemigo, será arrastrado por unos cuantos amigos por el camino del destierro hacia Egipto, en donde morirá.

La misión de Jeremías consistirá en dar sentido de antemano a la catástrofe y de este modo transformar la destrucción del pueblo en su purificación. Mientras Judá sigue viviendo en la euforia, él anuncia la desgracia. Se niegan a escucharlo, le persiguen, pero él sigue anunciando: «Tú honras a tu Dios con ritos, practicas la circuncisión, respetas externamente las leyes y el templo... Lo que pasa es que has hecho de todo esto una «religión»: crees que tus prácticas, totalmente exteriores, obligan a tu Dios a protegerte. Pues bien, para que comprendas que todo eso no es más que lo exterior de la fe, Dios destruirá esas falsas seguridades tuyas. Quizás entonces te des cuenta de lo que es la religión interior...».

Sin Jeremías, el pueblo habría pensado: «Nabucodonosor ha destruido nuestra nación; por tanto, su dios es más fuerte que el nuestro; sirvámosle a él». Gracias a Jeremías, el pueblo comprenderá —posteriormente, en el destierro— que su Dios es más fuerte, ya que había predicho todas esas desgracias. Si las permitió, fue para que el pueblo pudiera sacar de ellas una lección. Y así ese pueblo, destruido en cuanto reino pecador, podrá resucitar como una comunidad santa.

JEREMIAS. Su vocación: 1
el corazón de su mensaje: 30-31 (nueva alianza: 31, 31-34)
las «confesiones»: 11, 18-12, 5; 15, 10-21; 17, 14-18; 18, 18-23; 20, 7-18
llamadas al pueblo que ha «abandonado» a su Dios: 2-3
las falsas seguridades: 7; 9, 24-25; 11, 15-16; 17, 19-27; 26
algunos signos proféticos: 13, 1-14; 16, 1-13; 18, 1-12; 19
esperanza: 23, 1-8.
SALMOS: esta religión del corazón, ilustrada por Jeremías, inspirará cierto número de salmos, por ejemplo: 6; 16; 17; 22...

EL DESTIERRO DE BABILONIA
587-538

El año 598 llegan a Babilonia, llenos de pesadumbre, numerosos grupos judíos. Los sostiene una esperanza: Jerusalén no ha sido destruida, reina allí todavía un rey y el templo está en pie. Entre ellos está un sacerdote, EZEQUIEL; recogiendo los acentos amenazadores de Jeremías, intenta destruir esas falsas ilusiones. Pero en vano.

No obstante, el 587, al ver llegar a los últimos habitantes de Jerusalén, con su rey prisionero, hay que rendirse a la evidencia: Jeremías y Ezequiel tenían razón. Y entonces cambia el tono de este último: quiere devolver las esperanzas a su pueblo. Su mensaje (Ez 33-48) se dirige al porvenir y desempeñará un papel considerable en la vida de Israel. Marcará su fe y su práctica. Efectivamente, Ezequiel tiene un sentido muy vivo de la santidad de Dios y quiere que esto se traduzca a través de todo el ser: de ahí la importancia que concede a las rúbricas, a la forma de celebrar el culto.

Desgraciadamente, lo que en él era expresión de una actitud espiritual va a convertirse en «religión»; más tarde se continuarán respetando esas rúbricas con minuciosidad, pero muchas veces sin alma, creyendo que eso basta para presentarse delante de Dios.

Ezequiel es el padre del «judaísmo», esto es, de la civilización judía posterior al destierro en todos sus aspectos, culturales y religiosos. Este judaísmo caerá a veces en el «fariseísmo», pero suscitará también a los «pobres de Dios», que viven de ese espíritu que el profeta veía derramarse sobre los corazones para transformarlos (36, 26).

EZEQUIEL. Dios no reside ya en un lugar (el templo), sino en un pueblo: 9, 4-5; 10, 18-22; 11, 22-23; 1, 4-18; 43, 1-12
Israel, esposa prostituida: 16; 23
responsabilidad personal: 18
poesía de Ezequiel: 15, 1-8; 26, 1-6; 27, 3-4.25-36; 28, 2-19
esperanza: 34, 1-31 (Dios pastor); 36, 16-36 (nueva alianza por el espíritu); 37, 1-28 (los huesos secos —el pueblo— recobrarán vida)
visión del pueblo del futuro: 47, 1-12; 48, 30-35
LAMENTACIONES. En Jerusalén, un poeta anónimo medita sobre las ruinas de la ciudad santa, con acentos patéticos, para apelar al amor de Dios: 3, 22-33.

HABITAR SU PROPIA CASA

«La casa que no has construido será tuya si la habitas» (S. de Beauvoir). Hay a veces en la vida ciertos acontecimientos que nos «caen encima» sin que nosotros podamos hacer nada: acontecimientos personales (accidente, fracaso, enfermedad, muerte...) o colectivos (cataclismos, guerras...). Sin embargo, siempre podemos hacer algo: darles un sentido, «habitarlos», integrarlos en nuestra historia personal; al aceptarlos como un hecho (deplorable quizás) que nos ha convertido en otros, volvemos a zarpar y, con lo que hemos pasado a ser, intentamos construir algo nuevo. Todos nosotros tenemos que apropiarnos continuamente de los acontecimientos, hacerlos nuestros.

El creyente puede ir más lejos: no sólo puede dar sentido *a los acontecimientos, sino reconocer en ellos (en el doble sentido de descubrimiento y de acción de gracias) un sentido en su relación con Dios. No ya diciendo: «Dios es el que lo ha querido; tengo que someterme a ello», sino inventando una nueva forma de vivir con Dios.*

Lo que hacemos después, una vez que estamos ya marcados por los acontecimientos, Jeremías lo hizo por su pueblo antes, ofreciéndole de antemano el sentido de los acontecimientos que iba a vivir.

Así, pues, los judíos vivirán durante medio siglo en Babilonia. No tienen ya ni templo, ni culto, ni rey, ni posibilidad de ofrecer sacrificios. Lo único que les queda, gracias a Jeremías y a Ezequiel, es la fe en su Dios y en sus tradiciones. Se pondrán así a meditar en ello, a profundizar en esas tradiciones, a volver sobre su historia pasada para encontrar su sentido. Por otra parte, viven a la sombra de la torre de Babel (o de Babilonia), oyen hablar de los mitos y de las cosmogonías con que los babilonios explican el nacimiento del mundo y la situación de los hombres. Todo esto va a reforzar en ellos una corriente espiritual, a la que se le ha dado el nombre de «sacerdotal», y que marcará a la historia judía hasta los tiempos de Cristo.

LA CORRIENTE SACERDOTAL

Perfectamente de acuerdo con el mensaje de Ezequiel, estos teólogos se muestran cuidadosos ante todo de la santidad de Dios, reconocida y celebrada en el culto. Sienten afición por las grandes síntesis históricas en las que, recogiendo la historia de Israel, intentan reflejar los designios de Dios.

LEVITICO. Este libro, totalmente «sacerdotal» en su redacción, recoge ciertos elementos muy antiguos, como la «ley de santidad» (17-26). Resulta extraño para nuestra mentalidad, al estar lleno de sangre y de tabúes sexuales. Sin embargo, resulta fascinante con su estribillo continuo: «Sed santos, porque yo, Yavé, soy santo». Esta santidad tiene ante todo que transfigurar la vida, de la que es símbolo la sangre, y la sexualidad que transmite esa vida. Por encima de una casuística ya superada, se trata de un libro que nos hace vivir en la presencia del Dios santo.

Santidad de Dios, fuente del amor fraterno: 19, 1-17
sábado y fiestas anuales: 23, 1-38
día de la expiación *(Yom Kippur):* 16

TRADICION SACERDOTAL del Pentateuco («P»: de «Priesterkodex»).

Esta tradición pone de relieve las etapas sucesivas de la alianza: establecida al principio con la humanidad entera (relato de la creación inspirado en mitos babilonios: Gén 1, 1-2,3), luego con la humanidad salvada del diluvio (Noé: Gén 9, 1-17), se restringe luego a un pueblo con Abrahán (Gén 17,1-14) y con Moisés (Ex 12, 37-38; 13, 20; 14; 19, 3-6).

Hacia el final del destierro, un discípulo anónimo de Isaías (lo llamamos el «SEGUNDO ISAIAS») predica al pueblo la esperanza. Le recuerda que su Dios es aquel-que-nos-ha-sacado-de-la-casa-de-la-servidumbre (Egipto) y que empezará de nuevo sus maravillas para un nuevo éxodo.

DEUTEROISAIAS (Is 40-55). Su vocación: 40, 1-8
su evangelio (buena nueva): 40, 9-11; 52, 7-12
el nuevo éxodo: 41, 17-20
Dios todopoderoso: 40, 12-31; 43, 8-12
Ciro el «liberador»: 41, 1-5.25-29; 42, 5-7; 45, 1-6.11-13
el amor de Dios: 43, 1-7; 49, 14-16
universalismo: 45, 14-17
el siervo Israel: 42, 1-7; 49, 1-9; 50, 4-9; 52, 13-53, 12 (siervo doliente).

EL PERIODO PERSA
538-333

Año 538: sin necesidad de aparatos bélicos (pero aprovechándose de la traición del gobernador babilonio), introduciéndose en la ciudad por el lecho del río desecado en una noche, Ciro, rey de los medos y de los persas, ocupa Babilonia. Monarca lleno de humanidad, permite a los deportados volver a su país (véase el «decreto de Ciro»: Esd 1, 2-4; 6, 2-5; 2 Crón 36, 23).

Una parte de los judíos escogerá quedarse en Babilonia, constituyendo allí un hogar judío floreciente hasta una época bastante avanzada de nuestra era. Otro pequeño grupo prefiere volver a Palestina. La reinstalación resulta difícil, ya que sus tierras están ocupadas.

Hay varios profetas que sostienen sus esfuerzos: AGEO, que anima al pueblo a reconstruir el templo; el PRIMER ZACARIAS (Zac 1-8) y aquel discípulo de Isaías llamado el TERCER ISAIAS.

TRITOISAIAS (Is 55-66)
cima del libro: 61 (el siervo encargado de evangelizar a los pobres)
gloria del pueblo creado de nuevo: 60 y 62
llamada a la venida de Dios: 63, 7-64, 11
el pueblo nuevo y el amor maternal de Dios: 66, 5-16

Año 515: es reconstruido el templo. Se trata de un momento importante de esta obra de restauración que proseguirán enérgicamente dos judíos, altos funcionarios de la corte persa: NEHEMIAS (entre 445 y 433) y ESDRAS (el 398). Los dos libros que llevan sus nombres descorren un poco el velo sobre un momento de este período que todavía nos resulta oscuro.

Por esta época, Egipto está a punto de sacudirse el yugo de los persas. El rey persa Artajerjes tiene por consiguiente mucho interés en organizar sólidamente la Palestina, región fronteriza con Egipto. Se comprende entonces que

pueda enviar a Jerusalén a su «ministro de asuntos religiosos», Esdras, dándole poderes para reorganizar al pueblo. Esdras restaura la ley judía que se convierte en ley del estado. Esta reforma tiene una importancia considerable para el porvenir del pueblo judío y Esdras puede considerarse realmente como el padre del judaísmo (cf. Neh 8: la promulgación solemne de esta ley).

Durante estos dos siglos Israel, que no es una potencia política sino una comunidad religiosa, vive relativamente en paz, sometido a los persas. Comienza además a irradiar por el mundo mediterráneo por medio de su «diáspora» (o comunidades «diseminadas» por medio de las naciones); un siglo más tarde, Alejandría constituirá, al lado de la de Palestina y de la de Babilonia, el tercer foco importante del judaísmo.

Durante estos dos siglos van apareciendo cierto número de libros. Como es difícil señalar exactamente la fecha de su composición, preferimos clasificarlos por conjuntos literarios.

1. Los profetas

El profetismo empieza entonces a desaparecer o a cambiarse en apocalipsis. Sin embargo, hay todavía algunos profetas que predican durante este período: ABDIAS, MALAQUIAS, JOEL, el SEGUNDO ZACARIAS (Zac 9-14) y los dos apocalipsis de ISAIAS (Is 34-35 y 24-27).

MALAQUIAS obliga al pueblo a hacer su «revisión de vida».
anuncio de la venida de Dios a su templo: 3, 1-5
anuncio de la venida de Elías: 3, 23-24
JOEL. Llamada a la penitencia: 2, 1-2.12-18
el espíritu dado a todos: 3, 1-5 (cf. Hech 2, 17-21)
SEGUNDO ZACARIAS. El mesías humilde: 9, 9-10 (cf. Mt 21, 5)
Dios pastor: 11, 4-7 (cf. Mt 27, 3-10)
Dios traspasado en su siervo: 12, 10-13, 1 (cf. Jn 19, 37)
las ovejas dispersas: 13, 7-9
esplendor del pueblo futuro: 14.

2. Los «escritos»

La calma política, la madurez que da el sufrimiento, le permiten a Israel reflexionar sobre el sentido de la vida y de la muerte. Se entra en el tiempo de la reflexión y de la sabiduría. Hay entonces varios libros que tratan de las grandes cuestiones humanas, en diferentes géneros literarios: sabiduría tradicional (PROVERBIOS), relatos educativos (RUT, JONAS), poesías (JOB, CANTAR DE LOS CANTARES), oración cultual (SALMOS).

PROVERBIOS: es la época en que se establece, sin duda, esta colección precedida por una larga introducción (Prov 1-9), centrada toda ella en la glorificación de la sabiduría de Dios. Esta sabiduría empieza a convertirse en «alguien» casi distinto de Dios, que la toma como modelo cuando crea al mundo (Prov 8, 22-31).
RUT. Una hermosa historia contra el sectarismo de algunos judíos (¿Nehemías quizás?): David es nieto de una extranjera.
JONAS: aunque clasificado entre los profetas, este libro es una parábola para enseñarnos que Dios quiere salvar a todos los hombres.
JOB o el sentido del sufrimiento.
desesperación: 3; 6-7; 29-30 (Dios ausente)
sólo Dios conoce la sabiduría: 28
examen de conciencia: 31
«respuesta» de Dios: 38.

3. El Pentateuco y la obra del Cronista

Es finalmente en esta época cuando el PENTATEUCO adquiere su forma definitiva. La escuela sacerdotal (probablemente podríamos precisar más las cosas diciendo que Esdras) amalgama en un solo libro (dividido en cinco tomos: GENESIS, EXODO, LEVITICO, NUMEROS y DEUTERONOMIO) las cuatro tradiciones que hemos visto nacer en el curso de la historia. Queda así fijada la ley, promulgada por Esdras, que constituye la base del estatuto jurídico de los judíos en el imperio persa.

PERIODO HELENISTA O GRIEGO 333-363

Año 333: una fecha que marca un nuevo giro, aun cuando las consecuencias concretas sólo aparezcan un poco más tarde. Con su victoria en Issos (en la Siria actual), Alejandro, el joven rey de Macedonia, que acaba de conquistar Grecia, se abre camino hacia el medio oriente. Durante diez años, de victoria en victoria, en un amplio imperio que se extiende a través de 5.000 kilómetros hasta la India, va esparciendo la cultura griega y la lengua «común»,[1] que en adelante sustituirá al arameo.

Al morir Alejandro, sus generales se reparten el imperio. Por lo que se refiere al medio oriente, Ptolomeo, hijo de Lagos, se queda con Egipto (de ahí el nombre de «Lágidas» que se da a sus descendientes), mientras que Seleuco establece su reino en Siria (de ahí el nombre de «Seléucidas»).

Desgraciadamente, una vez más, Palestina se encuentra entre dos fuegos.

Durante un siglo se encontrará bajo el imperio de los Lágidas: respetuosos de las entidades nacionales, permiten que los judíos vivan en paz según el estatuto fijado por Esdras en el período persa. Gozan entonces de gran autonomía.

De esta época nos queda cierto número de obras procedentes de Palestina, pero también —y esto nos revela la importancia de un nuevo foco cultural importante— de Alejandría.

En Palestina

El «Cronista» (sin duda un grupo de teólogos

[1] «Koiné» *en griego: es el nombre que llevará esta lengua griega vulgarizada a la que se traducirá el Antiguo Testamento y en la que se escribirá el Nuevo.*

pertenecientes a la escuela sacerdotal) llevará a cabo su «historia sagrada», dividida actualmente en cuatro libros: 1 y 2 de CRONICAS, ESDRAS y NEHEMIAS. En los dos primeros no hace más que recoger la historia ya contada por los libros de Samuel y de los Reyes, pero releyéndola como teólogo para descubrir allí un sentido. La comparación entre su obra y sus modelos resulta muchas veces elocuente: nos permite ver el progreso que ha conseguido en cuatro siglos la inteligencia de la historia de Israel.

1 y 2 CRONICAS. Compárese la profecía de Natán a David según 1 Crón 17, 1-15 y 2 Sam 7, 1-17: ya no se piensa en que el «hijo de David» pueda pecar y su reino es visto como el reino de Dios.
ESDRAS. Su oración: 9, 6-15
NEHEMIAS. El día del nacimiento del judaísmo: 8
confesión de los pecados: 9.

Utilizando un género literario muy distinto, un autor que se oculta bajo el pseudónimo de QOHELETH (el que reúne la asamblea o la asamblea misma) se muestra profundamente pesimista: «Todo es viento y vanidad». Pero su libro es ante todo una lección de lucidez ante lo absurdo de la vida». Uno de los raros escritos de los que puede decirse que el que lo empieza niño lo termina adulto» (Pautrel).

La novela sapiencial que es el libro de TOBIAS intenta mostrarnos con un trasfondo oriental (sobre todo en lo que se refiere a los ángeles) el amor preveniente de Dios. Un bonito libro sobre el matrimonio.

Otro sabio, Jesús ben Sirah (o el SIRACIDA), sabe muy bien que el helenismo con su cultura y sus gimnasios es una tentación para sus hermanos. En un amplio manual de moral, con el encanto un poco anticuado de la burguesía, intenta demostrarles que sólo la fe en Dios puede procurarles la verdadera sabiduría. Escribe en fecha anterior al 190. No tenemos de él más que la traducción griega que hizo su nieto unos sesenta años más tarde.

SIRACIDA (o ECLESIASTICO)
himno al «temor» (o amor respetuoso) de Dios: 1, 11-20
alegría de quien posee la sabiduría: 4, 11-19
la sabiduría de Dios: 24
galería de antepasados: 44s
en cada página se encontrarán magníficos «retratos», admirablemente trazados, con cierto tinte de misoginia, de las esposas, los maridos, la amistad, los padres y los hijos, los médicos, los banquetes y el vino, la libertad...

En Alejandría

La biblia en griego: LOS SETENTA

Los judíos de Alejandría, que no comprendían el hebreo, quisieron tener, para el uso litúrgico en la sinagoga, la ley en su lengua. Una leyenda posterior (la carta de Aristeo) cuenta que vinieron de Palestina 72 judíos para traducir la ley en 72 días y que sus 72 traducciones resultaron idénticas. De ahí viene el nombre que se le dio a aquella traducción: la de los «setenta (y dos)» judíos. Esta leyenda manifiesta el carácter sagrado que se le reconocía. De hecho se trata de una obra esmerada, que comenzó en el siglo III y prosiguió hasta finales del siglo II.[2] A veces se trata más bien de una adaptación que de una simple traducción y nos permite descubrir cómo se interpretaban entonces ciertos pasajes de la escritura. Un ejemplo muy conocido: al traducir «la joven» de Is 7, 14 por «la virgen», manifiesta probablemente el progreso realizado en la idea de mesianismo.

Esta traducción tiene sobre todo el mérito de haber forjado el vocabulario y el estilo que servirán para escribir el Nuevo Testamento. Será también la biblia de los cristianos.

[2] *Esta biblia griega recoge todos los libros que contiene la biblia hebrea, pero añadiendo algunos que sólo existen en griego. Estos últimos libros, llamados «deuterocanónicos» por los católicos y «apócrifos» por los protestantes, no figuran ya —solamente desde el siglo XIX— en las biblias protestantes. Son los siguientes: Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, 1 y 2 Macabeos, Baruc y los pasajes griegos de Daniel y de Ester.*

El año 198, los elefantes de Siria destruyen el ejército egipcio en Paneion, junto a las fuentes del Jordán; pronto empezará para Israel la era de los mártires. Efectivamente, Israel cae bajo el yugo de los seléucidas que, negándole el derecho a un estatuto particular, querrán imponerle por la fuerza la cultura y la religión helenista. El año 168, Antíoco IV desencadena contra él una terrible persecución, instalando en el templo «la abominación de la desolación» (sin duda, un altar a Zeus). Esto provocará diversas reacciones.

1. La espada en la mano: los macabeos

Matatías, y luego su hijo Judas apellidado «el martillo» (o «macabeo»), se tiran al monte y organizan la resistencia armada. Su guerra subversiva acabará con la liberación de Jerusalén el año 165. Los hermanos de Judas, y luego sus descendientes, restablecerán durante algún tiempo el reino de Israel. Herodes, el 40 a.C., nombrado rey por Roma, se casará con Mariamné, la última descendiente de esta dinastía.

1 MACABEOS.
Favorable a los combatientes, este libro narra su epopeya.

2. Las manos juntas

Otros creyentes muestran cierta reticencia ante la espada de los macabeos: en efecto, sólo Dios puede concederles la liberación. Por tanto, hay que suplicar a Dios que intervenga y entretanto ofrecer valerosamente la cerviz a la espada de los perseguidores. Esta será la postura de los autores de apocalipsis. De esta época tenemos el libro de DANIEL. Recogiendo algunas tradiciones anteriores y redactado sin duda hacia el año 164, este libro se imagina haber sido escrito cuatro siglos antes, durante otra persecución: la del destierro en Babilonia.

DANIEL. Historias edificantes: 1-6
el «hijo del hombre»: 7 (símbolo del pueblo perseguido, pero glorificado por Dios, pasará a ser «alguien» en Jesucristo)
la resurrección: 12, 1-4.10-13 (primer texto claro sobre la resurrección).

El segundo libro de los MACABEOS, escrito antes que el primero, nos revela quizás, a través de sus historias piadosas (resumen de un libro en cinco tomos de un tal Jasón), la espiritualidad de los fariseos que empiezan entonces a «separarse» (éste sería el significado de la palabra «fariseo»), por ideal de pureza, de los demás judíos y de los descendientes de los macabeos.

2 MACABEOS. Martirio de los siete hermanos: 7
fe en la resurrección: 12, 38-45.

Otras dos historias edificantes (que no son historia) van también posiblemente en este mismo sentido: sólo Dios es el que salva a su pueblo escogiendo los medios más débiles: la mano de una mujer. Son los libros de ESTER (escrito quizás en el siglo III) y de JUDIT.

3. La mano tendida

Una vez pasada la tempestad, quizás hacia el año 50, un judío de Alejandría intentará expresar la fe judía en su cultura griega. Corriendo el mismo riesgo que los Setenta, da también una lengua universal a la fe, con el peligro a veces de darle un contenido griego. Este libro ensalza a la sabiduría cada vez más personalizada, reagrupando en ella ciertos rasgos de la palabra y del espíritu.

SABIDURIA. Un espíritu que ama a los hombres: 1, 1-8
inmortalidad: 2, 1-3, 9; 5, 15-16
la sabiduría: 7, 22-30; 9, 1-18 (oración para obtenerla)
Dios amigo de los hombres: 11, 22-26; 12, 2.16-19.
El libro de BARUC, puesto bajo el patronazgo del secretario de Jeremías, está compuesto de cuatro trozos de diferentes épocas. Su unión es seguramente tardía.
Una celebración penitencial: 1, 15-38
la sabiduría: 3, 9-4, 4.

PERIODO ROMANO

63 a. C. - 135 d. C.

Año 63 a.C.: en la persona del general Pompeyo, Roma hace su entrada en el medio oriente. Es el comienzo de una influencia que no cesará más que con las invasiones de los partos y de los árabes en el siglo VII.

Para la época que aquí nos interesa, esta influencia será más o menos directa según las provincias de Palestina y según los momentos.

El año 40 antes de Cristo, HERODES obtiene de Roma el título de rey (con la condición de que conquiste su reino); reinará hasta el año 4 antes de Cristo. Durante su reinado, hacia el año 6 antes de nuestra era, nació Jesús.

A la muerte de Herodes, su reino se dividió en tres y fue confiado a sus hijos. Arquelao, que reinaba en Judea y Samaría, no tardó en hacerse odioso; fue desterrado a las Galias y sustituido por funcionarios romanos, los procuradores, de los que el más conocido es Poncio Pilato, que gobernó del 26 al 36.

El pueblo judío soportaba mal esta servidumbre. Pero estaba dividido; los «herodianos» eran los colaboracionistas de la época, lo mismo que los publicanos. A los saduceos lo que más les preocupaba era conservar su puesto. Los fariseos, por el contrario, eran generalmente hostiles al ocupante. Los zelotes fomentaban la revuelta armada. Esta iba siendo cada vez más extensa y explotó en el año 66. Nerón envió entonces a su general Vespasiano. Nombrado éste emperador el año 69, dejó el mando a su hijo Tito, que se apoderó de Jerusalén el 10 de agosto del 70.

Antes del desastre, algunos fariseos habían logrado huir y se refugiaron en Yamnia (en la región de Gaza), en donde formaron una escuela que daría nuevos impulsos al judaísmo. Los cristianos, por su parte, se refugiaron en la región de Pella (en la orilla del Jordán). El año 117 volvió a sofocarse otra sublevación judía. Adriano decidió entonces reconstruir la ciudad y un templo a Júpiter (año 130). El 135, Simón Bar Koseba subleva de nuevo al pueblo. Jerusalén es destruida una vez más por completo y se les prohíbe a los judíos residir allí. Es el final, aparentemente, ya que el pueblo judío no muere. Disperso entre las naciones, seguirá guardando su conciencia de pueblo, cuestionando al historiador y al creyente.

GRUPOS JUDIOS EN LA EPOCA DE CRISTO

Clases sociales

El «pueblo de la tierra» *designa a los judíos en común, despreciados porque ignoran la ley.*

Los escribas o doctores de la ley, *muchas veces laicos, consagran su vida al estudio de las escrituras. La mayoría son fariseos.*

Los sacerdotes. *La carta de los sumos sacerdotes, aristócratas preocupados sobre todo de sus privilegios. Son sobre todo saduceos. El pueblo los quiere poco. Por el contrario, los casi 18.000 sacerdotes y levitas están cerca del pueblo.*

Partidos religiosos

Los fariseos: *santos, pero que se apoyan en su santidad delante de Dios; son muy religiosos y representan la verdadera fe judía.*

Los saduceos: *conservadores, no reconocen más que los cinco libros de la ley; no creen en la resurrección.*

Los esenios: *especie de monjes que viven en comunidad en Qumran, a orillas del mar Muerto, en la plegaria y la meditación de las escrituras.*

Los zelotes *(o sicarios): son los «resistentes» de aquella época.*

Los publicanos: *cobran los impuestos para el emperador.*

Los herodianos: *partidarios de Herodes Antipas, sostienen la ocupación romana.*

INTER-TESTAMENTO

El Antiguo Testamento, y después el Nuevo...: esto nos parece ya bastante complicado. ¡Y ahora resulta que hay un «Intertestamento»! Aunque la palabra resulta curiosa (y la discuten algunos especialistas), la realidad es importante y se trabaja mucho en ella actualmente.

El último libro del Antiguo Testamento, la Sabiduría, fue escrito por el año 50 a.C.; el primer libro del Nuevo Testamento, la primera carta a los Tesalonicenses, fue redactado el 51 p.C. Tenemos, pues, un centenar de años durante los cuales no tenemos prácticamente nada de la biblia.

Pues bien, es precisamente este siglo el que constituye el ambiente vital de Jesús, durante el cual vivió y recibió su formación, su lenguaje, su teología y su espiritualidad.

No tenemos nada en la biblia, pero sin embargo durante este período vio la luz una literatura considerable. Muchos de estos escritos eran ya conocidos desde antiguo, pero otros han sido descubiertos recientemente, como los manuscritos de Qumran en 1947 o los escritos gnósticos de Nag Hammadi, en Egipto, en 1945. Esperando a que un cuaderno bíblico nos presente esta literatura, señalaremos por lo menos las diferentes categorías de textos que conocemos.[1]

1. Los escritos judíos

Estos escritos, conocidos hace ya tiempo en su mayoría, pertenecen a todos los géneros literarios; pero todos ellos han sufrido, más o menos, una influencia apocalíptica. Señalemos, por ejemplo, los libros de Henoc, el libro de los Jubileos, los salmos de Salomón, la Asunción de Moisés, los Apocalipsis de Elías, de Abrahán, de Sofonías...

---

[1] *El n.º 90 (febrero 1975) de La Bible et son message (Cerf),* De l'Ancien au Nouveau Testament, *presenta de forma muy sugestiva este período intertestamentario y su literatura.*

2. Los manuscritos de Qumran

Descubiertos en unas grutas cerca del mar Muerto, a partir de 1947, estos escritos nos dan a conocer el pensamiento de los esenios, aquellos judíos piadosos que se retiraron al «monasterio» de Qumran un siglo antes de Cristo y que permanecieron allí hasta la catástrofe del año 70, viviendo en la oración y meditación de las escrituras.[2]

3. La literatura rabínica

Las tradiciones rabínicas. Los rabinos explicaban las escrituras y sus discípulos, cuando pasaban a ser también ellos rabinos, transmitían esas explicaciones añadiendo a ellas las suyas. Transmitidas mucho tiempo oralmente, estas tradiciones se pusieron por escrito entre los siglos II y VII de nuestra era. Es trabajo de los especialistas descubrir a través de esos textos lo que puede remontar hasta la época de Cristo. Sería interesante, por ejemplo, poder señalar la fecha de un adagio como éste: «Donde hay varios reunidos para estudiar la ley, allí está la Shekinah (o santa presencia de Dios) en medio de ellos» (cf. Mt 18, 20).

Los tárgumes. En la sinagoga se leía la escritura en hebreo. Pero esa lengua no era comprendida por el pueblo. Por eso se hacía seguir ordinariamente a esa lectura de una traducción parafraseada, en arameo. Esa traducción es la que recibe el nombre de «tárgum». Conocemos varios tárgumes. Actualmente se ha descubierto que una gran parte de ellos tiene que remontarse a la época de Cristo. Nos dan a conocer, por consiguiente, la forma con que se comprendían las escrituras. Y esto puede resultar a veces muy iluminador. Pongamos un ejemplo.

Jesús resucitó «el tercer día según las escrituras», afirma continuamente el Nuevo Testamento. ¿Se trata de una simple indicación cronológica: al día siguiente de su muerte? El «según las escrituras» nos advierte que tiene que tratarse de algo distinto, y nos pone en la pista. El profeta Oseas expone una especie de literatura penitencial en la que el pueblo exclama: «Dios nos ha castigado; él nos curará; el tercer día nos levantará y viviremos en su presencia» (Os 6, 6); aquí se trata de una indicación cronológica («al poco tiempo») y se piensa en la restauración del pueblo. La traducción de los Setenta (que bajo ciertos aspectos es ya un tárgum) precisa: «El tercer día nos resucitará». Un targum nos dice que en la época de Cristo se interpretaba ese «tercer día» como el de la resurrección general esperada para el final de los tiempos: «El tercer día, esto es, el día de los consuelos, cuando Dios haga revivir a los muertos...». Ese «tercer día según las escrituras» no es, por tanto, en primer lugar una indicación cronológica, sino teológica: designa el día del final de los tiempos. Se comprende entonces que Jesús haya podido anunciar a sus discípulos que resucitaría «el tercer día» y que éstos, al día siguiente de su muerte, no esperasen nada. Y esto tiene su importancia para nosotros: se trata ciertamente del «tercer día», es decir, que con la resurrección de Jesús «se han cumplido los últimos tiempos», como proclaman los primeros cristianos.[3]

Lo que se deduce, pues, de todos estos escritos es una esperanza exacerbada del final de los tiempos, de ese día en que Dios establecerá su reino.

Pues bien, eso es precisamente lo que un hombre, por los años 30, se puso a proclamar: «¡Ha llegado a vosotros el reino de Dios!».

---

[2] *Su mejor presentación sigue siendo el librito de J. T. Milik,* Dix ans de découvertes dans le désert de Juda. *Cerf, Paris 1957.*

[3] *Cf.* Cristo ha resucitado *(Cuaderno bíblico). Estella 1976, 26.*

NUEVO TESTAMENTO

El nuevo pueblo de Dios

Otoño del año 37: un oscuro carpintero de Nazaret llamado Jesús —¿cuántos años tiene: 33, 35 años?— se pone a proclamar: «¡Ha llegado el reino de Dios!».

Nos cuesta trabajo imaginarnos el efecto que debieron producir estas palabras: anunciar la llegada del reino, dejarse proclamar mesías (o Cristo), era afirmar que había llegado el final de los tiempos, que la historia había alcanzado su fin.

Se comprende el entusiasmo de las gentes de Galilea, pero también el escepticismo de los jefes judíos ante un mesías tan distinto del que se esperaba. «Nosotros esperábamos que sería él el que libertaría a Israel...», declaran totalmente decepcionados los discípulos de Emaús.

Y finalmente aquella hermosa epopeya de dos años se hunde en las tinieblas de un viernes del año 30, en una cruz sobre el Gólgota...

Pero he aquí que cincuenta días más tarde los discípulos de aquel crucificado se ponen a predicar en Jerusalén. Ante el pueblo que lo ha abandonado, delante del sanedrín (o consejo supremo judío) que lo ha condenado, proclaman que Jesús está vivo, que ellos lo han experimentado, que les ha dado su espíritu. «Sí, han llegado los últimos tiempos —proclaman—. Dios ha establecido ciertamente su reino en Jesús. Nosotros somos el nuevo pueblo de Dios. Convertíos; uníos a nosotros para que os salvéis». Es el comienzo de la iglesia.

Así, pues, el historiador se encuentra aquí ante dos hechos que hay que reconocer ciertamente como históricos: siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, un hombre llamado Jesús predicó, fue seguido por unos discípulos y fue ajusticiado; después de su muerte, esos discípulos proclamaron que estaba vivo, que era el Hijo de Dios.

Pero ¿cuál es la relación entre estos dos hechos? ¿Se engañaron los discípulos? ¿Hemos de creerles? Dejamos aquí el terreno de la historia para pasar al de la fe o al de la no-fe. Creer es confiar en esos discípulos, reconocer con ellos en ese Jesús al dueño de la vida. Se nos plantea una cuestión a la que no podemos menos de responder.

Los escritos del Nuevo Testamento nos proponen la fe de esos discípulos. Nos la anuncian como una «buena nueva», como un «evangelio» que transformó sus vidas. Y sabemos que no podemos adherirnos a él sin sentirnos también transformados nosotros. Es esa fe la que vamos a intentar descubrir a través de sus escritos.

Efectivamente, hemos de desembarazarnos de una idea simplista que consistiría en creer que los evangelios son una especie de «reportaje en directo» de la vida de Jesús, puesto por escrito inmediatamente después de su resurrección; luego, con esos evangelios bajo el brazo, habrían partido para fundar la iglesia. Sabemos muy bien que no fue eso lo que pasó. Jesús murió en el año 30 y nuestros evangelios fueron escritos bastante más tarde, entre el 70 y el 95. Esto quiere decir que entre esas dos fechas está toda la vida de la iglesia primitiva.

Y esto significa que lo primero es la iglesia: fue ella la que formó los evangelios. Ella tiene conciencia de ser el nuevo pueblo de Dios, creado por su palabra, Jesucristo, y animado por su espíritu. Ella vive del resucitado y es esa vida, percibida en el curso de cincuenta años, la que va a descifrar y a poner por escrito. No podemos alcanzar directamente a Jesús, sino la fe de la iglesia y, a través de esa fe, descubrimos quién es Jesús.

EL DIARIO DE LA IGLESIA: LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

«¡Escándalo en Jerusalén: algunas viudas estafadas en la distribución de donativos!». «¿Un milagro? Pedro cura a un cojo», «De nuestros enviados especiales al concilio: prevalecen las tesis de Pablo»... Si Lucas hubiera escrito en nuestra época, seguramente hubiera ilustrado con títulos tan llamativos como éstos ese «Diario de la iglesia» de los años 30 al 60 que escribió para nosotros: los **Hechos de los apóstoles.**

No cabe duda de que hay que comenzar por este libro la lectura del Nuevo Testamento. Al escribirlo por los años 80, Lucas traza en ellos un cuadro grandioso de los treinta primeros años de la iglesia. En este relato rebosante de vida asistimos al nacimiento de diversas comunidades cristianas, en ambiente judío, como Jerusalén, o entre los paganos, como en Antioquía, Corinto o Filipos; seguimos a Pablo a través de sus abrumadoras correrías apostólicas, adivinamos los problemas con que tuvo que enfrentarse aquella joven iglesia y cómo, vibrando de amor por su señor resucitado y animada por su espíritu, supo inventar un nuevo estilo de vida. Y a lo largo de todos aquellos años vemos cómo poco a poco se van formando nuestros evangelios.

Pero no hemos de olvidar que este libro es, de hecho, el tomo segundo de una obra única. A diferencia de los demás evangelistas, Lucas ha repartido sus recuerdos sobre Jesús en dos tomos. En su **evangelio** se interesa por los **tiempos de Jesús:** Cristo proclama la buena nueva de la salvación en Jerusalén; el evangelio comienza y acaba en la ciudad santa donde Jesús llevó a cabo su misterio pascual de muerte y resurrección; entonces cesó para los discípulos cierto modo de presencia de Jesús: ya no lo verán más con los ojos del cuerpo.

Los **Hechos de los apóstoles** abren el **tiempo de la iglesia** durante el cual Jesús sigue estando presente a sus discípulos, por medio del espíritu que los anima. Por eso ha podido llamarse a este libro «el evangelio del espíritu».

Hay además otra ilusión que hemos de disipar, la de creer que tenemos aquí un «reportaje en directo» de los acontecimientos. Lucas nos presenta aquí su visión de las cosas, visión de un historiador y de un teólogo discípulo de Pablo. Pero si compone, Lucas lo hace a partir de unas fuentes que podemos vislumbrar.

Los documentos...

Las «memorias» de Lucas. Se observa que los Hechos utilizan unas veces la tercera persona (Pablo parte, se embarca...), y otras la primera en plural (nos embarcamos en Tróade...). En estos últimos trozos se puede ver el «diario personal» que Lucas llevaba en el curso de sus viajes con Pablo; esto nos permite seguirlo desde Antioquía (11, 28, en ciertos manuscritos solamente), y luego desde Tróade hasta Filipos en donde Lucas reside, al parecer entre el 50 y el 58 (16, 10-40); desde Filipos hasta Jerusalén, en donde es arrestado Pablo (20,5 a 21,18), y finalmente desde Cesarea, en donde está Pablo prisionero, hasta Roma en donde ha de esperar dos años antes de ser juzgado (27-28).

Los «archivos» de la iglesia de Antioquía, que conservaban los orígenes de esta iglesia fundada por los helenistas (o judíos que hablaban en griego) en Jerusalén (6, 1-8, 4 y 11, 19-30).

Un informe del concilio de Jerusalén, celebrado en esta ciudad por el año 50 (15, 3-13) y de la **asamblea particular** organizada algo más tarde por Santiago (15, 13-53).

Recuerdos de Pablo, por ejemplo el relato de su vocación en el camino de Damasco (9, 1-30; 22, 4-16; 26, 10-18), o el de su primera misión al Asia Menor con Bernabé (13-14).

Recuerdos de Felipe, uno de los siete, concretamente de sus actividades en Samaría (8, 5-40; 21, 8-9).

Datos sobre la **actividad de Pedro** en Jerusalén (9, 32-11, 8; 12, 1-23) y sobre la vida de la primera comunidad en Jerusalén (1-5).

Finalmente, los temas de los **discursos** pronunciados por **Pedro** (2, 14-36; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 10, 34-43), por **Esteban** (7), por **Pablo** (13, 16-41; 17, 22-31; 20, 18-35). Estos discursos son muy importantes para reconstruir la fe de los primeros cristianos.

Lucas utiliza estos documentos. Pero ha sabido organizarlos en una visión de conjunto.

Una visión de conjunto

Lucas ha seleccionado ciertos episodios característicos de la vida de la iglesia para mostrarnos cómo el espíritu le hacía vivir un doble movimiento.

Desde el principio, la iglesia conoció la tentación de centrarse en sí misma, de cerrarse en ese cenáculo en donde los discípulos corrían el peligro de constituir una especie de «club de antiguos amigos de Jesús». **El espíritu los lanzará afuera,** los empujará cada vez más allá, a predicar a la luz del día en Jerusalén, luego fuera de la ciudad, a Samaría, Antioquía, al Asia Menor, a Grecia, a Roma...

Pero ese Jesús que predican no es otro distinto del Jesús que recorrió los caminos de Palestina; el tiempo de la iglesia tiene su fuerza permanente en el tiempo de Jesús. Por eso el espíritu **remitirá continuamente a los discípulos a la persona de Jesús,** a sus palabras y acciones.

Este segundo movimiento nos permite comprender mejor cómo nacieron nuestros evangelios; insistiremos más tarde en ello.

Una iglesia para el mundo

Animados por el espíritu, los apóstoles llevarán la buena nueva desde Jerusalén hasta el centro del mundo entonces conocido: Roma. Pero esta extensión geográfica supone ya planteado y resuelto un problema de fe: ¿esa buena nueva es para todos o sólo para los judíos y para los que acepten serlo en el futuro? En efecto, Jesús había dicho: «No vayáis a los paganos...». Pues bien, en la primera parte de los Hechos vemos a los discípulos, movidos por el espíritu, predicar a los samaritanos (judíos disidentes), bautizar a un oficial etíope, a un pagano convertido al judaísmo, a un romano que sólo es judío de corazón y, finalmente, en Antioquía o en Asia Menor, admitir a los paganos en la iglesia. Al ir así más allá de las palabras de Jesús, ¿eran fieles a su espíritu? Es el problema debatido en el «concilio» de Jerusalén, allá por los años 49-50.

Este problema, aparentemente superado, sigue siendo a pesar de todo actual. Se trata de saber si, para salvarse en Jesucristo, es necesario **antes** hacer algo (practicar la ley judía o convertirse, cambiar de vida, «merecer» la salvación) o bien si uno se salva gratuitamente, únicamente por creer en Jesús.

Cuando esta cuestión se decida en el concilio de Jerusalén, Pablo podrá con toda libertad llevar el evangelio a todas las naciones. Y si se evangeliza a Roma, el corazón del mundo conocido, es señal de que algún día será evangelizado todo el mundo.

Así, pues, el libro de los Hechos se divide en dos grandes partes:

- Desde los orígenes de la iglesia al concilio: 1, 1-15, 35.
  - — la comunidad de Jerusalén: 1-5
  - — hacia una iglesia abierta; los helenistas: 6, 15-35.
- La buena nueva predicada por Pablo hasta Roma: 15, 36-28, 31.

DEL EVANGELIO PREDICADO A LOS EVANGELIOS ESCRITOS

El Espíritu Santo impulsa a los discípulos, enviándolos a predicar a Jesucristo hasta el confín del mundo. Pero al mismo tiempo los remite continuamente a la persona de Jesús, recordándoles sus palabras y sus hechos, para «conducirles a la verdad entera». A lo largo de toda esta búsqueda es como fueron naciendo nuestros evangelios.

Hemos descartado ya esa idea tan simplista según la cual nuestros evangelios serían un «reportaje en directo». Se formaron en el seno de la iglesia, en tres grandes etapas.

1. Jesús

Evidentemente es Jesús, sus palabras y sus hechos, sobre todo su persona, quien está en la fuente de nuestros textos. Pero Jesús no escribió nada.

Sus discípulos lo siguieron y escucharon como a un profeta y luego, a partir de la confesión de fe de Pedro en Cesarea, como el mesías del que se esperaba que establecería el reino de Dios; esperanza llena de ambigüedad de un mesías político, restaurador del poder de Israel.

La cruz había sido la muerte de aquellas ilusiones. «Nosotros esperábamos...», declaran los discípulos de Emaús pocos días después de su muerte.

2. Los apóstoles en sus comunidades. (Etapa de «formación» de los evangelios)

La experiencia pascual lo transformó todo. En pascua, en pentecostés, los discípulos no tienen todavía nada escrito, pero tienen una buena nueva: ¡Dios ha resucitado a Jesús! ¡Jesús ha derramado su espíritu! ¡Han llegado ya los últimos tiempos que inauguran el reino de Dios! Eso es de lo que viven y lo que desde entonces empezaron a predicar.

Si al comienzo bastaba aquella buena nueva, pronto los discípulos se vieron obligados a entrar en detalles, recordando los hechos y los dichos de Jesús e interpretándolos.

Las comunidades, la de Jerusalén en primer lugar, y luego en Samaría, en Antioquía, en Asia Menor..., se van desarrollando poco a poco y los convertidos se plantean la cuestión: ¿Cómo vivir concretamente cada día de Jesús resucitado? Los apóstoles no tenían ningún catecismo y ningún manual de moral. No tenían más que las escrituras y la persona de Jesús tal como la conocieron y tal como seguía viviendo, misteriosamente, entre ellos. Guiados por el Espíritu Santo, tendrán que volverse entonces hacia la vida de Jesús.

Habrá sobre todo dos rayos de luz que les permitirán interpretarla:

a) El acontecimiento pascual

Es muy distinto contar la vida de una persona al filo de cada día o referirla después de que un destino fuera de lo común ha manifestado todas sus riquezas. La resurrección, aquel «sí» de Dios a la vida y a las actitudes de Jesús, les revela ahora a los discípulos quién es ese Jesús y a dónde conducía su existencia. Así, pues, bajo esa luz es como releen ahora toda su vida.

b) La escritura

Como judíos, los discípulos no dejaron de meditar esa palabra de Dios que daba sentido a sus vidas, que recogía todas sus esperanzas y les anunciaba la llegada del reino de Dios por

obra de su mesías. Ella era, de antemano, la «explicitación» del ser y de la misión de ese mesías. Una vez que ellos pudieron identificar a ese mesías con el resucitado, las escrituras se volvieron claras y al mismo tiempo les permitieron comprender a Jesús.

Así, bajo esta doble luz, los discípulos empezaron a repasar sus recuerdos de Jesús. Fueron tres los principales centros de interés que les ayudaron a reagruparlos.

1. La liturgia

Cuando Jesús celebró con ellos su última cena, los discípulos no comprendieron seguramente mucho de todo aquello. Pero al repetir ahora esa cena, sus gestos fueron tomando sentido: eran para ellos el signo real de su muerte ofrecida en sacrificio y de su resurrección. Y el Antiguo Testamento les ayudó a comprenderlo mejor; empezaron a reconocer en Jesús al «siervo doliente» del que hablaba Isaías, que se ofrece voluntariamente a la muerte por la salvación de todos.

Poco a poco fueron formándose entonces los relatos de la cena, luego los de la pasión, y otros nuevos relatos que los explicaban, como el de aquella comida maravillosa en la que Jesús había multiplicado los panes. Y la luz de la pascua iluminaba todos aquellos relatos: no estaban contando la pasión y los sufrimientos de un muerto, sino los de una persona viva.

2. La catequesis
(o instrucción para los creyentes)

A los bautizados se les planteaban numerosas cuestiones: ¿Hay que seguir guardando el sábado? ¿Podemos tratar con los pecadores? ¿Qué pensar de las riquezas? ¿Qué es lo esencial en la vida cristiana?... Para responder a estas preguntas, los apóstoles no tenían más que una sola referencia: ¿Qué es lo que decía o hacía Jesús?

Y entonces empezaron a recordar que había hecho curaciones el día del sábado, ya que «el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado», que había comido con los pecadores, que durante una comida había acogido a una mujer llamada públicamente «la pecadora»... Se recogieron entonces las parábolas sobre el peligro de las riquezas. Recordaron que el propio Jesús había resumido toda la ley en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo...

Así se fueron formando poco a poco algunos relatos sobre Jesús, sobre su enseñanza.

Pero como aquellos relatos eran una respuesta a ciertas cuestiones que habían nacido en una situación concreta, se iban coloreando con ciertos matices; el mismo hecho podía ser interpretado a veces de manera distinta según las situaciones.

3. La predicación misional

¿Quién es entonces ese hombre?: he aquí la cuestión que los apóstoles deseaban suscitar en sus oyentes, judíos o paganos. Las narraciones de los milagros realizados por Jesús podían perfectamente conseguirlo. Pero esas mismas narraciones podían ser utilizadas además para la instrucción de los creyentes. La tempestad calmada era la narración de un milagro que planteaba esta cuestión: «¿Quién es entonces ese hombre capaz de dominar el mar?» (Marcos). Pero podía también servir de catequesis para los discípulos: «Pero, ¡cómo! ¿Todavía tenéis tan poca fe? ¿Por qué tenéis miedo de las dificultades y de las persecuciones que amenazan con tragarse a la iglesia, si os habéis embarcado en ella por seguir a Jesús?» (Mateo).

Por otra parte, los fariseos atacaban a la nueva secta. Por tanto, había que defenderse de ellos. Así es como, en aquel contexto polémico, se fueron formando los relatos de controversias tenidas por Jesús con sus adversarios...

Para poder comprender mejor este trabajo de formación de los evangelios a través de medio siglo, podríamos poner una comparación cinematográfica. Los apóstoles habían quedado «impresionados» por la figura de Jesús, del mismo modo que una escena fotografiada deja «impresionada» a la película. Pero era necesario que esa película «se revelase». Lo mismo que en el laboratorio obtiene ese revelado un baño químico, también la vida de las diferentes comunidades fue ese ambiente favorable que fue consiguiendo poco a poco que el rostro de Jesús revelase todos sus rasgos. Y así, por una y otra parte, según las necesidades y circunstancias, en Jerusalén como en Antioquía o en Grecia, iban apareciendo algunos «flashes» sobre Jesús: relatos de la pasión, de las parábolas, de los milagros, recuerdos de sus palabras...

Para hacer la película hay que reunir todos esos «flashes» o esos «planos» en «secuencias». Esos relatos sobre Jesús se fueron también agrupando naturalmente. Le resultaba práctico a un misionero, por ejemplo, tener una colección de milagros (en Mateo tenemos una serie de diez seguidos) o de parábolas (las encontramos reagrupadas en Marcos en la «jornada de las parábolas»); también podía servir de catalizador un lugar geográfico: en Cafarnaún se recordaba mejor lo que había dicho y hecho Jesús en aquella ciudad (véase la «jornada de Cafarnaún» en Marcos).

Entretanto, para las necesidades de la predicación, se había formado **cierto marco** para contar la vida de Jesús; el bautismo de Juan y el ministerio en Judea, luego el ministerio en Galilea, el ministerio en Jerusalén con la pasión (véase el discurso de Pedro en Hech 10, 37-41).

Así se consiguieron algunos «planos» sobre la vida de Jesús; se fueron reagrupando en «secuencias» y se impuso un marco-tipo. Para obtener la película, se necesitaba finalmente la última operación: el «montaje».

Parece ser que se llevaron a cabo bastante pronto dos intentos de «montaje», de los que se conservan algunas huellas en nuestros evangelios. Uno de ellos será utilizado por Mateo, Marcos y Lucas (se habla de «triple tradición» cuando un texto es común a los tres); el otro sólo fue conocido por Mateo y por Lucas (se habla entonces de «doble tradición»).

Y con esto hemos llegado a la última etapa de formación de los evangelios.

3. Los cuatro evangelios (Etapa de «redacción» de los evangelios)

El «montaje» es importante en el cine: es él el que, acercando y relacionando los planos y las secuencias, les da un sentido y, con su encadenamiento, hace de todo ello una película.

Al recoger esos materiales, pero haciendo de ellos un «montaje» diferente, cuatro autores compondrán nuestros cuatro evangelios. La parte de los redactores no ha consistido solamente en enlazar entre sí los documentos. Cada evangelista ha descubierto en su propia comunidad un aspecto del rostro de Jesucristo y fue ese rostro el que se esforzó en dibujarnos. Cada persona humana es un misterio; cuando estamos en presencia de alguien, nos sentimos impresionados por tal o cual aspecto de su personalidad. Cuando uno está en presencia de la persona de Jesús...

Y así fue como aquellos cuatro «teólogos» (Marcos hacia el año 70, Mateo y Lucas hacia el 80 y Juan hacia el 95) escribieron nuestros cuatro evangelios.[1]

Pero esta formación duró años. Entretanto, Pablo escribió sus cartas y será conveniente leerlas antes de tomar contacto con los evangelios.

---

[1] *Sobre la formación de los evangelios todavía sigue siendo «el» libro la obra de X. León-Dufour,* Los evangelios y la historia de Jesús. *Barcelona ²1967.*

LAS CARTAS DE PABLO

Aquella tarde del año 36 se corrió la noticia por todos los barrios periféricos de Damasco, sembrando el pánico entre los cristianos: «¡Viene Pablo de Tarso desde Jerusalén! ¡Trae órdenes de detenernos!».

¿Quién es ese Pablo, que está causando tanto revuelo? Escuchemos cómo se presenta al rey Agripa, a los judíos de Jerusalén que quieren lapidarlo, al tribuno romano que tiembla por haber estado a punto de flagelar a un ciudadano romano: «Yo soy judío, natural de la célebre ciudad de Tarso. Fariseo, he hecho mis estudios en Jerusalén. A los ojos de la ley de Dios soy irreprochable. Soy también ciudadano romano; otras personas, hasta algunos tribunos romanos, han comprado muy caro este derecho de ciudadanía; yo lo tengo por nacimiento...».

¿QUIEN ES PABLO?

Pablo «es muchos». Nacido en Tarso entre los años 1 al 10, es hijo de la ciudad, de situación holgada. De familia judía, es también ciudadano romano y lleva dos nombres, Saulo y Pablo. Fariseo de estrecha observancia, ha estudiado en Jerusalén, junto al maestro más ilustre de aquella época, Gamaliel. También debió estudiar en las universidades de Tarso.

Los sesenta años de su vida (fue martirizado en Roma por el año 67) pueden dividirse en dos partes. Durante treinta años es fariseo y, en nombre de su fe judía, se dedica a perseguir a los cristianos que, según cree, destruyen la fe en el Dios único poniendo en el mismo plano que él a Jesús, un hombre. Pero en Damasco, Cristo «se apodera de él». Pablo está hecho de una sola pieza: totalmente en contra de Cristo, en adelante se entregará también totalmente a él. Su vida está dividida en un «antes» y en un «después» de aquel encuentro con el resucitado; este hecho marcará profundamente su pensamiento. Es teólogo; y este hecho supone una suerte maravillosa para la joven iglesia; Pablo pondrá a su servicio todos los recursos de su pensamiento y orientará de forma decisiva al cristianismo.

Después de su vocación, vuelve a Tarso. Durante una quincena de años predicará, primero en su región natal y luego en Antioquía, en el Asia Menor. El concilio de Jerusalén, por los años 49 al 50, ratifica sus opciones fundamentales. Durante los quince años que le quedan de vida prosigue su trabajo de misionero, por Asia Menor, en Grecia, en Roma, quizás en España, pero sobre todo escribiendo. Sus cartas se van escalonando entre el año 51 y su muerte, permitiéndonos seguir el desarrollo de su pensamiento.

LAS CARTAS DE PABLO

Son los primeros escritos del Nuevo Testamento: Pablo muere antes de que el primero de los evangelistas, Marcos, haya escrito su evangelio.

Se trata de unas cartas escritas al estilo de la época. Empiezan con la dirección: «Pablo (y eventualmente Timoteo, Silvano...) a la iglesia que está en Corinto, en Filipos...». Viene a continuación una acción de gracias. Las cartas suelen dividirse generalmente en dos partes. Una parte doctrinal, en la que Pablo desarrolla un aspecto de la fe que es esencial o que sus cristianos tienden a olvidar. De allí deduce, en la segunda parte, ciertas consecuencias para la vida concreta. Y termina con algunas noticias de tipo personal.

Seguramente no escribía las cartas de su puño y letra; el discípulo que firma con él debió tomar una parte bastante importante en su elaboración.

A través de sus cartas podemos distinguir cuatro etapas en su pensamiento.

1. La esperanza: 1.ª y 2.ª a los tesalonicenses

Sus dos primeras cartas van dirigidas a los cristianos de Tesalónica. Pablo recoge en ellas la fe tal como la ha recibido de Cristo y de los apóstoles. El cristiano es un hombre al que Dios ha llamado para que entre en su reino; esa llamada le alcanza cuando acoge con fe la palabra de Dios, a Jesucristo. En adelante vivirá, en su vida cotidiana, de Jesucristo, animado por su espíritu, para la gloria del Padre.

acción de gracias; fe: 1 Tes 1, 1-10; 2, 13-16; 3, 11-13; 2 Tes 1, 3-11
el ministerio del apóstol: 1 Tes 2, 1-11
la venida del Señor: 1 Tes 4, 13-18
vida cristiana: 2 Tes 2, 13-3, 15.

En esta primera etapa, Pablo hace vivir a sus cristianos en la esperanza de la venida próxima de Jesús.

2. Salvados por Jesucristo, en la iglesia: 1.ª y 2.ª a los corintios, gálatas, romanos, filipenses

En una segunda etapa se tiene la impresión de que hay una cuestión que preocupa a Pablo: ¿qué es lo que quiere decir «ser salvado por Jesucristo»? El concibe a la iglesia ante todo como la comunidad que une a los que Dios está a punto de salvar por Jesucristo. Pero el tono es diferente según cada una de las cartas.

Primera carta a los corintios

Corinto: una ciudad enorme, de 600.000 habitantes (entre los que 400.000 son esclavos); un puerto de tráfico intenso. Pablo llega allí el año 51; trabaja como fabricante de tiendas y se siente admirado al ver cómo la palabra de Diós ha suscitado allí una comunidad entusiasta entre los más pobres. Lo que pasa es que no es tan fácil dar el salto desde «la vida a lo corintio», como se decía entonces (algo así como «Pigalle» para un francés), a la vida en Cristo. Pablo tiene que «inventar» la moral cristiana, descubrir la manera de vivir concretamente en cristiano.

Cuando les escribe (en el año 57), está en Efeso. Los corintios se habían dirigido a él para consultarle unas cuestiones; Pablo, por su parte, ha preguntado al «cartero» que le había traído sus cartas y se ha enterado de que no todo iba bien por aquellas tierras... Y les contesta, a veces con dureza.

Esta carta es apasionante, porque parte sin cesar de hechos concretos (hay disputas entre los cristianos; uno de ellos está viviendo con su suegra; las mujeres acuden a la iglesia descubiertas; les cuesta creer en la resurrección...). Partiendo de estos hechos, pequeños o importantes, Pablo reflexiona y les hace reflexionar, no ya de una forma «moralizante», sino conduciéndonos sin cesar al corazón de la fe: Jesucristo.

A veces necesitamos hacer un esfuerzo para sentirnos interpelados, ya que han cambiado los tiempos. Sin embargo, las cosas siguen siendo terriblemente actuales. Pongamos un ejemplo: los corintios se preguntan si pueden comprar en el mercado cualquier tipo de carne; en efecto, muchas vienen del «sobrante» de los templos y han sido anteriormente ofrecidas en sacrificio a los ídolos (1 Cor 8-10). ¿Se trata de un problema muy lejano? Ni mucho menos; es un problema muy actual, porque equivale a preguntarse si, para ser cristiano, hay que vivir en un ghetto, tener una carnicería cristiana, un sindicato cristiano, una escuela cristiana... Pablo parte de hechos concretos de su época; a nosotros nos corresponde buscar cuáles son los hechos concretos de la nuestra que corresponden a aquéllos.

También es en esta carta donde nos encontramos con el relato más antiguo de la cena (11, 17-33).

Cristo, sabiduría de Dios: 1, 10-3, 4
el ministerio del apóstol: 3, 5-23
sentido cristiano de la historia de Israel: 10, 1-13
la eucaristía: 11, 17-34
el himno al amor: 13.

Segunda carta a los corintios

Compuesta quizás de varias cartas de Pablo, contiene pasajes terribles en los que Pablo se defiende al ver atacada su autoridad y, detrás de ella, la verdadera fe.

La mayor parte está consagrada al ministerio apostólico tal como lo vive Pablo (1-11-7, 16). Se hace consciente de su tremenda responsabilidad: como propone la palabra de Dios, sabe que tiene que forzar a sus oyentes a escoger a favor o en contra de Cristo (2, 14-3, 4). Y conoce también su grandeza: al acoger a Cristo, el cristiano queda transfigurado por la gloria de Dios que ha brillado en el rostro de Jesús y que ahora lo ilumina a él para ser luz de sus hermanos (3, 5-4, 6). Pero el apóstol se siente débil: para el cristiano, y más todavía para el apóstol que le ha dado la vida, todos los días son viernes santo al mismo tiempo que pascua (4, 7-5, 10). Y el apóstol se siente embajador para Cristo, encargado del ministerio de la reconciliación (5, 11-6, 10).

el ministerio del apóstol: 1, 1-11; 4
el cristiano transfigurado: 3, 16-4, 6.

Carta a los gálatas

Esos «grandes locos» de los gálatas, como los llama, son primos hermanos de los «galos» de la vieja Europa occidental; como ellos, son entusiastas, alborotadores, indisciplinados, litigantes y amigos de la libertad.

Acogieron la palabra de Dios con alegría y se entregaron a Cristo. Luego pasaron por allí otros predicadores de sectas judías, y también les siguieron; se pusieron a «judaizar», a ponerse —ellos, antiguos paganos— bajo el yugo de la ley judía. No veían en ello nada malo; pero Pablo se da cuenta del peligro; si hay que añadir alguna cosa (en este caso las prácticas judías) a la fe cristiana, es señal de que no basta la fe en Jesús para salvarse. Y entonces Pablo contraataca con pasión, con todos sus recursos: su teología judía (y no siempre resulta fácil seguirle), su conocimiento de las escrituras y sobre todo su corazón. «¡Acordaos de lo que sois ahora después de vuestro bautismo en Jesucristo!». Y su carta, por encima de los pasajes un tanto complicados, sigue interpelándonos a nosotros: «¿Sois cristianos? ¿Sois realmente, en toda vuestra vida, aquello en lo que os habéis convertido por vuestro bautismo?».

Después de entrar en materia con mucha viveza, Pablo defiende en tres tiempos el evangelio que predica:

— **¿De dónde viene su evangelio?** (1, 11-12, 21). Lo ha recibido directamente de Cristo en Damasco.

— **¿Qué contiene su evangelio?** (3-4). Resumiendo la historia de Israel, demuestra que la ley era un pedagogo para conducirnos a Cristo.

— **¿A dónde lleva su evangelio?** (5-6). A la libertad. Para un cristiano ya no hay mandamientos; ya no se puede poner bajo el yugo de una ley cualquiera; no tiene ya más que esa ley interior, que guía a cada uno desde su corazón, y que lleva por nombre Espíritu Santo. Ya no hay entonces más ley..., con la condición de que se deje guiar por el espíritu; mientras uno es pecador, todavía tiene necesidad de barreras. ¡Sois, en Cristo, una creación nueva; ¡vivid como hombres libres!».

vocación de Pablo: 1, 15-16
el cristiano, un hombre libre en el espíritu: 5

Carta a los romanos

Lo que les indicaba con pasión a los gálatas, Pablo va a recogerlo de nuevo en una exposición más desarrollada, escribiendo a los romanos en el año 58.

En su parte doctrinal (1-11), Pablo desarrolló la misma idea bajo cuatro formas diferentes.

Como jurista, toma nota de un hecho: todos los hombres, paganos o judíos, son pecadores; todos son salvados por Jesucristo (1, 18-5, 11).

Como hombre de fe, reflexiona a partir del bautismo: la humanidad entera, solidaria en

Adán (símbolo del hombre), vive bajo el pecado y la muerte; en Jesús, nuevo Adán, es salvada en la medida en que se le une por la fe y el bautismo (5, 12-6, 23).

Como fino conocedor del corazón humano, muestra al hombre dividido interiormente: «El bien que quiero hacer no lo hago, mientras que hago el mal que no quiero...»; el espíritu es el que lo reunifica y le permite llamar a Dios: «¡Abba! ¡Padre!», dejarse amar por Jesucristo, vivir en comunión con los demás hombres y con el cosmos (7, 1-8-39).

Como historiador del plan de Dios, vuelve a leer la historia de Israel; muestra la desgracia de Israel por haber negado a Cristo y anuncia su salvación para el momento en que lo reconozca el pueblo en su conjunto (9-11).

Pablo puede entonces, en una segunda parte, sacar las consecuencias: vivid como seres salvados, ofreced todas vuestras vidas y vuestras personas como ofrenda a Dios.

fe de Abrahán: 4
todos salvados en Jesús: 5, 12-21; 8, 28-30
el bautismo: 6, 1-11
el hombre dividido: 7, 14-25
el hombre reunificado en el espíritu: 8, 1-17
la creación ligada a la suerte del hombre: 8, 18-25
himno al amor de Dios: 8,31-39
vida cristiana: 12, 1-2

Carta a los filipenses

Una carta escrita sin motivo especial (no hay crisis ni herejías en Filipos); simplemente porque Pablo, prisionero, se siente poseído por el gozo de comulgar en los sufrimientos de Cristo; simplemente porque quiere mucho a sus filipenses. Se entrega en esta carta plenamente, como se hace entre amigos; por esta carta sin duda es como hay que comenzar para conocer a Pablo.

Está en la cárcel (seguramente en Efeso, entre los años 56 y 57). No sabe cuál será su suerte, pero se siente feliz, seguro de que la predicación del evangelio ganará con ello. Se muestra alegre sobre todo porque experimenta de ese modo una comunión más estrecha todavía con su Señor Jesús, el que «se ha apoderado de él» en el camino de Damasco, aquel a quien con un viejo cántico, que cita (2, 6-11), celebra como Señor.

No tiene ningún plan concreto; ¿lo tenemos nosotros cuando escribimos una carta? (a no ser que se trate de una carta compuesta de tres notas diferentes reunidas algún día por los filipenses). En el capítulo 3 se observa una advertencia contra los que divulgan falsas doctrinas. El resto no es más que una llamada a la alegría y una invitación a vivir en el mundo como testigos de esa alegría.

himno a Cristo: 2, 6-11
amor a Cristo: 3.

3. Jesucristo, señor del mundo y de la historia: colosenses, efesios, Filemón

Cuatro años solamente separan a las cartas que vamos a leer de las anteriores. Cuatro años son pocos. Pero cuatro años de prisión —dos en Cesarea y dos en Roma— ¡son mucho en la vida de un hombre! Tiene tiempo para pensar. Reducido al silencio, el pensamineto puede entonces remontarse hasta su fuente para descubrir en ella el punto único que le da unidad.

En la etapa anterior, Pablo pensaba en la salvación, pero se quedaba a nivel de la iglesia, de la comunidad de aquellos que Dios salva. Esto es esencial y Pablo no renegará nunca de ello; pero le faltaba un poco de soplo. Sus años de prisión y el peligro de herejía por el que atravesó Colosos le permitirán reconocer el verdadero lugar de Cristo en la iglesia.

Carta a los colosenses

Pablo les escribe desde Roma el año 63. Tentados por ciertas elucubraciones judaizantes, los colosenses corren el riesgo de convertir a Cristo en un mero eslabón entre Dios y nosotros, como tantos otros: los ángeles, las potencias celestiales, las fuerzas ocultas...

La cumbre del pensamiento de Pablo está condensada en el himno al Cristo cósmico (1, 15-20). En unas pocas frases, gracias a todo lo que le han enseñado las escrituras sobre la sabiduría de Dios, consigue situar a Cristo en relación con su Padre (es el Hijo, en quien reside la plenitud de la divinidad) y en relación con el mundo: ¡es el hombre por el cual y para el cual ha sido hecho todo! Pablo nos da así el sentido mismo de nuestra vida humana: mientras construimos el reino de la tierra, misteriosamente, ya que no hay nada que se escape de la influencia de Cristo, estamos también construyendo el reino de Dios.

himno a Cristo: 1, 15-20
vida cristiana: 3, 1-4.

Lo que expresa de esta manera, como un río de luz, lo recogerá de manera más amplia en la carta a los efesios.

Carta a los efesios

Esta carta colectiva a las iglesias del Asia Menor se presenta como una síntesis armoniosa del pensamiento de Pablo. Un himno grandioso celebra el plan de Dios: reunir a toda la humanidad en un solo pueblo que forme el cuerpo de Cristo. Esa humanidad no formará más que un solo cuerpo con Cristo, pero conservando su personalidad; porque es también la esposa de Cristo, la novia que él ha adquirido al precio de su sangre. El mundo está ahora reconciliado con Dios, y todos los hombres entre sí.

el designio de Dios; la Iglesia: 1
Cristo, nuestra paz: 2, 11-22
vida nueva en Cristo: 4, 17-5, 20
el matrimonio: 5, 21-33.

4. «Guarda el depósito»: 1.ª y 2.ª a Timoteo, Tito

Poco importa que estas cartas hayan sido escritas por Pablo o que sean su testamento espiritual redactado por un discípulo. Son sus últimas recomendaciones a los pastores de la iglesia y manifiestan claramente su preocupación en los últimos momentos de su vida: hay que guardar intacta la fe en Jesucristo recibida de los apóstoles.

En estas cartas se descubre ya cierta organización de los servicios (o ministerios) en la iglesia.

Sobre todo, nos permiten comulgar en la alabanza de la iglesia antigua, gracias a los trozos de cánticos que citan.

cánticos: 1 Tim 2, 5-6; 3, 16; 6, 15-16;
2 Tim 2, 8-13...

La carta a los hebreos

¡Más bien que de «carta» habría que hablar en este caso de «sermón»! Se trata sin duda de una homilía que un discípulo de Pablo envió alrededor del año 70 a unos cristianos desorientados. Esos antiguos judíos se habían adherido a Cristo con entusiasmo; pero luego empezaron a añorar tiempos pasados, a recordar con cierta nostalgia las hermosas ceremonias del culto judío. Eran verdaderos cristianos, que habían sufrido por causa de su fe, pero se anunciaban nuevas dificultades. Y el autor sacude su falta de ánimo: «Sufrís demasiado por el alimento que tomáis; os sentís asustados de la evolución actual, de las dificultades; entonces, se acabó «la leche» del catecismo que se daba a los niños; tenéis que profundizar en vuestra fe. Fijemos los ojos en el jefe de nuestra fe, en Cristo, nuestro sumo sacerdote».

Esta carta nos parece difícil por varios títulos. Pablo separaba claramente la reflexión doctrinal de las consecuencias prácticas; el autor de esta carta prefiere mezclarlas armoniosamente. Sobre todo, parte continuamente de un ejemplo claro para sus lectores: las ceremonias del «día de la expiación»; solamente ese día podía penetrar el sumo sacerdote en la parte más secreta del templo, aquella en la que Dios

se hacía presente; y se presentaba allí con una ofrenda de sangre para obtener el perdón de los pecados.

Para el autor se trata de una imagen: a fin de poder entrar libremente en la presencia de Dios, fue necesario que Cristo, sumo sacerdote, se presentase con su propia sangre, esto es, con su vida ofrecida en sacrificio. El sacerdote judío tenía que repetir aquella ceremonia todos los años; Cristo entró una vez para siempre delante de Dios y nos abrió definitivamente la entrada en él. Nos toca ahora caminar, con los ojos fijos en él, lo mismo que hicieron antaño los hebreos camino de la tierra prometida, en la fe y la esperanza, sin desánimos de ninguna clase.

la humanidad de Cristo: 5, 1-10
Jesús, único sacerdote: 7, 20-28
la nueva alianza en Cristo: 8, 6-9, 28
la fe: 11, 1-12, 3.

OTRAS CARTAS

Pablo no fue el único que escribió a sus cristianos. El Nuevo Testamento nos ha conservado también otras cartas.

Santiago

Por el año 49 o el 62, Santiago (¿se trata del «hermano del Señor», obispo de Jerusalén, lapidado el 62?) recuerda con vigor que no se puede servir a Dios y al dinero. «Vosotros creéis, nos dice; ¡muy bien! ¡Vamos a verlo! Mostradme las obras que produce vuestra fe, y sobre todo vuestro respeto y vuestro amor a los más desamparados. Si no, vuestra fe no es verdadera...».

los ricos, respeto debido al pobre: 2, 1-13; 5, 1-6
la fe: 2, 14-26.

1.ª de Pedro

Pedro es martirizado en Roma el año 64. Esta carta pudo haber sido escrita poco antes.

Es una especie de homilía sobre el bautismo. El autor se apoya en los grandes textos de la escritura que permitieron a los cristianos comprender un poco el misterio de Cristo: **el siervo** doliente que se ofrece voluntariamente por la salvación de todos; **la piedra** que los constructores desdeñaron y que Dios ha puesto como piedra básica (imagen de la muerte de Jesús rechazado por su pueblo y de su resurrección, por medio de la cual Dios lo ha establecido como Señor). Pedro cita también diversos cánticos utilizados entonces y un antiguo credo.

Luego, en la segunda parte, va sacando consecuencias prácticas: ¿cómo tiene que vivir un cristiano en medio del mundo? De pasada nos da una magnífica regla de discusión con los no creyentes: «Amad en vuestros corazones a Cristo como Señor vuestro y estad siempre dispuestos a dar cuenta de vuestra fe a los que os pregunten por la esperanza que hay en vosotros. Pero que sea siempre con modestia y respeto» (3, 15).

cánticos antiguos: 1, 3-5; 2, 22-25; 3, 18-22
llamada a la santidad: 1, 13-21
el sacerdocio de los bautizados: 2, 4-10
dar testimonio de su fe: 3, 15-16.

Judas

Por los años 70 a 80, Judas escribe esta carta un tanto extraña (utilizando varios textos judíos contemporáneos) para poner en guardia a los cristianos contra las falsas teologías.

2.ª de Pedro

Mucho más tarde, quizás a comienzos del siglo II, esta carta, puesta bajo el patrocinio de Pedro, invita a los cristianos a permanecer fieles a su vocación, a pesar de los falsos predicadores y aunque se retrase la vuelta del Señor.

transfiguración de Cristo: 1, 16-18
las escrituras, inspiradas por el espíritu: 1, 20-21.

LOS EVANGELIOS

No se trata de presentar aquí, detalladamente, los cuatro evangelios; ya lo han hecho varios cuadernos. Vamos a intentar solamente situarlos.

Marcos

El autor es probablemente aquel joven Juan Marcos de quien nos hablan los Hechos (12, 12; 13, 3-13; 15, 36-40), Pablo (Col 4, 10) y Pedro (1 Pe 5, 13). Pone por escrito, seguramente por los años 70, la predicación de Pedro en Roma.

J. Delorme [1] ha demostrado claramente que Marcos es un teólogo que quiere poner de relieve el drama que se desarrolla. Desde el comienzo, Marcos afirma su fe: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (1, 1). Pero a continuación Jesús se negará a decir quién es; porque esos títulos eran demasiado ambiguos y estaban demasiado teñidos de esperanzas políticas y nacionalistas. Jesús no lo manifestará claramente hasta el momento en que sea condenado a muerte; un pagano, el centurión romano, lo proclamará al pie de la cruz: «Este hombre era Hijo de Dios».

Y este es precisamente el drama: Jesús es el mesías, pero no según la imagen que de él se hacía. Por tanto, es necesario que alguno muera: «Jerusalén», símbolo de los jefes (y de cada uno de nosotros) encerrados en su mentalidad, morirá a la idea que de él se ha hecho para aceptarlo tal como Jesús quiere serlo, o bien se negará a ello y condenará a muerte a Jesús.

Y este drama se desarrolla entre personas: entre Jesús y la gente que acabará abandonándolo, entre Jesús y sus adversarios que lo condena-

[1] *Cf. J. Delorme,* El evangelio según san Marcos *(Cuaderno bíblico). Estella 1977.*

rán, entre Jesús finalmente —y quizás sea esto lo más trágico— y sus discípulos que le siguen sin comprender nada de su misterio y que le dejarán solo a la hora de enfrentarse con la muerte.

El anuncio de la resurrección tiene un aspecto particular en este evangelista: Marcos no tenía, primitivamente, ningún relato de resurrección. El ángel lo único que hace es enviar a los discípulos diciéndoles: «¡Ha resucitado! Id a Galilea, que allí lo veréis». Los discípulos, la iglesia, son enviados entonces, hasta el final de los tiempos, a esa «Galilea de los paganos», a todos los hombres, y al final de esa historia es cuando «verán» al resucitado.

Mateo

Mateo escribe probablemente en Siria, por los años 80, para unos cristianos procedentes del judaísmo. Resume lo esencial de su mensaje en el envío de los discípulos por el Señor glorificado para misionar en todo el mundo (28, 16-20). La iglesia se presenta en él como una comunidad bien estructurada, con una vida sacramental y litúrgica organizada, una doctrina que es preciso mantener, una vida moral que practicar.

Esta iglesia que tiene conciencia de ser el nuevo Israel sabe que desde su nacimiento tiene la riqueza de dos mil años de tradición, la del Antiguo Testamento. Pero es una iglesia que se abre al mundo; tiene que purificarse continuamente, practicar la misericordia y el perdón, hacerse santa como el Señor es santo; pero es para marchar a los paganos y presentarles el verdadero rostro de Jesucristo.

Mateo tiene la preocupación de la inteligencia de la fe; es menester que los discípulos «comprendan» lo que creen. De aquí esos cinco grandes discursos y esas numerosas palabras de Jesús, el nuevo Moisés que da a su iglesia su ley nueva.

La misión de esa iglesia es inmensa. Su seguridad reside solamente en su fe en el «Emmanu-El», en ese Jesús glorificado, «Dios con nosotros» hasta el fin de los tiempos.[2]

Lucas

Ya hemos trabado conocimiento con Lucas al leer los Hechos de los apóstoles, el segundo tomo de su obra.

Griego, seguramente procedente de Antioquía, Lucas escribe hacia el año 80 para unos cristianos convertidos, como él, del paganismo. Sus comunidades no se sienten ligadas, como la de Mateo, por una larga tradición judía. Se muestran más sensibles a ese otro aspecto de Jesús que le relaciona con Elías: un profeta de fuego, que vive incesantemente, en la oración, en presencia del Padre, totalmente lleno del espíritu y que saca de allí una libertad total frente a cualquier tipo de instituciones.

Lucas tiene la preocupación de que sus cristianos comprendan la palabra de Dios, pero sobre todo de que la pongan en práctica. Así es como podrán formar verdaderamente parte de la familia de Jesús.

Se ha llamado a su evangelio el de la misericordia. Efectivamente, más que en los otros aparece en él ese maravilloso afecto de Dios por los pobres, los pequeños, los pecadores y las parábolas de la misericordia (la oveja y la dracma perdidas, el padre del hijo pródigo) manifiestan bien su espíritu.

En sus «relatos de la infancia», que son de hecho un estudio teológico como en Mateo, nos presenta a María como la «hija de Sión», anunciada por Sofonías, como la figura de la iglesia.[3]

---

[2] *Cf.* El evangelio según san Mateo *(Cuaderno bíblico, 2). Estella 1976.*

[3] *Cf. A. George,* El evangelio según san Lucas *(Cuaderno bíblico, 3). Estella 1976;* Lecture de l'évangile selon saint Luc: *PROFAC;* L'annonce du salut de Dieu. *Equipes Enseignantes.*

Juan

El autor es sin duda ese «discípulo al que amaba Jesús», pero cuya enseñanza ha sido organizada y puesta en forma por un discípulo entre los años 95 y 100.

Hay dos grandes partes en su evangelio: el «libro de los signos» (1-12), en donde de antemano Jesús vive y manifiesta lo que llevará a cabo en su misterio pascual, y la «hora» (13-20) en que vive ese misterio.

Más que preocuparse de conservar una multitud de hechos y de palabras de Jesús, ha preferido escoger un pequeño número de ellos y subrayarlos admirablemente.

Jesús es la palabra eterna del Padre, el Verbo, que ha venido a habitar entre los hombres y que, después de haber «reunido a los hijos de Dios que había dispersado el pecado», sube al Padre arrastrándolos en su exaltación. El prólogo (1, 1-18) y la «oración sacerdotal» (17) resumen este movimiento.

Su evangelio es a la vez muy sencillo, escrito con palabras de todos los días, muy unificado en torno a unos grandes temas que nos hablan, como la vida, la muerte, el amor, la libertad, el pan..., y al mismo tiempo muy profundo y difícil, ya que en cada episodio de la vida de Jesús, Juan ve la síntesis de toda su vida y de su enseñanza. Su subida a la cruz, por ejemplo, es al mismo tiempo su ascensión al Padre.[4]

Las cartas de Juan

Juan concluía su evangelio con estas palabras: «Esto se ha escrito **para que creáis** que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que **creyendo tengáis la vida** en su nombre (Jn 20, 31). Estas cartas, la primera sobre todo, son una llamada a la experiencia cristiana: «Os he escrito para que **sepáis que tenéis la vida** eterna, **vosotros los que creéis** en el nombre del Hijo de Dios» (1 Jn 5, 13). La experiencia que realizamos de la comunión con Dios es todavía la mejor «prueba» de que Jesús es Hijo de Dios y la mejor prevención contra las herejías.

En ellas se desarrolla un solo tema: Dios ha sido el primero en amarnos; el espíritu nos pone continuamente en el corazón esa certeza; sabemos que estamos en comunión con Dios si amamos a nuestros hermanos.

---

[4] *Cf. R. Varro,* Lire saint Jean *(Cahiers Evangile nº 85-86) (series antiguas); A. George,* Jésus notre vie. *Equipes Enseignantes; A. Lion,* Lire saint Jean. *Cerf (col. «Lire la Bible»); D. Mollat,* Le quatrième évangile et la *mission:* Cahiers Le Passage.

¿Cómo leer los evangelios?

Repasemos el camino que acabamos de recorrer.

Como punto de partida de nuestros textos, hay unas **pequeñas unidades,** unos relatos sobre Jesús, nacidos independiente-

mente unos de otros, en diferentes comunidades, para responder a las cuestiones de los cristianos.

Un día cuatro redactores se pusieron a reunir esas unidades para organizarlas en **evangelios** diferentes, cada uno de los cuales manifiesta un aspecto del rostro de Jesús. Porque, en el fondo, es a él a quien se desea poner de manifiesto.

Por consiguiente, hay dos posibles lecturas de los evangelios.

1. Se les puede leer por trozos pequeños, interesándose por tal relato, por tal milagro, por tal discurso. Como esos textos han nacido para ser respuestas, resulta iluminador preguntarse cuál pudo ser la cuestión que se plantearon los cristianos de entonces y las que yo me planteo hoy.

Cuando un mismo texto se encuentra en dos o más evangelios, es posible compararlos, no ya para obtener una suma de datos, sino para comprenderlos mejor gracias a las pequeñas diferencias que entonces se advierten. Pongamos por ejemplo el relato de la tempestad calmada (Mt 8, 18-27; Mc 4, 36-41; Lc 8, 23-25). **Con Marcos** nos plantearemos la cuestión: «¿Quién es este hombre para mí?», y despertaremos nuestra fe pensando en el poder de Jesús, el que manifestó entonces al calmar la tempestad y el que descubrimos hoy actuando en el mundo. **Con Mateo** nos preguntaremos sobre todo: embarcados con otros cristianos en la misma iglesia, ¿tenemos suficiente fe en Jesús resucitado, para que las personas con quienes vivimos se planteen la cuestión de cuál es ese hombre que mantiene a su iglesia en pie contra viento y marea?

2. También pueden leerse los evangelios interesándose por la visión de conjunto de cada uno de ellos, intentando descubrir el rostro de Jesús tal como lo percibieron las diferentes comunidades.

Y de la confrontación de estas diferentes imágenes (no de su supresión) es como deduciremos el rostro del resucitado. Estaba antiguamente de moda (y desgraciadamente también ahora) escribir los «cuatro evangelios en uno sólo»; esto es, sumando los datos para hacer un relato único de los cuatro evangelios. Cuando estamos en presencia de cuatro mosaicos que representan —de manera muy distinta— la misma escena, a ninguno se nos ocurre la idea de decir: «Estos mosaicos son tan hermosos que voy a demolerlos, a hacer con todos ellos un gran montón de piedrecitas y recomponer con todas ellas un solo mosaico que me presente todos los detalles...». Si esto es así, ¿por qué nos empeñamos en hacer otro tanto con nuestros evangelios?

Al manejarlos con frecuencia, enseguida nos damos cuenta de que nos encontramos instintivamente más a gusto en uno que en otro. Es normal. Cada uno de nosotros está impresionado, muchas veces sin tener conciencia de ello, por un aspecto del rostro de Jesús. Preferir entonces el evangelio de Lucas al de Mateo nos revela cuál es ese aspecto.

Pero esto es también una invitación para leer los otros evangelios. Si, por ejemplo, me siento más en comunicación con el Jesús de Lucas, disponible al espíritu, libre delante de las instituciones..., necesito leer a Mateo, que me recordará que Jesús es también el Señor de la comunidad, el que la enseña, el que la organiza por medio de sus apóstoles.

Un catequista, un consiliario, podrá entonces preguntarse cuál es el evangelio que conviene presentar a su grupo. He hablado mal de «los cuatro evangelios en uno solo»; en efecto, es imposible presentar a nadie, mucho menos a uno que no cree, esa «mescolanza» sin sabor. Habrá que buscar más bien cuál es el rostro de Jesús más apropiado a tal persona o a tal edad de la vida. Haciéndome cargo de todos los riesgos y peligros en que puedo caer, diré solamente lo que yo haría.

MARCOS

Quizás sea el evangelio que conviene presentar a uno que no cree. En efecto, este evangelio

quiere hacer que brote de nuestros labios la pregunta: «¿Quién es este hombre?», para obligarnos a responder, con el centurión romano: «Es el Hijo de Dios».

Los jóvenes se sienten a gusto con él, porque es muy vivo y concreto; tiene pocos discursos.

También puede ayudar a un cristiano, encerrado en sus ideas, a preguntarse: ¿No estaré acaso encerrándome en mi «Jerusalén», haciéndome así incapaz de reconocer a Jesús que se me presenta bajo unos aspectos siempre desconcertantes?

Todos los responsables en la iglesia oyen en él una llamada exigente: el discípulo es escogido para estar con Jesús y Jesús lo pone al servicio de la gente; todo lo demás, su reposo, su tranquilidad, su alimento..., viene detrás de ese servicio.

LUCAS

Una comunidad de base; en él se encontrarán a gusto los cristianos poco conformes con la institución. Pero descubrirán en él la terrible exigencia de Jesús: hay que renunciar a todo para seguirle, pasar por la cruz, todos los días...

Los no creyentes se sentirán sin duda atraídos por su aspecto «social», su condenación de las riquezas, su amor verdadero a los pobres, a los pequeños.

Pero será sin duda el cristiano el que se sienta más sensible a esa «humanidad» de Dios en Jesús, a su afecto por los pecadores (¿y quién no lo es?).

Los que han consagrado por completo su vida a su servicio, encontrarán en él continuamente esa llamada a subir, detrás de Jesús, hacia el misterio de muerte y de gloria, «sin mirar atrás». Y verán en María un ejemplo de alguien que es verdaderamente la madre de Jesús, porque ha escuchado la palabra de Dios y la ha puestò en práctica.

MATEO

Reservaré a Mateo para los cristianos.

Los que se sienten a gusto en la institución se reconocerán en esa comunidad bien organizada, deseosa de mantener la pureza doctrinal. Los responsables de las iglesias sacarán mucho provecho de la lectura de ese «derecho canónico», cuya regla esencial es la misericordia y el perdón (Mt 18).

Mateo se preocupa de una «pastoral de la inteligencia»: creer es ante todo adherirse con todo el ser a Jesucristo, pero también —ya que somos seres inteligentes— alimentar la inteligencia y no descuidar el contenido de la fe. Vendrán bien esos grandes discursos, bien ordenados, esas series de milagros o de parábolas que se presentan como una especie de «catecismo para adultos».

Se encontrará también en él la iglesia del Vaticano II que busca su «aggiornamento», su renovación interior para presentar al mundo un rostro de Cristo cada vez menos infiel. Mateo nos recuerda que la iglesia no existe para ella misma, sino para el mundo; la institución no está más que para permitir una mayor disponibilidad.

JUAN

Se necesita un alma contemplativa para saborear este evangelio.

Los pequeños lo leerán con gusto. Juan profundiza su pensamiento por medio de imágenes que hablan: el pan, el agua, la luz... Se sentirían perdidos en medio de los detalles de los otros evangelios. La sencillez maravillosa de Juan —en temas y en palabras— les permite experimentar a su propio nivel la vida con Jesús.

Luego, generalmente, el interés se difumina. Los adolescentes, dicen ellos, se ven repelidos por ese Jesús demasiado interior que les parece insulso y amanerado.

Se vuelve a él en la edad madura para no dejarlo ya nunca más, si uno es verdaderamente creyente. (Pero Malraux lo leía con pasión en la cárcel). Los religiosos, el laico apasionado de Jesucristo se sentirán movidos con él por el espíritu hacia «la verdad entera» de aquel que es la palabra de Dios. En grandes círculos concéntricos, ese evangelista representado por un águila los llevará cada vez más adentro hacia esa vida eterna que ha comenzado ya en la medida en que amamos a nuestros hermanos.

EL APOCALIPSIS

El autor de un apocalipsis se parece un poco a esos atletas que van a dar un salto de longitud. Tienen que retroceder lo más posible, a partir de un punto dado; para ello se distancian unos 30 ó 40 metros, los recorren a toda velocidad y luego, una vez llegados a la raya señalada, saltan en la misma dirección. El autor de un apocalipsis quiere iluminar nuestra vida actual presentándonos el final de los tiempos; para ello, retrocede en la historia, la recorre rápidamente intentando descubrir en ella la forma con que Dios actúa con los hombres y, una vez llegado a su época, salta, esto es, proyecta en el futuro ese proyecto de Dios que ha descubierto.

De esta forma, la biblia se cierra del mismo modo con que había comenzado: por una visión. Los primeros capítulos del Génesis, en una visión poética, proyectaban hacia el comienzo del tiempo el proyecto de Dios sobre el mundo y la humanidad, tal como habían permitido al pueblo descubrirlo varios siglos de historia. El autor del Apocalipsis proyecta al final de los tiempos lo que medio siglo de vida cristiana le ha permitido barruntar. Y como son las grandes leyes del obrar de Dios lo que se nos presentan en este libro, pueden iluminarnos para hoy.

Escrito por Juan (¿quién es ese Juan?, ¿el autor del cuarto evangelio? ¿otro Juan?) hacia el año 95, este libro se compone de tres partes:

1. **La iglesia encarnada** (1-3). Las cartas a las «siete iglesias», esto es, a través de las comunidades concretas, a toda la iglesia, son un «examen de conciencia».

2. **La iglesia comprometida** (4-20). Después de haber situado la relación de la iglesia con Israel (el pueblo judío) (4-11), Juan nos muestra a la iglesia en lucha con las potencias humanas totalitarias (12-20).

3. **La iglesia transfigurada** (21-22). Explota la alegría: «¡He aquí **que hago un mundo nuevo!**», exclama Dios. Se vislumbra el término de esa historia de amor: la iglesia, novia de Dios, purificada por Cristo, se adorna con los dones maravillosos que él le da.

Esta es, pues, la certeza del creyente: la historia humana tiene un sentido. La humanidad, en su marcha hacia la felicidad, en el seno de las luchas por el hombre que emprenden creyentes y no creyentes, se ve arrastrada hacia su término por la iglesia que no tiene más que una sola plegaria, la que el espíritu murmura en ella: «¡Sí! ¡Ven, Señor Jesús!».

Puede comenzarse por los pasajes más claros:

> las cartas a las siete iglesias: 1-3
> visión de Dios y del cordero: 4-5
> visión de la mujer que da a luz (o sea, la iglesia, todos nosotros, los que hemos de dar al mundo, en el dolor, a Cristo y a nuestros hermanos): 12
> visión de la Jerusalén celestial: 21-22.

Incluso en estos capítulos nos parecerán oscuras algunas imágenes. No hay que empeñarse en querer ver a toda costa el sentido de cada imagen; más vale quedarse un poco en el aire, dejarse impregnar por la impresión de conjunto, que sacar interpretaciones aberrantes.

Se podrá entonces leer el conjunto del libro a la luz de lo que se haya descubierto en estos capítulos; se palparán, a través de la lectura, muchos textos que nos hablan, y sobre todo numerosos cánticos que nos invitarán a la alabanza. Aunque no lo comprendamos todo (ni siquiera lo comprenden los especialistas), este libro admirable nos colocará en un clima de adoración y reavivará nuestra esperanza. Sea cual fuere la situación humana, un cristiano no puede desesperar jamás. **¡Jesús es el vencedor!**[1]

[1] *Véase* El Apocalipsis. *Estella 1977.*

¿Valor actual del Antiguo Testamento?

Ahora que tenemos el Nuevo Testamento, ¿para qué queremos el Antiguo? Entre otras razones, señalaré dos:

1. El Nuevo Testamento: una «tabla de materias» del Antiguo

Siempre es interesante empezar un libro por su tabla de materias. Se obtiene inmediatamente una idea de su contenido. Pero una idea solamente. Los títulos dirán muchas más cosas después de haber leído el contenido de los capítulos.

Pues bien, ciertas expresiones del Nuevo Testamento, ciertos títulos dados a Jesús, son el resumen o la conclusión de un tema que corre a través de todo el Antiguo Testamento.

Aclamar a Jesús como «hijo de David» es algo muy distinto de una declaración de estado civil; es todo un programa religioso y político. Cuando Jesús se presenta como «hijo del hombre», los sumos sacerdotes lo declaran blasfemo. Ciertas palabras como pastor, viña, mar, bodas... evocan enseguida, para los contemporáneos de Jesús, algunos capítulos de las escrituras. Cuando los cristianos quieran expresar el sentido de la muerte de Jesús, no tendrán necesidad de largos discursos como el siguiente: «Jesús no sufrió su muerte, la escogió; hizo de ella una ofrenda por todos los hombres... Dios aceptó su sacrificio, etc.»; bastará con decir que Jesús fue hacia la muerte como «siervo doliente».

Para descubrir estos temas, dos instrumentos:

* las «notas-clave» de la *Biblia de Jerusalén:* en torno a una palabra o una expresión, os dan el sentido del tema y las principales referencias;
* el *Vocabulario de teología bíblica.* Barcelona 1967, que realiza ese mismo trabajo, pero de una forma más desarrollada.

2. El Antiguo Testamento: nuestra aventura de hoy

La primera razón era de orden intelectual: comprender el Nuevo Testamento. La segunda es de orden existencial: por medio del Antiguo Testamento es como el Nuevo (hasta los evangelios) se hace concreto en nuestra vida, nos interpela. Fijaos en la pedagogía de Jesús con los discípulos de Emaús (Lc 24, 31-36).

Los primeros cristianos, según creo, estaban convencidos de que Dios había hecho vivir de antemano a su pueblo todas nuestras grandes esperanzas y experiencias humanas. San Pablo expresa esta idea diciendo que los acontecimientos de Israel son «tipos» de los nuestros (1 Cor 10, 6 y 11); no ya «ejemplos», como se traduce habitualmente (porque el ejemplo o el modelo son exteriores a nosotros y los copiamos porque son ellos lo importante), sino «maquetas» o «patrones». Cuando un ingeniero hace la «maqueta» de un edificio o una modista corta el «patrón» de un vestido, están pensando en la obra que van a producir: la importante y lo principal es el edificio o el vestido.

Los acontecimientos que vivió Israel, a pesar de ser reales y personales de aquel pueblo, son «tipos» de los nuestros. Como creemos en un Dios que actúa en la historia, reconocemos que esos sucesos existen también en función de esas realidades venideras que son Cristo y los cristianos. Lo mismo que en la maqueta de un edificio es su realización lo que contemplamos de antemano, también en el Antiguo Testamento es la vida de Cristo y la nuestra lo que podemos observar. Por tanto, esos acontecimientos me conciernen directamente; pero, al expresar mi vida, la orientan hacia Cristo, la embarcan en un dinamismo que la conduce hasta él. Así, pues, me parece que en vez de la secuencia: «Antiguo Testamento + Jesús + nosotros imitando a Jesús», deberíamos poner esta otra: «Antiguo Testamento expresando nuestra vida + Jesús que da sentido a esta vida + nosotros que realizamos diariamente lo que Jesús realizó».

INDICE ANALITICO

DIOS: diferentes nombres
Yahvé: 25
Elohim (plural *mayestático* de «El», Dios) 32

JESUS anunciado. Títulos
Elías 31, 60
Emmanuel 33
Hijo de David 29, 32, 41
Hijo del hombre 42
Mesías, mesianismo 32, 33, 59
Palabra de Dios 15-16, 34, 61
Sabiduría 39, 41, 42, 55
Siervo doliente 37, 38, 39, 58

ESPIRITU SANTO 36, 39, 47, 48, 49, 50, 55, 56

EVANGELIO 37, 47, 55, 59

IGLESIA 28, 40, 57, 60, 64
«Hija de Sión» 34, 60

PUEBLOS, GRUPOS, INSTITUCIONES
Diáspora (judíos «diseminados» entre las *naciones*) 39
Esenios (escritos de Qumran o manuscritos del mar Muerto) 43, 45
Fariseos 42, 43
Helenistas 48
Herodianos 43
Hicsos 26
Judaísmo 36, 39
Lágidas 40
Saduceos 43
Samaritanos 33
Seléucidas 40

GRANDES TEMAS. ACTITUDES ESPIRITUALES
Alianza 26-28, 32, 34-36, 58
Amor de Dios 32, 34, 36, 37, 38, 39, 56, 61, 63
Exodo 37
fe 24, 32, 58
justicia de Dios 32
justicia social 32, 33 ,58, 63
Ley 16
Mal-sufrimiento 35, 39
Matrimonio símbolo del amor de Dios 32, 36, 57, 64
Pecado 32
Reino de Dios 45, 46
Resurrección 42, 45
Rito 25, 35
Temor de Dios, 41
Universalismo 39, 49

CUESTIONES LITERARIAS
Apocalipsis 42, 64
Apócrifos 6, 41
Catequesis 51
Creación (relatos de la) 37
Deuterocanónicos 6, 41
Deuteronomista (tradición del Pentateuco) 34
Doble tradición (en los evangelios) 52
Elohísta (tradición del Pentateuco) 32, 33
Géneros literarios 10
Histórico 10, 11, 13, 15
Koiné (lengua griega común) 40
Milagros 13
Mito 20, 37
Sacerdotal (tradición del Pentateuco) 37, 38
Setenta (traducción griega de los) 7, 41
Tárgum 44
Testamento 6
Texto masorético 7
Torre de Babel 37
Tradiciones del Pentateuco 22, 30, 32, 33, 34, 37, 39
Triple tradición (en los evangelios) 52
Vulgata (traducción latina) 7
Yahvista (tradición del Pentateuco) 30, 33